

La Gardenia de los Alcázares



JAIME ÁLVAREZ ÁLVAREZ †
RAFAEL MOLINA BÉJAR

Molina

La Gardenia
de los Alcázares

La Gardenia de los Alcázares

Jaime Álvarez Álvarez †
Rafael Molina Béjar

Molina Béjar, Rafael, autor

La Gardenia de los Alcázares. -- / Rafael Molina Béjar, Jaime Álvarez -- Bogotá: Fundación Universitaria del Área Andina, 2018.

ISBN 9789585462519

264 páginas: fotografías; 23 cm.

Incluye índice.

1. Literatura 2. Relatos 3. Literatura colombiana

Catalogación en la fuente Fundación Universitaria del Área Andina (Bogotá)

864 – scdd22

© Fundación Universitaria del Área Andina. Bogotá, octubre de 2018

© Rafael Molina Béjar, Jaime Álvarez Álvarez

ISBN (impreso): 978-958-5462-51-9

Fundación Universitaria del Área Andina
Calle 70 No. 12-55, Bogotá, Colombia
Tel: +57 (1) 7424218 Ext. 1231
Correo electrónico: publicaciones@areandina.edu.co

Director editorial: Eduardo Mora Bejarano
Coordinador editorial: Camilo Andrés Cuéllar Mejía
Diseño de Carátula: Carlos Andrés Buitrago Quevedo

Diagramación, producción editorial e impresión: Entrelibros
e-book solutions - www.entrelibros.co

Imagen de carátula: La Gardenia de los Alcázares. Elogio a la amistad
(Óleo sobre papel bockingford. Aquarell de St Cuthberts, Inglaterra. 35 x 25 cm).
Autor: Sergio Trujillo Béjar (2018).

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra y su tratamiento o transmisión por cualquier medio o método sin autorización escrita de la Fundación Universitaria del Área Andina y sus autores.

BANDERA INSTITUCIONAL

Pablo Oliveros Marmolejo †
Gustavo Eastman Vélez
Miembros Fundadores

Diego Molano Vega
Presidente del Consejo Superior y Asamblea General

José Leonardo Valencia Molano
Rector Nacional
Representante Legal

Martha Patricia Castellanos Saavedra
Vicerrectora Nacional Académica

Jorge Andrés Rubio Peña
Vicerrector Nacional de Crecimiento y Desarrollo

Tatiana Guzmán Granados
Vicerrectora Nacional de Experiencia Areandina

Edgar Orlando Cote Rojas
Rector – Seccional Pereira

Gelca Patricia Gutiérrez Barranco
Rectora – Sede Valledupar

María Angélica Pacheco Chica
Secretaria General

Eduardo Mora Bejarano
Director Nacional de Investigación

Frank Leonardo Ramos Baquero
**Decano Facultad de Ciencias Jurídicas,
Sociales y Humanísticas**

Camilo Andrés Cuéllar Mejía
Subdirector Nacional de Publicaciones

De Rafael

*A Juan Sebastián, Santiago y Federico
su presencia, visible o invisible, dan al libro y a mi vida algo
misteriosamente parecido a la armonía.*

A Carmen Elena

Un homenaje a su amor sin sombras

De Jaime

A Tere, Juan Manuel, Simón Esteban y Sebastián,

*La compañera de un viaje asombroso,
los hijos deseados y el nieto adorado.*

De ambos

*A la gallada de la 29
por supuesto.*

No seas como tantos escritores, no seas como tantos miles de personas que se llaman a sí mismos escritores, no seas soso y aburrido y pretencioso, no te consumas en tu amor propio. Las bibliotecas del mundo bostezan hasta dormirse con esa gente. No seas uno de ellos. No lo hagas. A no ser que salga de tu alma como un cohete, a no ser que quedarte quieto pudiera llevarte a la locura, al suicidio o al asesinato, no lo hagas.

A no ser que el sol dentro de ti esté quemando tus tripas, no lo hagas. Cuando sea verdaderamente el momento, y si has sido elegido, sucederá por sí solo y seguirá sucediendo hasta que mueras o hasta que muera en ti.

Charles Bukowski

Agradecimientos

A los miembros de la Asamblea General y el Consejo Superior de la Fundación Universitaria del Área Andina, por brindar la oportunidad de transmitir conceptos y opiniones.

Al señor rector nacional José Leonardo Valencia Molano, por su generosidad sin límites.

A los vicerrectores, Martha Patricia Castellanos Saavedra, Tatiana Guzmán Granados, Jorge Andrés Rubio Peña, por su irrestricto respaldo.

Al señor Decano de la Facultad de Ciencias Jurídicas, Sociales y Humanísticas, Frank Leonardo Ramos Baquero, por la defensa a ultranza del humanismo.

A la Dirección Nacional de Investigaciones y su director Eduardo Mora, por apoyar producciones como la presente.

Creer que un artista de excelsas calidades use su pincel para reflejar amorosamente el contenido de las 250 páginas de esta crónica, es fascinante. GRACIAS con mayúsculas a Sergio Trujillo Béjar.

A Camilo Andrés Cuéllar Mejía, Subdirector Nacional de Publicaciones, por acompañar el anhelo de ver finalizado este libro.

A Juan Carlos Morales Ruiz, su lucidez y persistencia y a Ricardo Humberto Escobar Gaviria, por su afabilidad y deferencia.

A Jorge Ramírez, primer “censor” de este libro, por sus observaciones atinadas, su fino humor y, principalmente, por su amistad.

A Martica Torres, la monita Luz Ángela Rojas, Aurita Chaparro, Carito Naranjo, Jairo Mejía, por su solidaridad, su respaldo y su lealtad.

A María Alejandra Ramírez (Maleja), su esfuerzo por digitar textos amarillentos de épocas pretéritas en las que el computador tan solo era ciencia ficción.

A Lizeth Tarache, por la ayuda desinteresada, por la alegría que irradia; a Marcelita Triana: una grata aparición.

Al profesor Hernando Ignacio Cervantes Gómez, sus sabias lecciones de realismo y tozudez.

A Luis Arturo De La Rosa, mi corrector y editor personal; ahora que terminamos, ¿qué irá a hacer?

A los docentes de la escuela de posgrados, quienes hacen de la vida cotidiana una deliciosa experiencia; nombrarlos a todos sería imposible, olvidar a alguno sería injusto.

A Juan Manuel Silva, el crítico ideal, el más implacable y quien contribuyó a llenar ocho canecas de basura, rasgando sin piedad las hojas de las primeras quince versiones. Un buen amigo.

Un gracias a todos los compañeros de trabajo en el “colegio”.

Gracias a los escritores a quienes debo algo o mucho; ... *si los convocara a todos, sus sombras nos sumirían en la oscuridad.* Son innumerables; fueron los amigos más serviciales, los animadores de mi vocación.

He transcrito apartes de muchos de sus libros, pero de una manera indirecta, transversal. Tan indirecta que a veces ni yo mismo me doy cuenta. Lo que escribo está lleno de huellas de mis lecturas, huellas explícitas o implícitas que algunos descifran y otros no. Muchos de los trozos literarios no están referenciados adecuadamente, ni bajo los criterios exigidos en los rigurosos procesos investigativos, pero no me importa, me tome infinidad de licencias para construir un escrito a mi manera. Por su comprensión, gracias.

Durante los 18 años de escritura de esta crónica, muchos parientes, amigos y conocidos prestaron su memoria y su tiempo, dieron opiniones, me recordaron una fecha o una anécdota y aquí quiero dejar constancia de mi gratitud. No me sorprende su actitud generosa, libre de protagonismos; gracias por reconstruir algunos hechos y hacerlos más fidedignos.

Gracias desde ya a los pocos lectores desprevenidos.

Gracias, Alberto Cortés, por el verso que abre el baúl de los recuerdos: *“Qué suerte he tenido de nacer, para estrechar la mano de un amigo y poder asistir como testigo, al milagro de cada amanecer”.*

Índice

Prólogo _____ 15

La ceremonia de los adioses _____ 27

Queremos tanto a Jaime _____ 31

PRIMERA PARTE

Del lado de allá... Jaimito _____ 41

A los lectores _____ 43

Los escenarios, mi casa, mi cuadra, mi gallada _____ 49

La Gardenia de los Alcázares _____ 57

San Felipe Neri, Parque Alemania,
Santa Francisca Romana _____ 65

Los actores principales y la devoción por la amistad ____ 73

Historias de Barrio _____ 91

Epílogo _____ 113

SEGUNDA PARTE

Del lado de acá... Rafael _____ 121

Pasión y fervor _____ 123

Las tribus y la prole _____	133
El viaje de regreso a la civilidad _____	169
De lectura y escritura _____	185
De recuerdos...de eso está hecha la vida, de recuerdos _____	195
Elogio de la amistad _____	207
Epílogo _____	233

TERCERA PARTE

De otros lados _____	241
De Vera Grabe _____	244
De Ana Teresa Bernal _____	251
De Juan Manuel Álvarez _____	253
Del padre Joaquín Mayorga _____	255
De Un millón de Mujeres de Paz _____	260
De la Red de Iniciativas por la Paz y contra la guerra, Redepaz _____	261
Nota de los autores _____	262

Prólogo

Qué vaina, ¡Jaime ha muerto! Me dejó como única herencia material dos corbatas viejas y unas cuartillas que bien contadas hacen treinta páginas, de la versión original de la crónica que presentó hace miles de años a un concurso literario.

Ver rechazada su crónica en el dichoso concurso no pareció desilusionarlo, sintió como nadie que el desaliento no hacía parte de su talante. Como resultado de un serio proceso autocrítico, botó al cesto de la basura aquellas líneas y me invitó como amigo de la infancia a leerlo y a reconstruirlo; pero el tiempo no le alcanzó y me ha correspondido darle la vuelta y concluirla. Del primer manuscrito de hace dieciocho años quedaron algunos vestigios, algunos faros; muchos días con sus noches son testigos mudos de las horas empleadas en ampliar, corregir y dar cuerpo a esta crónica.

El hombre tierno, entusiasta, divertido, comprometido, generoso, el militante, aquel Jaime me legó también la inmensa responsabilidad de convertir aquellos borradores en un retrato *“lo más completo y lo más fiel”*, de nuestra época y de nuestro barrio. Entonces, de manera arbitraria, sin orden alfabético, sin orden de importancia, me acerco a organizar papeles extraídos de cajones viejos, textos robados, de ya no sé dónde, líneas escritas en cuadernos, en pedazos arrugados de papel, programas de teatro, boletas de fútbol, servilletas y hasta en papel higiénico,

como lo hacía el eximio alucinado Gómez Jattin, con el deseo infinito de cumplir acertadamente con el encargo, ¿y, por qué no?, que algún día, en algún momento, alguien se acerque a leer y a disfrutar de esta breve historia en la que recorreremos los días y las horas que nos han dado la certeza de haber pasado por este minúsculo planeta.

¿Pero, cómo hacerlo? ¿Cómo entremezclar las voces de vivos y de muertos?, ¿desde dónde las cuartillas del siglo pasado escritas por Jaime y hasta dónde las cuartillas del nuevo siglo escritas por Rafael?

Sábato, algún consejo..., ¡auxilio!

“Querido y remoto muchacho (¿!): me pedís consejos, pero no te los puedo dar en una simple carta, ni siquiera con las ideas de mis ensayos, que no corresponden tanto a lo que verdaderamente soy, sino a lo que querría ser. No te puedo ayudar con esas solas ideas, bamboleantes en el tumulto de mis ficciones como esas boyas ancladas en la costa, sacudidas por la furia de la tempestad. Más bien podría ayudarte con esa mezcla de ideas con fantasmas vociferantes o silenciosos, que se odian o se aman, se apoyan o se destruyen, apoyándome y destruyéndome a mí mismo. No rehuyo darte la mano que desde tan lejos me pedís”.

¡Concluyente!, no te puedo ayudar.

Un gigante, desde otra esfera cósmica, oye mis gritos, entiende mis gestos y es capaz de descifrar mi clave, su nombre: Julio Cortázar, el libro: Rayuela. La estructura que soporta la monumental novela: *Del lado de allá, París, Del lado de acá, Buenos Aires y De otros lados*, capítulos prescindibles, es utilizada sin temor, es trasladada sin tapujos a la Gardenia de Los Alcáza-

res para responder las ingenuas preguntas formuladas arriba y para poner a trabajar a Jaime, para que su voz sea escuchada, para que su pluma sea leída, para no perder la memoria histórica de lo acontecido.

Apreciados lectores desprevenidos: no quiero que se fatiguen para lograr “el desciframiento mágico de los manuscritos de Melquíades”, perdón, el desciframiento mágico de estos manuscritos. Este libro puede leerse de forma corriente o el lector puede hacerlo..., como le venga en gana.

Como es comprensible, un amigo ha partido. Mi primer compromiso con su memoria es despedirlo solemnemente en *La ceremonia de los adioses*; luego, reconstruir los últimos momentos compartidos con él y los primeros compartidos sin su presencia. *Queremos tanto a Jaime* es una evocación del amigo y un reclamo reiterado de dar a la luz pública la crónica postergada por años.

Siguiendo el diseño ideado por el gran cronopio, “Jaimito, del lado de allá”, nos habla de los temas que le apasionan: *su casa, su cuadra, la constitución de la gallada*. De su mano volvemos a ver con el corazón más lejano, el barrio Los Alcázares: calles, carreteras, iglesias, parques y sobre todo la Gardenia, esa cafetería que albergó los primeros sueños infantiles.

Desaparecida la Gardenia, debido a la destrucción paulatina de nuestro barrio, vagamos hoy como simples transeúntes, como fantasmas errantes por salones de recuerdos. Otros fantasmas deambulan por las mismas vías sin saber nada de lo acontecido, sin saber que esta crónica sale de las entrañas, que no pretende nada distinto a rendir homenaje y reconocimiento a todos aquellos con quienes tuvimos la fortuna de compartir, aunque

sea un minuto o muchos años, la apasionada y bullente vida de un barrio cualquiera de la aldea bogotana.

Como en un sueño del que no deseamos despertar, volvemos a pasearnos por aquellas calles, contamos algo o mucho de lo sucedido en unas décadas de cambios profundos, en una época en la que la historia corría más de prisa que los hombres, en unos años marcados por lo nuevo, en los que hacía falta ser audaz y valiente para interiorizar (no sin esfuerzo) el tiempo que nos tocó vivir. Sesenta años vividos con apasionada intensidad explican por qué, una no muy corta vida, deparó éxitos y fracasos, amores y desamores, momentos de euforia y de paz, calumnias, amistades, algunas envidias y uno que otro reconocimiento, esa es la factura que tuvimos que pagar por ser hombres de un tiempo particularmente convulsivo.

La breve historia de una cafetería, de un colegio, de un parque, de una iglesia; el recuerdo vivo de quienes compartieron los mismos espacios, *los actores principales y la devoción por la amistad*. Unas historias de barrio entretajadas con actores naturales como ustedes o nosotros, situaciones risibles o trágicas, superficiales o profundas, pero al fin y al cabo historias en las que figuran hombres y mujeres que deambulaban entre las carreras 24 y la 32 y las calles de la 68 a la 74. Para rematar, las razones (nuestras razones) para caminar cual equilibristas sin red en la cuerda floja de la vida, del amor y de la muerte. Los cambios, la desintegración y los abandonos.

Una mañana, entre tinto y tinto discutimos acerca de la validez de incluir algo relacionado con nuestros orígenes, hablar de nuestras familias.

– ¿Hablar de detalles de la vida cotidiana, de la vida familiar?

- ¡Sí! De la vida diaria, las relaciones familiares, el entorno social del momento, una comida en un restaurante o un paseo en carro pueden ser mucho más determinantes que posiciones políticas o ideológicas.
- Parece fuera de contexto, distante del interés de la crónica ¿qué importancia tienen esas minucias?, ¿sirven de algo más que de chismes?
- Yo diría que de mucho más. ¿Por qué no una remembranza de los autores de nuestros días? Un tributo a padres y hermanos, si se quiere emocionado, en el que se entrecruzan un sinfín de anécdotas, de momentos imborrables.

Luego de una breve reflexión mirando con el tinte de la nostalgia y la lejanía esos años alcazareños coincidimos.

- Pues sí, ¡qué carajo!, pero ¿cómo titular esa joda?
- *Las tribus y la prole*

A carcajadas los cuasi pensionados aprobamos el acta y nos dimos a la tarea de actuar, durante varios meses, como periodistas varados, asumimos alternadamente los roles de entrevistador y entrevistado, con el fin de sacar uno al otro la mayor información posible, en especial lo “prohibido”, lo más íntimo de cada familia. Para ser justos y objetivos, cada cual recopiló esas confesiones y pactamos (sin necesidad de firma) que respetaríamos lo que cada cual escribiera y que en la voz y la pluma del otro se consignaría el retrato de cada tribu.

Tantos años de amistad y cercanía con las respectivas familias hizo fácil la tarea; al cruzar los escritos nos miramos asombrados de lo fidedigno que había sido el retrato de las tribus; en

realidad es un glosario de confesiones, un esbozo de biografía emocional mezclado con hechos concretos de sus vidas. Si nos equivocamos, pedimos perdón, punto.

Antes de pagar la cuenta y cambiar de tema acordamos que era necesario reconstruir algunos hechos de otras familias de la vecindad. *Las tribus y la prole* no es exclusivamente sobre nuestras familias, da continuidad a los retratos amarillentos de familias que habitaron nuestra cuadra; de algunas tengo más frescos sus recuerdos; de otras, almacenados en la memoria, entre borrosos y confusos, nombres y situaciones. Hago el mejor de los esfuerzos para revivir mentalmente cada casa y cada familia y me congratula que uno de mis autores favoritos decida como título de su más reciente obra "La llamada de la tribu", pero aclaro que quince años atrás el título de este aparte dedicado a recordar a mis vecinos ya estaba prefijado, o sea, por esta única vez, no soy yo el que plagia, ¡me plagiaron! De estos apartes apenas puedo decir que, si no es un desacierto su inclusión, solo puedo atribuirme el mérito de haber sido más fiel a las necesidades del libro que a mis principios estéticos.

El paso del tiempo se encargará de darme vía y margen para rectificarme o ratificarme en la escritura del epílogo de Jaime; aunque aclaro que voy solo, obro por mi cuenta y riesgo al atreverme a escribir con solo dos dedos y veintiocho letras del alfabeto un epílogo dictado desde el corazón, pero imposibilitado a estas alturas de recibir una aprobación.

Las cosas tienden a complicarse: pocos *cronopios* y muchas *famas* esperan que Rafael explique la segunda parte, "*del lado de acá*".

Me declaro impedido; que lo haga Alejandro Gaviria:

“Escribí este libro, como dice el poeta, desde el tiempo presente, con la urgencia de contar mi historia. Tal vez esa sea la esencia de todo, de los días y los años de nuestras vidas: tener al final de cuentas, una historia que contar y contarla a tiempo”

Uff, perfecto y salvado; ese introito lo dice todo o casi todo. Este libro es un testimonio del amor, la gratitud y el asombro de estar vivo. Es una oportunidad única, posiblemente la última que tenga para desatar esos sueños de escritor que fútilmente me acompañan; para lograrlo he pasado gran parte de mi vida escribiendo noticias acerca de lo que escuché en mi barrio, en mi colegio, en mi infancia. Quería plasmar las voces de la gente, como hablaban, qué palabras usaban, qué decían, solo para poder ser tan natural como cualquiera a la hora de escribir.

Tomo la posta ampliando el relato de los pasos infantiles detrás de una pelota; si Jaime susurraba su apego al acontecer diario en el parque Alemania, yo lo grito, porque allí confluía el mundo entero y se despertaban todas las pasiones; *de la pasión futbolera al fervor revolucionario*; agotadas o suspendidas las futboleras, esas pasiones se extendieron a la política y regresan a mí las imágenes de los caminos de ida y los caminos de regreso; de la concientización acerca de una sociedad en descomposición, pasando por la militancia y el deseo de transformar el mundo, transformar el país, hasta llegar a épocas democráticas que marcan nuestro último viaje, *el viaje de regreso a la civilidad*.

Regreso a ese autor, a ese Mario Vargas Llosa para que me acompañe, mejor, para que me dicte (!!) *el tributo a la lectura y la escritura*; un aprecio a la letra escrita, un recorrido amoroso

por autores y libros que me desvelaron o me permitieron dormir más plácidamente. “Y acaso sea eso lo que me he pasado la vida haciendo sin saberlo: prolongando en el tiempo, mientras crecía, maduraba y envejecía, las historias que llenaron mi infancia de exaltación y de aventuras”.

¿A partir de que materiales construir una historia? *“El punto de partida es ese puñado de cosas de origen diverso que se agita con persistente desasosiego en nuestra cabeza: palabras, lugares, imágenes, fragmentos de memoria que flotan dispersos y que pueden sobrevivir, repiqueteando en la mente durante años”*. Mucha carreta de Elena Ferrante para decir: *De recuerdos, de eso está hecha la vida, de recuerdos*.

Terminé recopilando viejeras: palabras, frases, apartes de libros rescatados del jardín de las miserias de antaño. Viejeras, no importa el adjetivo, es cierto; incluso ese olor a viejo, ese olor a rancio solo será reconocido por unos cuantos. Algunos potenciales lectores seguramente no pasarán de este prólogo y no se arriesgarán a correr por las hojas de este calendario milenario (¡no los culpo!). Otros más arriesgados verán el escrito como un gran homenaje al mundo de los libros, al arte de narrar historias, al vínculo mágico entre la literatura y la vida; los restantes, simplemente dirán: es un *elogio a la amistad*.

Pues sí, ¡un brindis por la amistad!; este elogio recoge en pocas páginas un sentimiento; a esta edad recordamos con emoción a personas que nos acompañaron en un tiempo fundamental de nuestras vidas. No me intimida exponer públicamente mucho de su vida; no me avergüenza desnudar ante la gente la vida de unos jóvenes contestatarios, rebeldes, que no escogieron los

caminos normales y comunes de la mayoría de jóvenes, sino por el contrario el camino áspero y difícil de la política, el arte y la militancia, fueron diferentes, comprometieron esfuerzos y energías a la causa de la vida.

Esta es una narración a medio camino entre el recuerdo personal y la memoria de todos, el análisis de nuestra época y la evocación íntima de los amigos. Amigos comprometidos que te acompañan en el laberinto que es el vivir, que no se fruncen ante los abismos; unos presentes, otros ausentes, todos con una profunda disposición al diálogo, en el, que, escuchar, controvertir, enojarse, reír y ser cómplices hace parte de ser amigos; un grupo de jóvenes a quienes correspondió vivir las últimas décadas del siglo veinte a una velocidad inusitada. Pasar de los pantalones cortos a los largos, abandonar tempranamente los juegos infantiles para abordar la transformación social, buscar ferozmente un lugar en el mundo y, finalmente, encontrar algo parecido a la felicidad. Es la vida de unos jóvenes para quienes la verdadera amistad es parte fundamental de su desarrollo como seres humanos.

El libro que tienen en sus manos no es tan solo un libro, es un territorio para las ideas; en él se plasman los descubrimientos hechos de las palabras, de las historias, de las anécdotas; ya lo había advertido Onetti *“no intenten encontrar una finalidad a este relato; no intenten sacar del mismo una enseñanza moral; no intenten descubrir en él una intriga novelesca”*. Tampoco teman rayarlo, llenarlo de ocurrencias, leer sobre las ocurrencias de otros o de cosas vividas por otros; es posible que sirva de brújula en su camino hacia la plenitud o por lo menos hacia la búsqueda de ella. Estas páginas pueden servir para justificar nostalgias o para fundamentar acciones; de cada lector depende el resultado.

No lo escondan, no es para coleccionar, porque si lo hacen sería un libro vacío. A este libro lo hará valioso el contenido con el que lo llenen para que, más adelante, años después, puedan verlo de nuevo y confrontar su propia vida, contrastar la cruda realidad, sopesar la validez de algunas de las ideas allí plasmadas; repasar su propia obra, lo que fueron o quisieron ser y lo que son ahora...o les tocó ser. Ojalá el asombro tenga un lugar en la historia; todo lo que están a punto de leer, las voces que empezarán a oír, pueden llegar a constituirse en herramientas para la demolición de la vida cotidiana. Cuando yo leo y releo lo escrito, siento el vértigo de las cosas dormidas, redactadas mil veces, corregidas dos mil, sentidas diez mil.

El mensaje para los escasos lectores es la imperiosa necesidad de conservar vivos los recuerdos y, a su vez, la imprescindible obligación de persistir en la lucha por construir una mejor sociedad. Es probable que si no lo escribiera en este momento podrían pasar los años de manera impune impidiendo que muchos de quienes vivieron esa época maravillosa tengan la oportunidad de retrotraer sus propios recuerdos. Espero un tiempo feliz, como lo fue el mío.

Por todo esto, pongo en consideración del lector su indulgencia para este atrevimiento escrito; este libro inclasificable incluye fotos, remembranzas, amistades y anécdotas que transmiten el primitivo placer de escuchar una historia. En fe de su objetividad y salvaguardando toda imprudencia que pueda ser esta lectura, solicito con franca vergüenza que de encontrar una aseveración que les incomode, me permitan de antemano una disculpa fraterna por el atentado que puedan significar estas letras.

Aún hoy, no estoy cierto de si lo que voy a relatar lo viví realmente o es solo un sueño, no sé si es verdad o fantasía, no lo sé... no lo sé; lo único que puedo asegurar es que esas imágenes, las experiencias y aquellos momentos me han perseguido y me perseguirán por toda la eternidad.

La tercera parte, *De otros lados*; en *Rayuela*, Cortázar los considera capítulos prescindibles; en la *Gardenia* no son capítulos, pero los considero imprescindibles. Son fundamentales en el cuerpo de la crónica; allí se recogen algunos de los escritos aparecidos y de las palabras dichas por otros con ocasión de la muerte de Jaime, que son, sin duda, una alegoría sobre la lucha permanente e individual por la ética y la justicia.

Mierda, qué compromiso tan berraco; yo cumplí con escribirlo, ustedes... ¡a leerlo!

Rafael Molina Béjar

La ceremonia de los adioses

El día 2 de febrero del 2017, a eso de las seis de la tarde, estando yo en medio de una de esas reuniones inútiles, recibí la llamada de Gilberto, quien me dio la noticia. Jaime había muerto; uno de esos seres humanos excepcionales y mi amigo durante cincuenta y cinco años había muerto en la Habana, hacía pocas horas. Poco más de tres meses después del diagnóstico, había perdido la batalla contra esa enfermedad de mierda que no respeta dignidad ni treguas.

“Se dicen tantas cosas cuando muere la gente; se llenan páginas con palabras lindas, se dice mal vivieron, se ofrendan flores y alguna que otra lágrima; después se vuelve al fútbol, al problema del sueldo, al aborto de aquella, al mostrador, al cumpleaños, al horario, a la tan ciudadana indiferencia. Al encogerse de hombros, al dar vuelta la cara”.

Jueves, febrero 10 del 2017

¿Cómo describir una ceremonia tan triste como el sepelio de Jaime? Le pido a muchos que me orienten, el único que res-

ponde es Juan Gabriel Vásquez, quien me trata de don Rafael, porque no somos amigos.

– Don Rafael, ¿usted quiere parafrasear o plagiar algo de mi libro?

Yo lo trato de maestro, porque se lo ha ganado a pulso, porque admiro su obra.

– Maestro: ni lo uno ni lo otro; ¿recuerda aquella frase que un tal Mario (un cartero) le da como respuesta a un tal Pablo Neruda (un poeta) acerca del temita del plagio?

– No, en este momento, no tengo ni remota idea.

– El humilde cartero le dijo: don Pablo, con todo respeto “yo pensé que la poesía no es de quien la escribe, sino del que la necesita”; y pues, yo estoy necesitando de su poesía.

– Me jodió, ¿sabe qué? Fusile, pero hágalo con la mayor de las solemnidades.

Allí estuvimos el día y a la hora señalados, compartiendo con amigos y familiares de Jaimito (que así lo llamábamos todos), la tristeza, pero también el alivio, pues la enfermedad había sido difícil, menos larga que intensa y en todo caso muy dolorosa, aunque él la hubiera llevado con humor y algo que solo puedo llamar coraje.

“Entramos lentamente como en desfile a la amplia nave de la iglesia, buscando un lugar libre en las bancas de madera, moviéndonos entre las cuatro paredes blancas, mientras saludábamos con esa media voz que se usa en las ocasiones tristes. Todos lo despedíamos con el corazón en la mano, sin poder ocultar que el camino restante sería más duro recorrerlo sin él; sin esa tenacidad

que desafiaba la muerte; sin esa solidaridad generosa; sin ese compromiso contagioso; sin esa esperanza inquebrantable; sin esa vitalidad desbordante. A su vez, agradecíamos el compromiso, la coherencia, la sonrisa y agradecíamos su amistad."

En las bancas delanteras estaban sentados las hermanas, los hermanos y sus esposas, los sobrinos, el nieto, los cuñados; las bancas de la izquierda se fueron ocupando lentamente, una por Angelita con su calor samario, Luz Ángela ("Lucha"), la solidaria, la rumbera, la anfitriona de las rumbas en la sesenta con Caracas; Marta Alarcón, un amor novicio; otra banca ocupada por Petro y sus guardaespaldas, Piedad Córdoba y sus guardaespaldas, Vera Grabe sin guardaespaldas; en una, muy atrás, se acomodaron, Yolanda, Sonia y algunos otros que no conocía o que tal vez no pude reconocer.

En las bancas de la derecha alcancé a ver a Luis Arturo y a Margarita, amigos de otras épocas, solidarios de otras batallas; a Ramiro y a Nelly, a Raúl y a Consuelo, a algunos compañeros de trabajo en la veeduría, a integrantes de Redepaz, líderes populares, amigos anónimos, algunas plañideras y agazapados, unos ínfimos *detectives salvajes*.

Mientras me acomodaba en mi sitio, un espacio lateral en una banca de la derecha (no tan cerca del ataúd como para sentirme intruso, no tan lejos como para parecer un mero curioso), iba tratando de recordar la última vez que asistí a la despedida religiosa de alguien que hubiera compartido conmigo tantas aventuras y tantas historias; solo encontré un recuerdo vago en el entierro de Pacho y para lograrlo tenía que regresar treinta y nueve años atrás.

"No sé qué más ocurrió en esa misa. El ataúd que contenía el cuerpo de Jaime pasó frente a mí y yo espere a que pasara y me deje

devorar entonces por el río de los dolientes, por el escandaloso silencio con que avanzaba. No podía quitarle los ojos de encima al féretro; el reluciente cajón de madera, por su parte, se movía terca-mente hacia el rectángulo de luz de la puerta grande, subiendo y bajando según la marcha de los portadores. Desde atrás lo vi salir al aire del medio día y bajar las escaleras hacia la carroza fúnebre, su compuerta trasera abierta como una boca. Esperé observando en silencio desde el primer escalón a que el chofer cerrara la com-puerta y entonces vi, escrito en letras doradas sobre una banda de fondo púrpura, el nombre que tantas veces había pronunciado a través de los años: Jaime Álvarez Álvarez”.

Retumbó en mis oídos su lectura de un párrafo de la primera edición de “Cien años de soledad” en 1967:

“...hasta que terminó por recomendarles a todos que se fueran de Macondo, que olvidarían cuanto él les había enseñado del mundo y del corazón humano, que se cagaran en Horacio, y que en cual-quier lugar en que estuvieran recordaran siempre que el pasado era mentira, que la memoria no tenía caminos de regreso, que toda primavera antigua era irrecuperable y que el amor más desa-tinado y tenaz era de todos modos una verdad efímera”.

Queremos tanto a Jaime



“Solo entonces comprendí que morir es no estar más nunca con los amigos”.

Gabriel García Márquez

Viernes, febrero 2 del 2018

Se cumple un año de la muerte de Jaime; los Álvarez Álvarez son invitados por Tere a un reencuentro de la familia; llegan al país las emigradas Marta y Carmen Elisa, a ellas se unen, Gilberto, Fabio, Luisa, los hermanos sobrevivientes; asisten, además, esposas y esposos, sobrinos, nieto y algunos amigos, para recordarlo en el primer año de su desaparición.

El Padre, Francisco de Roux, su amigo personal, encabeza la homilía, da sus motivos para evocar a un luchador, a un pacifista, a un buen ser humano; la lectura del evangelio, el padrenuestro en comunión, las oraciones compartidas y una que otra lágrima son prueba fehaciente de la unidad de los presentes. El Padre

de Roux invita a los asistentes a que testimonien algo de lo vivido con Jaime.

Cada hermano tiene un cuento, una anécdota; entre risas, cada cual hace su retrato de Jaime. Yolanda y Sonia, compañeras en miles de tareas pacificadoras, y los amigos de la infancia, Raúl y Ramiro, recuerdan al niño, al joven, al adolescente, al hombre, al padre, al abuelo, al hijo... al amigo.

Bebimos hasta pasada la medianoche. Esa noche, evocamos también a Roberto, aquel hermano mayor de los Álvarez, a quien otro cáncer se lo llevó a edad temprana; recordamos amigos y hermanos ausentes y tornamos a reír en compañía de nuestras esposas, de las mismas gozosas remembranzas con las que está tejido nuestro destino común. En verdad, casi pudimos decir que no había pasado nada, o mejor, que ninguna sorpresa del presente podía opacar, ni alejar, la milagrosa presencia de un tiempo compartido que ha sido para todos una auténtica y permanente fiesta.

Por enésima vez se trajo a colación la crónica novelada “La Gardenia de Los Alcázares”; por enésima vez se hicieron preguntas acerca de ella y, por enésima vez intenté explicar el embeleco de Jaime por verla publicada y la razón por la cual había asumido el compromiso de hacer realidad ese sueño. La lectura de algunos apartes evocó en los asistentes, recuerdos de la infancia vivida en el barrio Los Alcázares; no sé bien si la nostalgia o el alcohol despiertan el interés general, se alborota el avispero, preguntan desordenadamente fecha de publicación, sitio del lanzamiento, ¿con trago o sin trago?, que mañana mismo compran los tiquetes para estar presentes, que desde ya cancelan actividades, que pagan lo que tengan que pagar, en fin, que ya quieren ver la versión definitiva.

Desde la cocina alguien grita: “El 2 de octubre, el día que Jaime cumpliría sesenta y dos años”.

“Sí, el dos”; la moción es secundada por los demás. No tengo un espejo al frente, pero supongo que frunzo el ceño y arqueo las cejas.

– *“Si el azar me da tiempo, algún día redactaré ese libro”.*

Jueves, diciembre 28 de 2017

Sabíamos que estaba condenado por el cáncer, que era una cuestión de tiempo y que acaso hubiera muerto el día en que murió...

Han pasado catorce meses desde el día que a Jaime le fue diagnosticado un cáncer de pulmón y diez meses de su fallecimiento; parece una inocentada congregarse un grupo de amigos en esta fecha; sin embargo, llegan al mismo apartamento, a la misma hora, los mismos: Raulito, Ramiro y Nelly, Gilberto y María Isabel, Luisa, Simón y Catalina; luego de algunos tragos, múltiples comentarios y muchas carcajadas recordando la personalidad y las actitudes de Jaime, se hace referencia al texto presentado a un concurso de crónicas de barrio.

Dicho texto, del año 2000, no ganó ningún premio, no obtuvo reconocimiento alguno, pero sí dejó en Jaime una extraña mezcla de frustración y satisfacción. A partir del 2001, lo desbaratamos, lo corregimos, lo mejoramos, lo ampliamos, lo reconstruimos en miles de tardes con tinto y cientos de noches con ron, soñando recónditamente que algún día lo veríamos publicado.

El tema saca una sonrisa en medio de la amargura, ya que me ponen contra la pared a dar explicaciones, a inventar excusas que el tiempo, que la cotidianidad, que los problemas. Les

aclaro que durante estos años se replanteó el texto, se hicieron correcciones y comentarios, se agregaba o quitaba una línea, pero que terminábamos riendo, tomando tinto y hablando de otras cosas, y que el dichoso libro pasó a convertirse en una disculpa para vernos cada semana, de cada mes, de cada año, durante los últimos quince años. Aproveché para echarle el pato a Raúl; que las tareas encomendadas, todas ellas relacionadas con el tema del fútbol en el barrio, no las cumplió y que en contadas ocasiones compareció a las reuniones programadas.

Tere quisiera verlo publicado para el 2 de febrero, día del aniversario de la muerte de Jaime. ¡Imposible! A pesar de los avances, se requiere recopilar fotos, entrevistar personas, corregir estilo y dar cuerpo definitivo. Me comprometo a reanudar el trabajo, pero ¿publicarlo? con suerte, para el 2026.



De izquierda a derecha, Gilberto, María Isabel, Luisa, Ramiro, Nelly, Raúl, Tere y Rafael

Miércoles, diciembre 28 del 2016

Luego de caminar durante una hora a manera de ejercicio, llego de visita, pues Jaime ha sido enviado a casa para continuar el tratamiento; don Alberto, el padre de Tere, quien se encuentra allí por esos días, abre la puerta, me invita a pasar y luego de los formalismos me informa que, luego de múltiples gestiones, Piedad Córdoba ha logrado que Jaime sea recibido en Cuba para adelantar un tratamiento experimental, al parecer exitoso, para el cáncer de pulmón.

Me despido y con una mezcla de tristeza e ilusión salgo del apartamento, del edificio, enrumbo mis pasos hacia el norte; quiero pensar que Jaime está venciendo las amenazas virales, como antes superó las amenazas anónimas, aunque algo me dice que no volveré a ver a mi gran amigo.

Me vino a la mente Julio Cortázar; el relato que hace uno de sus mejores amigos de lo que fueron los últimos días del gran cronopio: "Yo lo llevaba al hospital y lo traía de vuelta. Lo interné dos veces y él me dijo: 'Si entro una tercera vez, ya no salgo', y así fue. Desgraciadamente hubo que llevarlo una vez más; nunca olvidaré ese día. Fui a buscarlo, se levantó de su sillón, fue hasta la puerta, se puso su gorra, miró los libros y luego la habitación como si los viera por última vez. Un rato antes me había dicho: 'Si esta pelea fuera a siete rounds, la gano. Pero a doce no creo'".

"Me voy mañana. Me voy para morir".

Lunes, diciembre 26 del 2016

Fue la última vez que lo vi, me acuerdo perfectamente; en la sala de su apartamento, padeciendo terribles dolores, continuamos hablando con Jaime de muchas cosas.

- Rafa: despídame de mis amigos..., dígales que los recuerdo y que quiero mucho a algunos de ellos, que les deseo éxitos y felicidad, ¡jamás nos veremos de nuevo!

En el cuarto ha anochecido. Tere prende la luz y el hechizo se rompe, sin embargo, queda como un aire de melancolía; la tristeza de lo irrecuperable, de los rostros olvidados, del tiempo rescatado en cartas, en libros y en fotografías. Totalmente conmovedor. No sabía que nos estábamos despidiendo, pero desde entonces, no lo vi más.

Domingo, diciembre 25 del 2016

Cuando llegué al apartamento y Jaime no salió a abrir, me bastó para comprender, con algo que ya no eran las certidumbres de la ciencia médica, que Jaime me citaba para despedirse.

Al verme se emocionó, pero antes que me dijera algo, me le adelanté y le recordé un poema de León de Greiff que decía como: "...no es oportuno todavía descansar".

Entré a su dormitorio, estaba pálido y demacrado, me impresioné al verlo: tenía un color terroso. Jaime estaba en cama, acaso, ya definitivamente inmovilizado, pero ahora los fatigados ojos ya distantes, todavía lúcido y esperanzado, me miró un momento, colocó sus manos sobre las mías y, ante mi cara de sorpresa, dijo... "Mejor no despedirse, ¿verdad?".

Cuando otros visitantes se habían marchado y quedamos solos en el apartamento, me pidió que me quedara un rato más y comenzó a hablar de Tere, que había tenido la mejor mujer del mundo, que tenía miedo no de morir, sino de dejarla sola.

Sé, que aquella tarde y aquella noche anduvimos juntos por calles y carreras, que llegamos aún más lejos que muchos años antes.

Miércoles, diciembre 21 del 2016

En el apartamento 602, del edificio Prados del Chicó, me siento al lado de la cama de Jaime y trato de acompañar su momento de dolor con algún comentario simple o contándole de la última película vista con Carmen Elena, o del libro que tengo abierto en no sé qué página, o cualquier cosa intrascendente; el dolor que le aqueja no le impide esbozar una sonrisa y decir con su humor mordaz:

- Usted no mejora Molina; esa película es una mierda y leyendo guevonadas, coja oficio. Mejor lea a Murakami, es hermoso; vea cine, pero del bueno. Vayan a ver "Noches Blancas" de Visconti, la adaptación del libro de Dostoievski, la están presentando en la cinemateca, es preciosa.
- ¡Cómo jode! Precisamente le traigo de regalo una frase de Murakami, léala en voz alta:

"Y una vez que la tormenta termine, no recordarás como lo lograste, como sobreviviste. Ni siquiera estarás seguro de si la tormenta ha terminado realmente. Aunque una cosa es segura, cuando salgas de esa tormenta, no serás la misma persona que entró en ella".

Asentimiento silencioso, ojos encharcados, siguiente pregunta.

- ¿Cómo se siente?

- Mal, muy mal, el dolor es hijueputa; vayamos a la sala, no encuentro una posición que me calme.

Le acompaño y, entretanto, Tere se dispone a prepararle un agua, de no sé qué y que según le cuentan tiene propiedades curativas.

- Cuchi, mejor deme agua, pero de marihuana, así el dolor será divertido.

La sonrisa desaparece, pero mantiene su ironía; se dirige a mí, pero esta vez con el apelativo con el que me bautizó hace tantísimos años y que sirve para recordar las épocas futboleras; "Boricua"; apodo dado por un narrador radial a un excelso jugador de fútbol de la vieja guardia, pero a quien le acompañaba una torpeza fatal.

- "Boricua", ¿qué ha pasado con el libro?

Afortunadamente Tere aparece con la berraca taza de infusión; se ríe de la pregunta y del apelativo; ella también a su manera se ha propuesto desde siempre fastidiarme cariñosamente con el inefable saludo:

- "Boricua", ¿cómo anda?

La interrupción hace que se postergue el asunto, suspiro profundamente y trato de disimular una mueca burlona.

Miércoles, diciembre 14 del 2016

Rafael se dirige a la habitación 405 del Hospital San Ignacio, donde se encuentra recluido su amigo de la infancia; el amigo

entrañable, con quien ha compartido cincuenta y cinco años de amistad. Cree a pie juntillas que todo lo conocido a través del teléfono es una broma (macabra), pero al fin broma, producto del humor que caracteriza a Jaime, o bien, una enfermedad simple que ha querido magnificar para poder tener más cerca a sus amigos.

- Rafa, esto es muy berraco.
 - Lo entiendo Jaimito, pero debe aguantar.
 - No creo guevón que aguante. ¿Sabe lo que más me duele? Dejar a Tere sola. Ha sido mi compañera y amiga durante toda la vida, desde que recuerdo haber descubierto lo que se conoce como amor.
 - Por eso, por ella y por los chinos toca seguir las indicaciones de los médicos.
 - Rafa: hágame un favor, voy a dar esta pelea máximo dos meses; acepto la quimio, la radio, pero asegúreme que si esta mierda me va ganando la pelea, usted me ayuda a librarme del sufrimiento.
 - ¿Cómo así?
 - No se haga el bruto, usted me entiende; hacer lo que sea necesario para salir de este infierno.
- En esta primera visita me abrazó con un *hasta pronto*.

Martes, diciembre 13 del 2016

Una llamada de celular interrumpe un momento de trabajo; el identificador trae el nombre: Jaimito

Como de costumbre entre Jaime y Rafael el saludo es:

- ¿Qué pasa calabaza?
- Marica, aquí en el hospital
- ¿Y eso?

- ...Estoy invadido
- ¿Invasión?, ¿de qué?
- De cáncer

Nerviosamente dije algo relacionado con la fe, con Dios, que se iba a recuperar. Un silencio largo antecede al resto de la conversación y, una vez ampliada, solo queda un desasosiego y el compromiso de ir al día siguiente a visitarlo en el Hospital San Ignacio.

Cuelgo, y marco inmediatamente a Tere para confirmar lo dicho por Jaime; luego, a los entrañables amigos, Ramiro y Raúl, con el propósito de compartir la amargura de la noticia y concertar la asistencia al Hospital.

Tan pronto como salí de aquel estado de postración, al día siguiente me presenté en el hospital.

Viernes, junio 30 del 2000

Jaime Álvarez Álvarez envía, con el seudónimo Francisco de la Fuente y en sobre sellado, el manuscrito de "La Gardenia de Los Alcázares" a una convocatoria abierta para el concurso sobre Crónicas de Bogotá.

Primera parte

Del lado
de allá...
Jaimito

A los lectores

Desde hace muchos años me arrastra la idea de reconstruir mi niñez y mi juventud, de atrapar en el papel miles de recuerdos, lugares, amigos, plazas y calles; dejar testimonio de una época que marcó a todos los niños y los jóvenes que durante un lapso importante de tiempo habitamos un barrio bogotano, Los Alcázares, una vivencia que dejó honda huella en nuestros espíritus.

Para cumplir con el cometido es necesario contar la historia, una que se desarrolla en los años sesenta y setenta y que transcurre en un barrio típico de clase media de la capital de la república, en unos años intensos y convulsionados que para mí fueron años maravillosos; sus protagonistas, hoy ejecutivos de diversas empresas, profesores, malandros de esquina, oficinistas, amas de casa, jubilados, desempleados y muertos, muchos muertos, enterrados unos en el cementerio central, otros en Jardines de Paz o del Recuerdo, otros en fosas comunes, pero todos testigos de cómo este hábitat constituido por 32 manzanas significó el acceso a un gran cosmos, que fue delineado poco a poco, gracias a su peregrinaje por la calle 72 y rumbo... a La Gardenia.

Estoy seguro de que todos los seres humanos en algún momento de su vida han tenido, en mayor o menor medida, el deseo de escribir, algunos un ensayo, otros una novela, otros un libro científico y otros, aunque no lo reconozcan públicamente, “han cometido poesía”. Creo además que todos somos poetas de nacimiento. Por mi parte y sin veleidad alguna, simplemente me arrastra una necesidad de reunir pensamientos dispersos y confiar a la escritura el cuidado de ordenarlos e intentar recuperar la memoria histórica de situaciones o momentos que marcaron de manera definitiva el rumbo de mi vida y, por qué no, el de personas que hicieron el tránsito por la misma ruta, caminaron codo a codo, o lo hicieron en contravía.

Quiero mostrar el entorno del barrio, los lugares de encuentro y especialmente las rutas de los diferentes “combos”, que con sus costumbres y sincretismos configuraron un territorio propio, multicolor y diverso, el cual conducía desde muchos lugares a ese punto de encuentro.

El espacio físico de esta cafetería de barrio se asemeja en muchos aspectos a la descripción que hiciera Vargas Llosa de una sencilla cafetería peruana llamada “La Catedral”; el parecido estriba en que en la una y en la otra, separadas por el tiempo y el espacio, se vivieron con intensidad los acontecimientos y los debates generados en los años sesenta, producto del fervor revolucionario causado en América Latina por el triunfo de la Revolución cubana.

Todos fuimos adaladores de Marx, del viejo barbudo que llenó nuestras cabecitas infantiles con teorías y palabras confusas, que nos hacían sentir vitales y revolucionarios; posteriormente, como lo describe Plinio Apuleyo Mendoza en su libro “Años de Fuga”, debimos sentarnos a meditar un segundo esa enormi-

dad, antes de rendirle nuevas pleitesías. De una u otra forma, nuestros amigos, muchos de los actores y nosotros mismos padecemos la decepción, los combates inútiles, la política distorsionada o sencillamente, la frustración de los sueños juveniles.

Además de este ingrediente de “combustión”, la Gardenia y el barrio Los Alcázares tejieron en estos años el espíritu pacifista, libertario y sicodélico que se extendía por todo el mundo contra la Guerra de Vietnam y a favor del amor libre; en contra de la familia, la escuela y todas las instituciones que representaban opresión; traía aparejada también cientos de vertientes, desde la conformación de grupos musicales inspirados en los Beatles o los Rolling Stones, hasta la constitución de bandas juveniles, armadas de cadenas, manoplas y navajas que marcaban territorio con peleas en los barrios vecinos de La Merced y el 12 de Octubre, pasando incluso por los grupos de muchachos jugadores de banquitas callejeras, ilusionados con ser grandes jugadores de fútbol y que fueron desechados por todos los clubes profesionales, ya sea por falta de calidad o por carencia de dinero para pagar a sus “mecenas”.

Se suman a este “agregado” de amor y soledad, los personajes; los primeros drogadictos “profesionales” que iniciaban sus viajes estelares y que contrastaban con los jóvenes seguidores de Enrique Guzmán y Rocío Durcal; que vivían con fruición los primeros “matinés” agarraditos de la mano, subiendo por la calle 72 al teatro María Luisa (abajo de la Caracas) o al famoso Scala (arriba de la Caracas). Los adolescentes, “farolos” conquistadores, empotrados en la panadería “Túpac”, tejiendo un mundo totalmente ajeno al mundo vivido en la Gardenia, y cuya máxima ilusión consistía en comer roscones con “Kiss” de uva y silbar a las niñas del Liceo Los Alcázares.

Esta gran patria de Los Alcázares, hogar de muchas aventuras, fue también un lugar ignorado por cientos de residentes: profesionales que emigraron temprano hacia Europa y Estados Unidos; trabajadores a quienes la crisis económica y el proceso lento de pauperización del barrio los llevó a vincularse en cualquier oficio; pequeños propietarios de negocios ubicados en otros puntos de la ciudad que “aterrizaban” a pernoctar en el barrio; “tiendas” de esquina o de garaje, en las que tan solo se vendía una canasta de cerveza, cuatro paquetes de cigarrillos al día, un salchichón o unos cuantos paquetes de papas, y cuyo ingreso era parte sustancial de la economía familiar.

También están los jóvenes que emigraron a otros barrios, a buscar amigos, oportunidades y nuevas formas de vida. En fin, hay otro Alcázares ausente y esquivo, sobre el cual este relato dará cuenta, tanto en su interacción con los protagonistas, como con su explicable silencio. Este cúmulo de propuestas de vida se cruza y entrecruza en un periodo convulsionado, generando para la gran mayoría de niños y jóvenes que tuvimos la fortuna de vivir esta época, una esperanza de hermandad, cambio y amor para las futuras generaciones; es casi una obligación volver, como hoy lo estoy haciendo, a recrear nuestros años maravillosos.

Me acompañaron en la travesía amigos tan diferentes como unidos, tan individuales como fraternos. Con esos amigos de infancia he compartido la más intensa de las emociones humanas: existir. Somos cuatro sobrevivientes que lloramos a los muertos, pero nada nos parece más increíble que estar vivos. La imagen de seis amigos recorriendo a pie la distancia que nos separaba del querido teatro Aladino, en la calle 60 con carrera 13, para asistir a la película de Ettore Scola, “Nos habíamos amado tanto”, es inolvidable. La frase brutal dicha

hacia el final de la película, lo resume perfectamente: *íbamos a cambiar el mundo, pero el mundo nos cambió a nosotros.*

Al finalizar la proyección y entre luces y sombras, volteé el rostro para mirarlos y comprendí que la amistad que unía a los protagonistas y que se reflejaba en las imágenes, era idéntica al sentimiento que tenía por los niños que me acompañaban; creo que en ese instante y desde ese día sentí la urgente necesidad de consignar por escrito, lo que cada cual significaba en mi vida; no se trata solo de nostalgias, espero lo comprendan, en esos días, nuestro mundo era joven y bello; luego, miles de cosas han envejecido: *París y la revolución, las magas que quisimos, casi todos los amigos.*

Lo que ha quedado puede carecer de valor, sin embargo, escribiéndolo me encontré con diversas partes de mí mismo que quizá conocía, pero que habría preferido desconocer: el envidioso, el tímido, el vengativo, el vanidoso y el amargado; pero también, el amigo de las cosas simples, de las palabras, de los animales y hasta de algunas personas, gente sencilla, de carne y hueso, y descubrí también a un hombre convencido de que a veces no hay nada tan importante como los recuerdos.

Mi casa, mi cuadra, la conformación de la gallada

“Uno vuelve siempre a los viejos sitios donde amó la vida y entonces comprende cómo están de ausentes las cosas queridas, por eso muchacho no partas ahora soñando el regreso, que el amor es simple y a las cosas simples las devora el tiempo”.

Canción de las pequeñas cosas de Mercedes Sosa

Mi casa



Fachada actual de mi casa – Calle 72 número 29 - 08

Cada noche hacia las nueve, mi papá le decía al conductor de un taxi que lo trasladara a esta esquina del barrio Los Alcázares.

Tomábamos el coche público en el centro de la ciudad, carrera 7^{ma} con calle 17, al frente del Banco Popular, donde hoy queda la librería Tercer Mundo; la ruta recomendada por mi padre era la carrera 7^{ma} directo a la calle 72 y doblar por esa esquina (permitida en ese entonces) hasta la carrera 29. El trayecto incluía pasar por el vetusto pero inolvidable Parque Nacional, la famosa Universidad Javeriana y el memorable parque de la 60, donde ya se avizoraba la que sería sin duda la más famosa discoteca de la época “La Bomba” y la zona que sería el refugio y la barricada de la generación hippie de la Bogotá de esos años sesenta.

Tenía doce años y el mundo era para mí ese gran espacio entre el centro de la ciudad y mi casa; la calle 72 era mi microcosmo, punto de referencia con la sociedad y el lugar donde iniciaba y terminaba mis faenas diarias. La magia de estos viajes por la ciudad motivó en mí la necesidad de ir “colonizando” mi terruño, de ir creando mi propio territorio, empoderarme de uno o varios cuadrantes, recorrer sus calles, indagar por los encantos de cada una de las esquinas, salir del cascarón del hogar.

Mi casa de esquina de muros y paredes blancas era un punto privilegiado desde donde se podía observar el movimiento del barrio. Estaba situada a cuadra y media de nuestro eje histórico: “La Gardenia”, en la mitad del trazado longitudinal del barrio con una hermosa vista a la calle 72 y como una asta de toro daba la partida para recorrer la cuadra de la carrera 29 hacia la calle 74. Los hermosos pinos que la rodeaban, la hacían parecer enigmática y de gran tamaño, pero la realidad es que no era nada distinto que una simple casa más, de las trecientas que el General Gustavo Rojas Pinilla entregó en 1953 a un grupo de prosélitos, amigos y servidores de su movimiento político, entre los que se encontraba su guardaespaldas, Jaime Arango,

amigo de mi padre y quien fue la palanca para la adjudicación, por ser él también seguidor del General y furibundo admirador de Laureano Gómez. Vale mencionar que el guardaespaldas de marras, con el tiempo se convirtió en un polémico comentarista radial, quien desde su noticiero diario se dedicó, durante veinte años, a lanzar diatribas contra todos los responsables de la caída, de su amigo y caudillo, el General Rojas.

La entrega de la casa la hizo el hoy desaparecido Instituto de Crédito Territorial, más conocido como Inscredial y, a pesar de lo económica que resultaba, la tarea de conseguir los tres mil quinientos pesos de cuota inicial fue realmente una hazaña para mi padre y para decenas de hogares, los cuales debieron endeudarse con cooperativas, bancos y prestamistas; sin embargo, una vez conseguida la cuota inicial, el pago de ciento cincuenta pesos constituía un alivio para estas familias numerosas de empleados y pequeños comerciantes que antes pagaban trescientos pesos de arriendo por el alquiler de pequeñas casas en barrios, como Quinta Camacho, Chapinero, Teusaquillo y Alfonso López.

Corre el año 1960, tengo cuatro años, se inicia la infancia, quizás el periodo más feliz de mi vida, los años maravillosos...

"Esa calle y esa plaza y ese municipal y esa esquina y esa fuente y esa escuela nacional..."

Mi cuadra y la conformación de la gallada.

Mis primeras letras, las aprendí en un jardín infantil ubicado en la carrera 29 N°. 73 - 47, a sesenta metros de mi casa. No tenía que atravesar ninguna calle porque quedaba sobre la misma acera. El jardín infantil era el garaje y el patio de ropas de una casa de Los Alcázares nuevo y la rectoría estaba ubicada en el cuarto de servicio, al igual que la sala de profesores.



*Jardín infantil
y casa de Gabriel;
fachada actual*

Doña Inés, la rectora del colegio, paisa, alta y fuerte, madre de doce hijos, se encargó de hacerme odiar normas y reglamentos; entre sus hijos se encontraba un contemporáneo en edad, Gabriel, niño engreído e inteligente, dueño de un hermoso carro de bomberos que despertaba la envidia de todos nosotros, sus compañeritos y las consiguientes broncas por su uso, en las cuales resultaba involucrado diariamente. A pesar de ello, se convirtió en uno de los mejores amigos de la infancia. Cuando llegaba del colegio con un ojo negro que me habría puesto Perea (de la 31), con una suela de zapato en la mano por jugar fútbol con el combo, con un arañazo en la cara por el encuentro furtivo con alguna niña, con dinero en el bolsillo que nadie sabe cómo llegaría ahí, con el libro desforrado o un manchón de tinta en los dedos, allí estaba papá, detrás de la puerta, la correa entre sus enormes manos, esperando mis lampiñas zancas para aplicar el consabido castigo. Solo el regazo defensor de mi mami impedía tal momento.

Raulito fue mi primer amigo y mi compañero de clases, de pupitre y el cómplice en todas las aventuras por los tejados y por la zona verde de la carrera 28. Con él aprendí la “chilenita”, a silbar y chiflar, a colgarme de los trolleys (medio de transporte de la época que funcionaba gracias a unas largas tirantas pegadas a los cables de electricidad y que cruzaban a baja velocidad la calle 72); aprendí a subirme a los árboles, a comer leche en polvo sin regarla y a preparar “miniziqui” (mezcla rara pero deliciosa y que era tan solo un polvo ácido, hecho con azúcar y la popular sal de frutas Lúa); también aprendí de él y con él, a hacer visitas a nuestras primeras conquistas y a actuar como verdaderos pretendientes.

Raúl, que desde entonces y hasta el día de hoy es para nosotros Raulito, era el menor de una familia numerosa, venida de Santa Marta, con un padre recién fallecido y que se instaló a cuarenta metros de mi casa; con él pasaba todas las tardes en su antejardín, jugando fútbol después de almuerzo y antes de que pasaran por televisión (en estricto blanco y negro), el programa juvenil el “Club del Clan”, programa que marcó una era, ya que recogía la música de toda la muchachada de entonces. Su amistad de matiné (de 3 a 6 pm) se extendería con los años, a todas las funciones que requería el diario crecer hasta el 72 y en la 72.



*Casa de Raúl,
estado actual;
el antejardín
era el sitio
de reuniones
y juegos.*

A los dos años de tejados y leche en polvo, Rafael llega a la casa de pinos curvos, en el centro de la cuadra y equidistante entre mi casa y la de Raulito, lo que permitía el control de las dos esquinas, la 72 y la 74. Su vinculación al minicombo o chiquicombo se da por el fútbol, traía religiosamente su balón a las tres de la tarde y a las cuatro en punto se iba, no sin antes limpiar cuidadosamente el balón de moda, el N°. 5: "Spalding".



La casa de Rafa actualmente, los pinos curvos han desaparecido, ahora es fábrica de confecciones.

La familia de Rafa era distinta a las del resto del combo, pequeña, ordenada y sin sobresaltos, mientras que las familias de Gabriel, Raúl, Pacho, Ramiro y la mía, por supuesto eran grandes, "despeltadas" y con mundos intensos que bullían en la casa y en el barrio. El padre de Rafael, oficinista de una compañía petrolera norteamericana, venía trasladado de la ciudad de Cúcuta y en compañía de su esposa y su otra hija, constituía un estrecho núcleo familiar, el cual reflejaba con fidelidad su origen de provincia.





Ramiro llegó a la cuadra, seis meses antes de Rafa; el cuarto de nueve hermanos era introvertido, analítico y emocional; contrastaba con el Ramiro, ordinario, procaz e inoportuno.

Todavía se le ve con esta carga para todos lados y han sido rasgos que le han identificado en los escenarios laborales y en sus relaciones personales. Para el momento de nuestro relato, ninguna de sus actitudes merecía profundos análisis y, por tanto, fue recibido con agrado e incluso se involucró en la gallada, no como uno más, sino como alguien fundamental en su desarrollo.



*Casa de los
Serna Jaramillo,
año 2018; en 1962
no había rejas*

“Mono” Castañeda o José María Castañeda es uno de los innumerables hijos de don Carlos y doña Cecilia y vive aún en la carrera 29 N°. 72 - 97; siempre cercano y siempre distante, formó parte del combo de una manera muy particular, era el eterno portero de nuestro equipo, seguía nuestros pasos, pero nunca se dejó atrapar por las actividades que por entonces consumían nuestras vidas; sin embargo, leal y afectuoso, compartía muchos de los momentos de ocio que se iban entre el humo de los cigarrillos y las conversaciones de jóvenes que se adelantaban en las tiendas aledañas, en la de la señora Griselda en la 74 con 25 o en el Gran Chef de la 74 con 24, un tanto alejadas, para evitar que nuestros padres nos descubrieran.

Pacho, aunque no era de la cuadra, se integró rápidamente a nuestra gallada, pocos días después de instalarse en una casa ubicada en la esquina sur oriental de la calle 72 con carrera 29; provenía del municipio de Yarumal, en Antioquia. Francisco Gabriel, como era su nombre completo, pertenecía a una familia ultra conservadora y súper numerosa (quince hijos), pero fue sin duda eje fundamental en el desarrollo de las actividades infantiles, gracias a la forma tan particular como transmitía sus recónditos anhelos de lucha y esperanza.

Esos rostros imberbes, las sonrisas ingenuas y las actitudes infantiles, ocultaban seres humanos que se querían comer el mundo y si les daban la oportunidad, incendiarlo. Con algunos fuimos vecinos veinte o treinta años y cimentamos entonces una gran cercanía que desbordaba la simple relación con el fútbol, con la política, con la literatura, para abrazar las cálidas y gratificantes de la amistad integral, por lo que puedo hablar con propiedad sobre el extraordinario ser humano que estaba detrás de cada uno de ellos.

La Gardenia de Los Alcázares



La Gardenia a la fecha; una venta de carnes y otros productos. En los años 70, el centro de la vida del barrio.

La panadería, bizcochería y cafetería la Gardenia estaba ubicada en la calle 72 con carrera 30. Tenía dos entradas, una por la carrera y otra por la calle. Ocupaba el primer piso del único edificio que en 1962 (cuando la conocí), existía en el barrio.

Espacialmente, era una extensión rectangular de aproximadamente ochenta metros cuadrados en la que “residían” seis me-

sas con bordes metálicos, de color indefinido (gris, blanco, café, como usted quiera imaginarlo), cada una con cuatro sillas; el resto de la dotación la componían dos congeladores botelleros, un horno y cinco vitrinas. En el centro de la cafetería estaba situada la caja registradora, al lado de la cual se sentaba don Marcos, su único dueño. Desde allí tenía control absoluto de todos los movimientos, incluso el de los panaderos, a través de una cortina entre abierta y oculta que solo él podía distinguir.

Durante sus quince años de existencia, Rosita y Gladys atendieron al público. Rosita las mesas y Gladys el mostrador. De siete a ocho de la mañana y de ocho a nueve de la noche, de cada día, reforzaba el servicio con Carmenza, la empleada doméstica de don Marcos, quien vivía en el piso superior.

Ninguna panadería del norte de la ciudad igualaba la delicia de los roscones de las once de la mañana, ni el pan francés de las cinco de la tarde, y menos las milhojas que todos los jueves, sagradamente, Hernando, el panadero, colocaba en las vitrinas.

Por allí pasó la humanidad entera, todos éramos jóvenes, todos éramos promesas, todos fumábamos, todos bebíamos, unos se quedaron en promesas, otros se propusieron ganar la módica medida del genio con la desmesura del trabajo. Todos bailábamos al ritmo de los recién descubiertos Beatles o de los grupos de músicaailable que luego serían íconos de la música popular como los Melódicos, los Graduados, los Hispanos o La Billo Caracas Boys. Todas las muchachas eran bellas y todas ellas nos dieron una cárcel de amor.

Don Marcos era la persona más tolerante, educada y democrática que haya conocido en mi vida. Tenía una sonrisa a flor de labios, su trato con los empleados y el público era de respeto y

camaradería. Nunca se oyó por parte de él un grito o insulto, incluso en aquellos momentos en que Enrique Posada, “Martica”, más por pilatuna que por necesidad, trataba infructuosamente de robarle los roscones. De su vida privada es poco lo que podemos decir, su discreción no permite entrar en mayores conjeturas, un señor de edad madura que vivía solo y que su espacio de privacidad no podía ser invadido por nadie. Quiero pensar que venía de regreso de batallas amorosas pérdidas o de luchas fratricidas y quizás optó por refugiarse en amasijos frescos que huelen a vida nueva y no traen malos recuerdos.

La Gardenia abría sus puertas a las 6:30 am y cerraba a las 11:30 pm; cada hora en la vida de esta cafetería era distinta, su público, sus comidas, los diálogos en las mesas y, especialmente, los “combos” que giraban a su alrededor. Fue también desayunoadero de muchos taxistas que vivían en barrios aledaños y que encontraban en ella el lugar adecuado para iniciar las labores cotidianas y compartir muchos de sus idearios políticos, que para la época giraban en torno a liberales y conservadores.

“Todos los caminos conducen a Roma”, reza el famoso proverbio anónimo; guardadas las proporciones, lo mismo acontece con el barrio de nuestra historia. En el barrio Los Alcázares, todos los caminos conducían a la Gardenia y para llegar a ella se hacía necesario pasar por otra cafetería donde se incubaba una buena parte de su historia, la Túpac, la cual se podría calificar como la cafetería de los “go goss” y estaba ubicada exactamente al lado. A la vuelta y sobre la carrera 30, se ubicaba “El Dorado”, tienda ajena a este discurrir y en la cual se surtían las familias de grano, frutas y verduras.



Cafetería Túpac; era otro mundo. Estado actual

Si los caminos conducían y terminaban en la Gardenia, la ruta no solo preferida sino casi obligada para llegar a ella era la calle 72, sobre la amplia avenida se podían ver a un mismo tiempo los movimientos de los distintos combos y su ocasional interacción. “Martica” y Diego Tamayo (hermano de Pacho) deambulaban borrachos y “trabados”, cantando no sé qué coplas y escandalizando a los vecinos.

Esteban caminaba junto a Gustavo y Arturo planeando tal vez el tumbé del día. Venían de la casa de los Baldión, ubicada en la carrera 32 con calle 74; Roberto con sus nenas, sus admiradoras y algunos seguidores gomelos de la 31, partían de la casa de los Ulloa rumbo a la Túpac y Pacho iniciaba su rutina de silbidos en mi casa y continuaba repartiendo agudos chiflidos en los antejardines de Rafa, Raúl y Ramiro, a manera de instructivo para emprender viaje a la Gardenia, centro de todas las culturas y final de viaje de todos los combos.

Estas cuatro rutas tenían vida propia, inundaban el barrio de alegría y diversidad y aunque se cruzaban a diario, nunca tropezaron, porque ellos, porque nosotros, a diferencia de padres, tíos y abuelos, vivíamos los días sin resentimientos ni odios, nuestra tolerancia hacia el otro, al igual que la de don Marcos

con el resto el mundo, fue el baluarte máspreciado en estos años de convivencia y amor.

Otras rutas llegaban a la Gardenia. Visitas de vecinos, amigos, de la 27, de la 26 y de la 25, quienes cansados de la pasividad que se vivía en la panadería Samurái, ubicada sobre la carrera 24, bajaban por la 72 en plan de paseo y de hermandad, buscando, sin decirlo abiertamente, la febril actividad que se desarrollaba en esa cafetería. Otras visitas no tan deseadas provenían de la carrera 36, del barrio 12 de Octubre y de su plaza, sitio de encuentro de las barras enemigas de Los Alcázares, y marchaban (en plan de exploración, conquista y hasta de camorra) sobre la calle 72, buscando a Esteban, su líder natural.

Además de las cuatro rutas “oficiales”, existían dos rutas adicionales de carácter permanente. La primera salía de la carrera 29A con calle 74, doblaba por la carrera y de allí a la Gardenia. Era el camino de los dos hermanos Lozano y de Gregorio Ortiz, tres señores egresados de la Nacional, quienes a comienzos de los años sesenta llevaron el marxismo al barrio, dejando la mecha encendida en multitud de cerebros jóvenes. La otra ruta era la de los “sardinos”, los hermanos menores de Ramiro, quienes junto a Mauricio y Carlitos de la familia Castañeda, vecina a la casa de Raulito y otros tantos menores de la 28, llegaban a la Gardenia vía oriente de la calle 72, con el firme propósito de crecer y ser grandes, aunque fuera por ósmosis.

Para algunos de los combos, el ingreso a la Gardenia estaba vedado, en parte por miedo a que se les inoculara algún virus o bien porque sus padres lo prohibían expresamente. En la Gardenia se hablaba de política, de sexo, de droga y, si quedaba tiempo, se criticaba todo lo que sucedía en la Túpac; esta cafetería adyacente era punto de encuentro de una muchachada que tenía intereses muy diferentes a los nuestros; cuestionába-

mos todo de ella, la calidad de su pan, de su tinto, incluso difundimos de manera jocosa, pero mendaz, que era elaborado con “juagadura de calzones”. La propietaria, doña Gloria y sus hijos, Jaime y Patricia, conocían el cuento, pero nunca confrontaron a nadie ni dejaron de ser personas amables y amigables.

Ella, una mujer viuda (dos, o tres veces viuda) en sus cuarenta o cuarenta y cinco años, alta, blanca y realmente hermosa, era la perdición de nuestros hermanos mayores, tíos y padres. Recayó en el matrimonio ante el asedio romántico e incluso arrodillado de un señor de apellido Siabato; escándalo total en un barrio típico de la aldeíta santaferreña; especulaciones, miles: que le hicieron brujería, que le echaban algo en el tinto o en la cerveza que diariamente consumía, como pretexto para estar cerca de su amor trasnochado.

Luego del ruido hicieron pareja, aunque a la fecha no sé de su paradero; de los hijos de doña Gloria, Jaime y Patricia, no se tienen noticias; los hijos del señor de marras eran grandes jugadores de fútbol, integrantes de uno de los mejores equipos de banquitas de la época, respetados y admirados por su estilo de juego; aunque la depresión y una honda crisis existencial los llevó de ser consumidores ocasionales a drogadictos irremediables y lo que fuera su sueño de vida, o su futuro, se truncó por completo. Al mayor aún lo veo transitar por la calle 72 con Caracas, no puedo asegurar en qué estado, pero sí con un envejecer parecido o cercano a la muerte. Indagué por toda la familia, pero no di con alguien que me pudiera dar luces sobre lo que fue de su vida.

En la Gardenia dejamos atrás resabios y encontramos lo que no se nos había perdido; allí, con la gallada, nacieron otras amistades y ganamos algunas enemistades. Aprendimos de don

Marcos que en la política como en la vida son inevitables las diferencias de opinión, que lo verdaderamente necesario para preservar la amistad es el respeto por el otro.

En esta cafetería pasarían las primeras emociones, que marcarían, y de qué modo, mi vida. Desde las citas amorosas hasta las citas clandestinas, la preparación y la organización del primer paseo de vida independiente y el diseño y la logística de la estrategia azarosa de huir de casa por primera vez a los quince años. Creo que a esa edad en que se forman las creencias más sólidas, las que probablemente nos acompañarán hasta la tumba, yo vivía azotado por un vendaval contradictorio y la única fórmula encontrada para su resolución era lejos de casa. Razones pueden ser muchas o ninguna, lo cierto es que debía ser lejos de casa. Los únicos testigos mudos de mis definiciones fueron, Don Marcos, las deslustradas mesas, la querida Gardenia de Los Alcázares.

Santa Francisca Romana, San Felipe Neri y Parque Alemania



Iglesia Santa Francisca Romana en el estado actual; para el año 66, era sólo un espacio de veinte metros cuadrados y, a su lado funcionaba el Colegio San Felipe Neri.

Nunca pude entender cómo los colegios podían formar a las personas, especialmente a los niños. Mi experiencia en este tipo de instituciones ha sido realmente una pesadilla. En los que me parecieron eternos años de vida escolar, jamás aprendí algo que me interesara y lo poco que aprendí no se debió a su currículo o a su capacidad pedagógica sino a su entorno, esto es, lo que rodea una institución, los debates “extras” que en forma casual se daban entre estudiantes y uno que otro profesor, capaz de salirse de las celdas “pedagógicas”.

Mi ingreso al colegio San Felipe Neri produjo uno de los mayores traumas, trastornando mi infancia y la bella relación con mi madre. Nunca pude volver a sentir lo que sentía por mi jardín infantil; el jardín (casa de doña Inés) me daba la seguridad de seguir con una madre sustituta y la compañía de otros hermanos; el delantal, la lonchera, la cercanía de casa y la corta jornada generaban en mí la impresión de un traslado por dos horas de mi hogar a tan solo cincuenta metros de él. Por el contrario, el colegio era “la selva”.

El colegio San Felipe Neri está ubicado en la carrera 29A, entre calles 71 y 70A. Fue fundado por la comunidad filipense e integrado por un grupo de sacerdotes dinámicos que generaron durante los años sesenta y setenta un polo educativo, cultural y recreativo, que traspasaba a los barrios La Merced, Colombia, Aurora y 12 de Octubre, entre otros.

Para ir al colegio debía atravesar con mi mamá la calle 72 y caminar por el costado izquierdo hasta la calle 71, pasando por las temibles casas de los Vargas y los Posada, precursores del hipismo, la droga y el bajo mundo. Su uniforme, un saco de lana en V, morado arzobispo y sudadera azul granada, producía en mí una especie de “acuartelamiento de primer grado” y del que me deshacía tan pronto escuchaba el chiflido libertario de mis amigotes Pacho y Raúl, quienes rondaban desde temprano la casa para iniciar el rito sagrado de jugar fútbol a las tres en punto de la tarde.

Debo confesar que pocos fueron los sucesos importantes durante mis ocho años de estudio; tal vez merece mención la amistad con el cura Fernando, quien con su tristeza milenaria comprendió más que nadie nuestros mejores sueños sin salida y me introdujo en la izquierda colombiana, con diálogos,

reuniones y grupos de estudio en los que se leía, los principios elementales de filosofía de Politzer, EL Estado y la revolución de Lenin, algo de Habermas, Marx, Engels, Hegel, Heidegger, autores y libros que mostraban la realidad mundial, pregonaban el final del capitalismo y la instauración del comunismo como fase superior del socialismo. Aunado a ello se miraba la situación de Colombia y su relación directa con lo que acontecía en Cuba, con la llegada de Fidel Castro y el Che Guevara al poder y el final de la dictadura de Batista.

Uno de los pocos sucesos cruciales y obviamente definitivos fue la expulsión del colegio por leer a toda hora literatura en los baños. Ni modo, una vez conocida la obra de García Márquez y la de Vargas Llosa, no hubo texto que llegara a mis manos que no fuera devorado de inmediato, ya que entre acercarme al libro de urbanidad, el de religión o el de historia patria, falseado totalmente por los historiadores de antaño o coquetear con las novelas de Camus, Proust e incluso el maldito Vargas Vila, prefería lo segundo, y lo de menos era el sitio donde sentarme a disfrutar el ejercicio de la lectura.

Con los años vuelvo a cuestionar los procesos formativos, aquellos procesos incapaces de entender lo que implica para un alumno, estudiar, analizar, entender y disfrutar lo que realmente le mueve, le hace sentido y le produce satisfacción, versus, lo estrictamente contemplado en los famosos contenidos curriculares y que determina su nota aprobatoria.

Los curas filipenses también administraban la parroquia del barrio que con los años fue cambiando de fisonomía, pasando de una vieja, pero hermosa construcción isabelina a una edificación tipo salón comunal. Hoy es una edificación moderna con tendencias Gaudí.

La iglesia era sitio obligado de reunión de algunos de los combos, los más pequeños iban en pos de mirar de lejos los primeros amores platónicos y, otros de mayor edad, iban con sus novias pregonando actos de fe que en realidad eran la excusa perfecta para tomar de la mano a sus novias, pero con la discreción que brindaba el uso de la conocida maxi-ruana, una ruana típica de la región, pero mucho más larga y que permitía ocultar el cruce de caricias que se ofrecían de manera ingenua, en una época que la sociedad no permitía actitudes más abiertas y libertarias.

La iglesia y la parroquia generaban, además, la reunión de chiquilines y adolescentes en torno a los campeonatos de banquitas; los chiquitos jugaban en una zona que no era para nada un campo de fútbol definido y tampoco contaba con una zona de espectadores, lo cual no importaba, ya que el ánimo y la entrega de los jugadores superaba con creces las dificultades del terreno; una vez cumplido el ciclo de jugar bajo estas condiciones adversas, se pasaba a categorías de jugadores mayores y, por tanto, se debía jugar en el Parque Alemania, brindando una deliciosa sensación de crecimiento o de mayoría de edad.

De aquella época quiero recordar al padre Paz, sacerdote que en medio de la turbulencia de los años fue capaz de concitar el interés de una muchachada para jugar los torneos; la inscripción era gratis, los trofeos sencillos, pero el bullir total. Esperar ansiosamente la llegada de las vacaciones para organizar equipos, definir jugadores, crear conciencia colectiva en torno a un simple partido de fútbol, fue marca indeleble de aquellos años. Las pequeñas o grandes diferencias entre las cuadradas que componían el barrio se dirimían en el campo de juego, desde allí se podían vislumbrar las tajantes diferencias, incluso las ideológicas, esas que marcaban la singularidad de

cada combo, el de la 29 con la 29A, los de la 28 con los de la 27 y los de la 25 con los de la 26.

Suena extraño decirlo, pero con el paso de los años es posible hacer una caracterización de cada cuadra y de sus habitantes a través de los equipos de banquitas; los gomelos, los marihuaneros, los izquierdosos, los pantalleros, en fin, una amalgama de estilos y personalidades que bien podrían ser objeto de un estudio sociológico (o psicológico).

Parque Alemania

Pequeño monumento a la virgen, mejor conocido como la Gruta, ubicado en el parque Alemania y que aún permanece en su estado original.



El barrio tenía dos vidas que se juntaban alrededor del Parque Alemania. De un lado, la vida cambiante que giraba alrededor de la alegre calle 72 y del otro, el sector sur del barrio, tres años más viejo, cuyo eje era la ausente, triste y comercial calle 68, limítrofe con el famoso barrio 7 de Agosto y el vetusto barrio Benjamín Herrera. Salvaba al viejo Alcázares la existencia del teatro Regio, donde todos los sábados sin falta se congregaba la gran cofradía de muchachos del barrio para ver los dobles apetecidos y cuyos títulos podían ser: "Ringo invoca a Dios y

muere”, “Mátelos a todos y regrese solo” o “Dios los cría y Ringo los mata”.

Con unos pelos más, la voz levemente ronca y unos pesos en el bolsillo, los sábados o los domingos se completaban con una jugada de billar en sitios que burlaban (y nosotros también) cualquier norma acerca de la edad mínima para entrar. Para los asistentes, era una prueba reina de adultez y se pregonaba heroicamente durante toda la semana, ante quienes aún no rompían los vínculos familiares y tenían terminantemente prohibido acercarse a semejantes lupanares.

El parque tuvo varias transformaciones durante los 21 años de mi permanencia en el barrio; la primera fue el cerramiento de su área fundacional y la instalación de juegos, bancas, canchas de fútbol y de básquetbol; para los habitantes era una novedad que permitía llevar a los niños a un sitio seguro y muy económico. A su definitiva inauguración, asistió el alcalde de la época y quien años después sería presidente de la república, Virgilio Barco Vargas, el hombre no se salvó de las respectivas rechiflas y salió con cajas destempladas más rápido que decir: ¡por acá estuve!

La segunda transformación se da hacia el año 1979 y es la ampliación hasta la carrera 24, creciendo en unas quince hectáreas. El “Alemania”, como se le conoció a partir de allí, se convierte en un escenario deportivo y recreacional del noroccidente de la ciudad. Cuando ocurre este cambio tan benéfico, pero tan nocivo para la consolidación de la identidad de Los Alcázares, yo ya me había casado y vivía en el barrio Santa Sofía.

De una u otra forma el parque unió diversos sectores del barrio: las carreras 29, 29A, 30, 31 y 32 consolidaron su “eje” deportivo en el fútbol; la conformación de equipos que se ayudaban entre sí, con jugadores, árbitros y camisetas. Fue así como apare-

cieron los Flórez (hijos del famoso “Papo”, jugador insignia del Bucaramanga de los años sesenta), los Siabato: José, Camilo y Darío; los Orduz: Hugo y Julio; familias insignes que presentaban nóminas de lujo, que contribuyeron a cohesionar el viejo Alcázares, que lograron la conquista de varios campeonatos de torneos interbarrios y que, lógicamente, ganaban con facilidad los torneos internos del barrio. “Muelas”, los Vásquez y el pequeño Federico representaban a los novatos, es decir, a los últimos y recién llegados residentes del barrio, ubicados en las carreras 26, 27 y 28.

El parque hoy se encuentra en reparación, aunque creo que ha estado en reparación los últimos veinte años; ahora rodeado de talleres de carros, fábricas de confecciones, restaurantes baratos, almacenes de repuestos para autos y uno que otro prostíbulo; consecuencia inequívoca del pasar de los años vinieron aparejados, modernidad y decadencia, y la pauperización de los habitantes.

Los actores principales, mi devoción por la amistad

“Sé que no puedo pedirles nada, salvo que se salven. Quizás tantas páginas me han llegado a convencer que pase lo que pase, siempre tendré en ustedes a unos amigos, que ustedes son mi única y verdadera esperanza. De todas las cosas escritas y leídas, la que siempre he tenido más cercana es que mientras se nos recuerda, seguimos vivos”.

Conocí cerca de un centenar de personas durante mis dos décadas de contubernio con Los Alcázares; cada persona que pasó por mi vida en esa época turbulenta marcó una bitácora, un rumbo, una historia. Esta conjunción de ritmos, miradas y opciones constituyeron el espacio más diverso, creativo y amoroso que haya conocido en grupos humanos. Todos dejaron en mi alma una marca, pequeña, grande, de regocijo y desamor, pero ninguno de ellos logró generar tantos odios, pasiones, liderazgos y consensos como mis queridos Francisco, Enrique, Rafael y Esteban.

En cuanto a *Enrique*, el menor de los Posada, provenía de una familia bogotana de distinguido abolengo, que lentamente fue

pauperizándose debido a su descomposición interior, producida por la locura, por el fanatismo religioso y por la droga. Con un marcado acento contestatario, Enrique fue considerado por nosotros y por muchos el primer *hippie* que habitó Colombia, cuando despuntaban los años sesentas. Admirador de Black Sabbath y de Led Zeppelin, aprendió desde muy pequeño a escandalizar a las amas de casa que iban al “Dorado” a comprar las hortalizas y las frutas de la semana; espantaba a las jóvenes de colegio y universitarias que cogían el *trolley* en la carrera 30 con calle 72 y causaba bronca a los líderes de las pandillas del barrio 12 de Octubre.

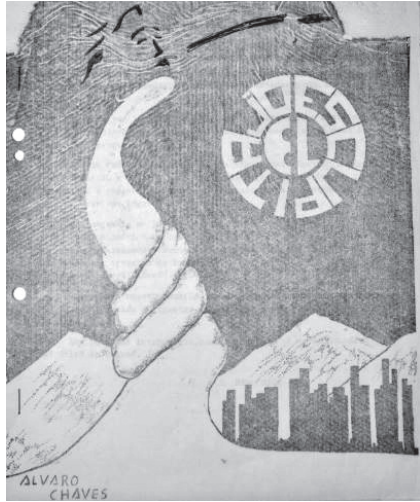
Se inclinó por la poesía y el Diazepan (de venta libre en aquellos tiempos), mezcla que también combinaba con Cortázar y la “marimba”. Abandonó los estudios, creo yo, desde antes que se crearan. No recuerdo haberlo visto con un cuaderno, tal vez con una botella de aguardiente desafiando a don Marcos, el dueño de la Gardenia.

Enrique fue apodado “Martica”, a manera de ofensa por los pecatos y ultraconservadores habitantes del barrio; él, con su larga cabellera, sus botas texanas y su maxi-ruana, causaba más de una roncha a los vecinos; a su paso se escuchaban improperios: “vago”, “degenerado”, “sucio drogadicto” y un sinfín de epítetos y gritos chillones que él oía, pero que nunca se detenía a refutar, con su andar cansino seguía su rumbo, como siempre, hacia la Gardenia.

Compartimos el diseño y la ejecución de varias utopías, unas quedaron inconclusas, otras llegaron a feliz término. Uno de esos proyectos fallidos le fue propuesto cuando aún la droga no lo había sepultado; le visitamos con Pacho, le enfatizamos que era hora de “hacer algo”, que ese algo era militar con los

“Elenos”: Su cara de sorpresa lo decía todo: impacto, interés e incluso excitación se reflejaron en sus pupilas; pero pudo más la carrera de locura y drogadicción que ya había arrancado y prefirió pasar diciendo: “esta historia no la sé contar”.

Cuando veníamos de regreso de la militancia, tres o cuatro años después, le presentamos un segundo proyecto que cumplió a cabalidad, que no era otro que la publicación y distribución de la revista literaria “El Escupitajo” y para la cual en el primer ejemplar escribió un bello poema.



Ya para entonces la droga lo había alcanzado completamente, rompe con su esposa (una hermosa joven, estudiante de Antropología de la Nacional y quien más, quien menos, podía creer que le hubiera acompañado en algún trecho de su vida), rompe con sus hermanos, rompe con los amigos de la infancia.

La última acción conjunta que hicimos antes de su desaparición (de nuestras vidas, no de su muerte) fue el diseño y ejecución del plan estratégico como apoyo al paro cívico nacional de 1977 y para el cual Enrique actuó de manera lúcida y pasó el examen como estratega, mientras yo me gano un fastidioso “canazo” por no esconder adecuadamente las tachuelas que servirían para paralizar algo del transporte público en las rutas

acordadas; el dichoso material depositado en un canasto de verduras es descubierto fácilmente por agentes del orden. El arresto duró tan solo cuarenta y ocho horas, pero la despedida con Enrique fue definitiva.



Enrique queda marcado en mi recuerdo; como filósofo no valía nada, pero como perdedor fue el mejor que he conocido. Intelectual extremo, a sus cuarenta años, si escribiera su autobiografía sería la de un viejo que sabe que ya no le queda futuro. Se había dado cuenta de que toda su cultura no tenía ningún valor y que ninguno de los que le rodeaban estaban a la altura de su propia admiración; creo que, envuelto

en el humo de su droga, pensaba que era más. Era temido a los treinta años por su sinceridad, él solito revolcó los cimientos de la conservadora clase media que habitaba el barrio. A nadie le caía bien Enrique, pero todos deseaban sentarse junto a él y sentir, de alguna forma, su poderío intelectual; muchos, si hubieran podido, se habrían inoculado intravenosamente esa fuerza, esa berraquera de escupir su verdad. Todo lo que el resto no éramos capaces de hacer.

UN ESCUPITAJO

Un escupitajo para vosotros; deplorables burgueses.

Un escupitajo, que se yerga sobre los cielos inmarcesibles de la patria que habéis vilipendiado. Luego, encolerizado, enrumbe hacia vuestros mediocres y perfumados rostros, aunque altivos, desdefiados; por vuestros capataces extranjeros, y por vuestro pueblo... ¡mi pueblo!. Que concluya en los salones de todas vuestras mansiones para hacer trizas, la aguda monotonía de los brillantes parquets y las pomposas alfombras, que disimulan aquellos antros de porquerías donde osáis vivir. Cavernas que ocultan vuestros deshonrosos pensamientos canivalescos, y ayudadas del dinero, cubren vuestras andrajosas almas. Antros donde podéis forjar los mas complicados trucos y estabilizar vuestras canalladas maquiavélicas.

Un escupitajo, que atiborre de saliva vuestras tinis y piscinas, para que cada que os bañéis sintáis con escalofríos las cadenas que habéis usado; aquellas mismas cadenas que predicen vuestro inevitable fin, aquel que contará la verdadera historia, puesto que en favor de vuestros intereses, la habéis estropeado. De nuestra bandera; sólo la habéis usado un color... el rojo, y ¡aún sigue significando la sangre derramada por vuestros héroes.

Un escupitajo para vosotros, asesinos del pensamiento, la vida... ¡la libertad!. Lagartos a la vista del dinero; ciegos ante la angustia de vuestro pueblo... ¡mi pueblo!. Así mismo manche vuestros exóticos ropajes y deshonne vuestra falsa honra; de los cuales, sois también víctima.

Para vosotros sanguijuelas humanas, tiranos agalludos. Serpientes que acochantes, esperáis la presa para descargar vuestro veneno sobre ella. Como serpientes os arrastráis sobre los hombros de vuestro pueblo, y como lombrices lanzáis los pies de otros tiranos que en aquella nación prohibieran el negro... Tío caduco. Seguid arrastrándoos, burgueses engreídos y altaneros, hasta que unido vuestro pueblo, levante hacia aquel sistema decadente que habéis creado, un inmenso escupitajo.

EDITORIAL

Cuando hemos creído que nuestra presencia es esperada por ustedes, reaparecemos esta vez con más espíritu y más escupitajos. Es decir, que enviamos nuevos escupitajos desde ya, y que hemos desentrañado por ustedes, con el dolor de ustedes y con nuestro dolor.

Traemos por los filtros pulmonares, cierto aire a medio madurar, que impulsado en nuestra voz, irrumpe de nuevo en el seno de nuestra corrupta sociedad.

Hay un nudo, en nuestra garganta atragantado. Desvela a nuestro torturado y dormido pueblo, que aletargado yace en medio de doctrinas y cadenas gubernamentales; nudo que se desatará al fragor de escritos, lágrimas... sangre.

Una angustia ha parido nuestra Colombia e incontables ha parido nuestra América. Un eco de las penas, está en los corazones de éstos pueblos, que llevan lentamente su clamor a la lucha en medio de las arterias de los Andes, de las lágrimas del Amazonas, culminando en el celeste cielo del aconeagua.

Reiteramos nuestro humilde deseo de colaborar con éstas líneas a la liberación de nuestro pensamiento, en nombre de una dinamitante verdad.

Las personas interesadas, pueden escribir al apartado aéreo N° 95149 de Bogotá.

L. REDACCION

Escupitajo N° 2
Enero 1977

Con *Esteban* nos conocimos en una circunstancia muy especial; una noche, viniendo de ver una obra de teatro en el colegio San Felipe Neri, oímos junto a Raulito una gran algarabía en la casa de los Vargas. La policía se quería llevar a Rodrigo, el segundo de los Vargas, todo porque en una pelea entre iguales con Mario Cerquera (el mimado de “Maritus”), este llevó la peor parte. Su padre, un agente del extinto DAS hizo uso de sus palancas, llamó a la policía para que lo detuvieran y cuando lo estaban trasteando, los Posada, Raulito y yo intervenimos, interferimos y abogamos para que lo dejaran en casa.

Algo parecido a un triunfo de la justicia callejera que, finalizado, celebramos varias horas con “Martica”, Esteban, Mincho Vargas, Pacho, que se pegó un rato después y con el mayor de los Posada, un médico siquiatra cuyo nombre no recuerdo y que por esos días era director de la clínica Monserrat. Entre risas nerviosas, cerveza y aguardiente hablamos de lo acontecido y de lo humano y lo divino.

Para ese entonces, Esteban estaba haciendo la transición de simple pandillero a “padrino” y nos invitó con Pacho a que conociéramos su colección de estampillas. Pacho, en actitud muy familiar, entra como si fuera su casa, saluda a todo el mundo y se sienta en la sala a observar despaciosamente la dichosa colección; tal familiaridad y confianza obedecía a que su hermano mayor, Gustavo, era el eterno enamorado de Helena, la única hermana de Esteban.

La casa de Esteban “ardía” diariamente; entraban y salían a toda hora amigos de los hermanos menores, ladronzuelos de poca monta, pretendientes de Cristina, la hermana pequeña de los Vargas, tíos y primos vinculados al negocio de la bisutería y las falsificaciones. Soy pretencioso al decir que los únicos sanos que visitábamos ese nido de perdición éramos Pacho y yo.

Podría decirse que esta casa también estaba “encantada”, era la antítesis de la mía. Su lógica, sus horarios, sus costumbres, iban en contravía de cualquier norma o acuerdo. Solíamos ir a charlar con Esteban, quien con un acento proverbial contaba sus historias de esmeralderos, reducidos y contrabandistas. Nunca escuchamos de él una invitación a participar de sus negocios o actuar como testaferros. Su relación con nosotros fue la de un hermano mayor, nos consentía y cuidaba con tal esmero que incluso alcanzamos un forzado respeto en el barrio, como producto de esta extraña amistad.

Mi amigote *Rafael* ha vivido de manera intensa sus sesenta años de vida, es rebelde e incorregible. Toda ocasión es una oportunidad para aconducirlo, pero él con la chispa en la boca lo contesta todo con una fina ironía.

Lo veo como un adolescente eterno que no mide las consecuencias, pero asume los compromisos. Ha sido leal y fraterno, algunas imágenes de sus devociones y sus afectos me acompañan permanentemente.

Una de esas es la de nuestro matrimonio con Tere; luego de la ceremonia religiosa, doña Teresa organizó una fiesta con todas las características que tienen estos eventos, que si el ponqué, el vals y el brindis, sin embargo, todos los miembros de la gallada se encontraban aburridos y hacia las doce de la noche agradecemos la invitación, pero tomamos la determinación de abandonar la fiesta e irnos a celebrar a nuestro propio estilo y condición. Gabriel ofreció su casa y allí fuimos a templar el combo y otros “sapos”.

En aquellos años y en los actuales, todo para Rafael es diversión, licor y poesía; luego de consumir todas las existencias de alcohol, de reírnos, de recordar, era el momento de partir para nuestra “luna de miel”; son las cuatro de la madrugada, las dos maleticas están listas, la flota parte a las siete en punto; salimos a la 72 a co-

ger un bus que nos llevará al lugar donde debemos tomar la flota y Rafa decide subirse en compañía de Alcides, vecino y hermano de Gabriel, y optan por acompañarnos; en el interior del bus declama algún poema de Julio Flórez, ante el asombro tolerante de seis o siete parroquianos que se desplazaban hacia sus trabajos. Llegamos al terminal, abordamos la flota y, por poco se suben.

Otro momento imborrable fue la forma solidaria como acompañó a Tere en los días del nacimiento de nuestro segundo hijo, Simón Esteban; yo me encontraba en Cuba realizando una pasantía académica que coincidió con el parto; Tere recurrió a su apoyo y él no lo dudó ni un instante. Durante la semana que duró este proceso no se despegó un minuto, asumió el papel con tanta seriedad que en la clínica se le identificaba no como amigo o acudiente, sino como el potencial padre. Incluso, llegado el momento, la enfermera se acercó para felicitarle por el nacimiento de Simón Esteban, su hijo; Tere siempre trae a colación la anécdota en nuestras reuniones familiares. Enfatiza la palidez de su rostro ante la felicitación de la enfermera, su cara de sorpresa, “de manera cómplice nos sonreímos, le dijimos que no, que no era el padre”, pero la escena tal y como la cuenta Tere está grabada en mi corazón, ese simple ejemplo basta para decir lo que ha sido Rafa en nuestras vidas. Resolvieron la situación con una mirada que solo produce una gran amistad.

Más cerca en el tiempo, me persigue la imagen de cierta noche, recorriendo en su compañía “El Bronx”, esa zona de la ciudad en la que conviven humanos y fantasmas, en una búsqueda desesperada y angustiosa, pero con final feliz.

Los encuentros de estos últimos años están enmarcados en bromas; cada momento es propicio para gastarle un chiste y ver su reacción sulfúrica; en particular la referida a las gafas; las gafas de leer, esas con las que siempre llego a su oficina para tomar tinto y

que para incomodarlo le digo que fueron compradas en el “agá-chese” y baratísimas, a diferencia de las que él formula y vende, y claro, en su condición de optómetra se indigna y saca a colación no sé cuántos argumentos científicos para la elaboración adecuada de una prescripción óptica y su adquisición en un sitio de profesionales y no meramente en la calle, lo que a su juicio prostituye la amada profesión. Suspendía la burla y dejábamos el temita en punta; ambos sabíamos que no habría acuerdo posible.

Tampoco toleraba que se hablara mal de la institución en la que laboraba, la Fundación Universitaria del Área Andina, a la que había llegado por allá en el 99 como docente de cátedra, y a la que habría de regresar tiempo después como director del programa de Optometría. Su carrera administrativa era bien valorada y sus relaciones con las directivas eran cordiales y afectuosas, esto permitió que en algún momento de aprietos económicos me atreviera a pedirle ayuda con alguna cátedra, sin mucho pensarlo entregó mi hoja de vida a Juan Manuel, director del Departamento de Humanidades, buscando alguna contratación, habló con el rector Laverde, quien siempre apoyaba sus necesidades y con la vice Sonia, quien siempre comprendía sus necesidades, movió sus escasas influencias y al final logró mi vinculación. Trabajé allí durante dos años, hice amigos, recibí un excelente trato y puedo afirmar que la Fundación es un espacio grato de confraternidad académica; renuncié porque me mamaron la cantidad de reuniones a las que debía asistir de manera obligatoria, más que por aburrimiento con la docencia, oficio por el cual, tengo el mayor de los respetos.

Me embarque en otras cosas, agradecí la oportunidad, pero le deje claro a Rafa, con sorna, con mucha sorna, que el nombre de la institución era más grande que sus instalaciones y que la sentía demasiado parecida a un colegio. Fui más allá, grabé su número celular como “Boricua Colegio”, de modo que la llamada para

cuadrar la cita semanal, casi que automáticamente, iniciaba con: "Boricua", ¿en el colegio? Luego había silencio... una risita hipócrita y se despachaba contra mí. Esto podía terminar mal, se encendía y defendía su universidad y su trabajo, como siempre defendió cada una de sus actuaciones, con vehemencia y con una oratoria que bien hubiera querido algún político. Todavía trabaja allí, ahora es director de posgrados o algo similar, la verdad no lo sé.

Se iluminaban sus ojos al hablar de Juan Sebastián, de Santiago, de Federico. A pesar de los dolores acumulados, de las apuestas amorosas perdidas, de sus opciones de vida agotadas, de sus dificultades económicas, ha renacido con y para cada uno de sus hijos. Utilizaba palabras cortas, inspiradas en su fortaleza, sensibilidad y pasión para describirlos, para señalarme que eran el motor de la vida. Sentía como un deber hablarme de las preocupaciones, ilusiones, afanes y esperanzas por su futuro. No permitía avanzar en esta crónica sin contarme algo de sus logros, de sus problemas, de lo bien o mal que les iba en el colegio, de sus nuevas canciones.



Subía el volumen al equipo de sonido, colocaba mil veces el verso de Sabina "*Estos huesos que vuelven de la oficina, dentro de una gabardina, con manchas de soledad*"; insistía en que el verso retrataba (¡y de qué manera!) su enorme tristeza ante la

obligada ausencia física. Creía firmemente que de su existencia les iba dejando huellas que podrían guiarlos en el camino de regreso cuando se quedaran solos con su destino.

Compartía sin reato la comunión epistolar que mantenía con cada uno de ellos; de una de las innumerables cartas recojo una frase, supongo, de alguno de sus autores favoritos.

“Ustedes crean en lo que les venga en gana. Pero, en lo que les venga en gana a ustedes mismos. No en lugares comunes. No en prejuicios. Húyanle a los prejuicios. No transforman. Destruyen. Sean autónomos, definan ustedes mismos en que creen y en que no creen”.

Y emocionado, me enseñó una de las cartas remitidas por ellos, en la que decían: *el viejo se las sabe todas.*

En amores, tantas batallas como partidas de ajedrez; pocos mates, algunos abandonos, muchas tablas; pienso que ilusamente soñaba con una mujer en la que confluyeran personajes femeninos de muchas obras literarias; Cesárea Tinajero, Angelina Beloff (Quiela), Genoveva Alcocer, Fermina Daza, Ilona, Flora Emilia, Margarita Gautier, María Iribarne o Alejandra, Isabella Gispert, La Maga, Emma Bovary, la Tía Julia o Patricia, Beatriz Viterbo y, hasta Dulcinea.



Me declaro impedido para asegurar que haya logrado semejante conjunción, pero tuvo suerte el condenado “en el final del camino lo acogió la sombra fresca, de una mujer dulce de treinta años, donde olvidar los desengaños de diez lustros de amor...”, su nombre, Carmen Elena.

Cada ocasión en que nos encontrábamos, era propicia para re-criminarla cariñosamente:

– ¿Qué hace con este *man?*, ¡usted es muy linda para andar con este viejo!

Ella sonreía con dulzura y le miraba con amor; sobraban las palabras.

Y lo escucho entre las brumas, entre las hendijas de mi memoria, hablando igual que el día que le conocí hace cincuenta y seis años, igual que el día que recuperó su libertad, igual que el día que lideró al grupo de artistas jóvenes, que los alentó en la muestra de arte alternativo. Igual que el día que presentó su libro sobre la salud visual de los colombianos.

Lo encuentro idéntico, con la misma vehemencia, con la misma pasión y me digo que es el mismo, que no ha cambiado y siento que mi amigo me acompaña y que nada ni nadie podrá alterar el curso de esta amistad y que absolutamente nada le hará saltarse sus principios fundamentales.

Deliberadamente finalizo esta alegoría a la amistad con mi buen *Pacho*; esta es una escena peligrosísima donde el libro se acerca a las orillas mismas de la sensiblería, pero debo hacerla. Dedicué muchas horas a buscar fotografías de él, no las encontré; acudí a los amigos, a los conocidos, intenté ubicar a los familiares, nadie pudo dar prueba real de su existencia.

Pacho (Francisco), del combo “extendido” de la cuadra de la 29, es realmente el pensamiento más libertario que conocí en aquellos años; el hermano menor de Diego, el “gurú” marxista del barrio, el amigo íntimo de militantes famosos, como

los Lozano, el jovencito que citaba de memoria apartes del Manifiesto del partido comunista, el vecino que al calor de un tinto en la Gardenia y siempre de cinco a seis de la tarde nos convencía de que el capitalismo era la peor enfermedad del mundo y que su fin era una realidad inminente.

Una vez lo conocimos, se hizo indispensable para el combo de la 29 por sus análisis sobre el país y el mundo. Con su estilo vehemente y convincente, su obstinación y su continua presencia, lograba sacarnos de las guerras de cerezas, la colgada de los *trolleys*, de los campeonatos infantiles de banquitas y nos empujaba al mundo de las ideas y de las acciones. Con su acento de paisa “domesticado” por la capital, Pacho y yo iniciamos una muy seria relación de estudio político con alumnos de la Universidad Nacional y obreros provenientes de barrios populares. En cafeterías del centro y del sur de la ciudad, leíamos a Regis Debray, a los tupamaros (grupo guerrillero uruguayo) y textos de Ernesto “Che” Guevara. Las noches se iban, especulando acerca del futuro de las acciones guerrilleras y escuchando en viejos discos de acetato las canciones de Inti Illimani, poesía en la voz de Pablo Neruda o los versos de Joan Manuel Serrat.

Nunca aprendí a silbar como lo hacía él; doblaba la lengua en forma de “barquillo” y soplaba con fuerza, saliendo un estruendoso ruido que en ocasiones se me parece al que producen las trompetas rojas de los hinchas de Santa Fe. El escuchar ese chifido era como la diana del ejército en las horas de la madrugada y era señal inequívoca para todo el combo de iniciar actividades, las que fueran, pero se iniciaba el día. Su cabello semilargo al mejor estilo Beatles y su nariz aguileña lo hacían inconfundible.

Con Pacho viví momentos intensos de mi adolescencia; compartimos novia y militancia, realizamos ejercicios de polígono en las montañas del sur de Bogotá, leímos marxismo

y literatura latinoamericana, fundamos el Movimiento Anarco Existencialista de Izquierda (AEI) y pactamos decenas de acuerdos sobre nuestro destino, que siempre cumplimos. Todavía se aparece en sueños, con su chaqueta caqui, su bluyín y su boina verde, con el cigarrillo Pielroja entre los labios haciendo pequeños y grandes aros con el humo y cantando las canciones de Violeta Parra y de Mercedes Sosa.

Una noche sin “querer queriendo”, se deslizó entre los altos y fríos ladrillos de las “Torres del Parque” en la quinta con veintiséis, con la mirada atónita por su exilio de los Alcázares, el terror de la violencia ya generalizada en el país y con una leucemia que carcomía su cuerpo. Las versiones hablan de una caída accidental, una monumental borrachera o un suicidio perfectamente elaborado.

Desgrano una lágrima mientras escribo estas líneas y recuerdo mi cercanía en los momentos duros de su enfermedad. Durante años tuve la extraña certeza que Pacho no moriría jamás. El único padecimiento que le conocimos lo manejaba él con una graciosa vanidad. Parecía detenido en el tiempo.

A Pacho, aún lo veo y lo veré siempre *“como un maestro de la ironía, de la sonrisa misteriosa, lo veo en los rasgos de su pluma ya quieta, lo pienso en el recuerdo de tantas palabras que le oí. Veo su sonrisa escéptica y tímida, oigo su palabra frugal, y pienso como el mismo vivía su vida, con ironía, con el humor amplio que le iluminó”*.

Nunca supe bien por qué le perseguía la idea del suicidio, sé que había devorado los libros de Virginia Woolf, de Koestler, de Zweig, de Hemingway, de Silva, de Mayakovski, en fin, de muchos escritores suicidas; yo les veía muy distantes a su personalidad; se me convirtió en obsesión desentrañar ese tipo de relación. Tan solo lo comprendí todo cuando leí sobre la vida de Andrés Caicedo, por fin pude comprender la analogía; mi amigo se identificaba con él, se asemejaba a él y se parecía a él.

En nuestra adolescencia, su saludo era inexorablemente el mismo:

– ¿Qué pasa Solano Patiño?

Nadie atinaba la forma de contestar dicho saludo y tienen que pasar cuarenta y cinco años para descubrir que así iniciaba el texto inconcluso de su autobiografía, o mejor, de la última novela no publicada. Con esa frase:

– “A mí llámame Solano, Solano Patiño”.

Una vida agitada, una monumental producción literaria, las reseñas de cine, la frase tantas veces pronunciada “Vivir más de veinticinco años es una vergüenza”, las últimas cartas antes del suicidio (a su madre y a su eterno amor, Patricia), su legado, sus amistades; ¿y Pacho?, pues un joven de la misma edad, inquieto, brillante escritor, lector voraz, el enamorado de Claudia, el apasionado por la vida y el obseso por la muerte, lo conocía todo, lo sabía todo y se asustaba de todo, principalmente de llegar a cierta edad; todo, a semejanza de Andrés.

Coincidieron en su paso por la tierra, vivieron los mismos tiempos convulsos, pusieron la misma pasión desenfadada en todo lo que hacían y murieron bajo las mismas reglas..., las de ellos.

La noche del 7 de febrero de 1978, cerca de las diez, me llama mi novia Tere y me dice alarmada que necesita hablar conmigo urgentemente. Yo estaba viendo por televisión, en estricto blanco y negro, la adaptación de la obra de García Márquez: La Mala Hora.

– Ya voy para allá

Ana Teresa (Tere), vivía en la 26 con 73, cerca de la zona verde. Llegué en menos de cinco minutos. Me abrió la puerta y me dijo:

– Pacho se murió.

De manera natural le contesté que ya lo sabía; le conté de su entierro realizado hacía dos días. Ella furiosa me reprochó en forma enérgica el silencio y la falta de comunicación. La abracé con amor, le dije lo difícil que era para mí su muerte, lo terrible que había sido su deceso, que estaba convencido que Pacho prefería una muerte así y no una muerte lenta y dolorosa. Compartimos besos y lágrimas; una vez nos tranquilizamos, me leyó la noticia de prensa del jueves 5 de febrero de 1978 en el diario El Espectador.

Accidente fatal

“El joven Francisco Gabriel Tamayo Zuluaga murió en un accidente en las Torres del Parque, conjunto residencial ubicado en la carrera 5 con calle 25 de Bogotá. Francisco estaba con su hermano mayor Gustavo en una de las azoteas de la agrupación familiar torre “C”, cuando de un momento a otro el menor de los Tamayo se resbaló del borde del mirador interior y cayó de cabeza cerca de las entradas de “sol” de la Plaza de Toros “La Santamaría”. Su hermano se lanzó tras él para salvarlo, pero no pudo rescatarlo y cayó con él.

Gustavo, con vida, pidió ayuda y uno de los celadores del conjunto se encargó de llamar a una ambulancia.

Sus padres y hermanos consiguieron sacarlo del abismo a través de las escaleras de la administración del edificio. Con la ayuda de vecinos fueron trasladados a urgencias de la Clínica San Pedro Claver del Instituto Colombiano de Seguros Sociales, donde los atendieron. Francisco llegó a la Clínica muerto, mientras que Gustavo fue enyesado por fracturas múltiples en los tobillos, la tibia y el peroné”.

Nunca supimos la verdad. Pacho, a medida que la leucemia avanzaba en su cuerpo, me comentaba que no quería morir en una cama rodeado de su familia. Se imaginaba viendo en “tecnicolor” algunos episodios de su muerte; con su novia Claudia haciendo el amor; inmolándose vivo en la Plaza de Bolívar en protesta contra las políticas del Fondo Monetario Internacional; en una góndola en Venecia, tomando el mejor vino francés; en cualquier parte del mundo... pero nunca alrededor de sus padres.

Más de sesenta personas del barrio estuvieron en su entierro. Los gomelos de la 31, los intelectuales de la 74, los Flórez, los Orduz, los Loaiza de Los Alcázares viejo, don Marcos de la Gardenia, los Vargas, los Posada y los Ferrer de la 29A, mi mamá, todos mis hermanos, los padres y hermanos de Raúl, Ramiro, Rafael y Gabriel; Luisa, Tatiana, Claudia y otras amigas más que mi memoria no atrapa. Asistieron también compañeros de estudio del Instituto de la Salle, de la Universidad Nacional y delegaciones pequeñas de la 25, 26, 27 y 28.

Una lluvia pertinaz acompañó la inhumación en Jardines del Recuerdo; los asistentes se retiraron paulatinamente en buses o en carros particulares. Nosotros, los amigos, los amigos de Pacho, el combo de la 29, nuestra gallada, asumí el regreso caminando lentamente entre lágrimas y risas, evitando conmemorar la muerte y en vez de ello celebrando la vida, recordando los años compartidos y entendiendo que de alguna forma enterrando al primer muerto cercano, poníamos fin a los años maravillosos, esos años en los que éramos inmunes a esa cruda realidad y aunque ninguno lo dijo tajantemente, era claro que este era el fin de nuestra infancia.

Historias de barrio

Mucho de la transformación del barrio, de su desintegración, de su fractura, está enmarcada en historias de vida de algunos de los actores; no son definitivamente razón y causa, pero influyeron decisivamente en su cambio. Una canción de Serrat lo explica más acertadamente: *llegó con tres heridas, la de la vida, la del amor, la de la muerte...*

La del amor

La historia de "Moni" Escobar, un joven de la carrera 26, parece una señal de lo que van a ser unos meses intensos y decisivos para el transcurrir del barrio. Con sus dieciocho años, a pesar de no ser miembro destacado de algún combo, era el referente de los muchachos complicados, de aquellos que no requieren de licor, ni droga, que no necesitan de muchas razones para pelearse con la vida diariamente, de esa muchachada que no nace en positivo, nace en negativo.

Una tarde del año 76, se corre el rumor de un suicidio. Ires y venires, versiones y chismes, que entrelazados permiten concluir que en realidad el muchachito de marras tan solo había dado uso a una vieja pistola calibre 22 de propiedad de su padre y, bien sea por amores mal pagos, por problemas familiares, o de manera accidental, trató de llamar la atención del barrio con un disparo en el estómago que no tuvo consecuencias graves; luego de su recuperación, de dar lora un par de meses más, "Moni" desaparece de los Alcázares; pero si buscaba una reacción, si buscaba alborotar el avispero entre la juventud del barrio, lo logró, ya que a partir de este hecho, los padres dieron una mirada mucho más recelosa, más vigilante, a actividades, juegos y rumbas de sus hijos.

La de la muerte

El verso de la querida canción sirve de preámbulo de otras historias; historias de vida y muerte, historias de barrio, historias de adolescencia, historias construidas, o mejor, cimentadas en desamores, desencuentros, olvido y abandono y que inexorablemente señalan el principio del fin del barrio y el fin de mi juventud.

Un sábado a la mañana se oyen ruidos, bullicio y escándalo que provienen del Parque Alemania; mujeres, niños y jóvenes aceleran el paso para indagar lo sucedido. A la Gardenia llega el rumor de un muerto, nuestro primer muerto real y cercano; se especula que es uno de los hermanos Vargas; en la Túpac, la versión dice que desde la "culebrera" (zona de maleantes) están enviando sus muertos al parque. Nuestro correo oficial, Ramiro, llega con la noticia que anoche hacia las once, cruzando nuestro parque, han asesinado a un vecino del barrio.

Salimos con Ramiro presurosos hacia el parque, no sin antes convocar a Raúl, Rafael y Pacho a través de los consabidos chiflidos; sin tardanza iniciamos la travesía, llegamos a la antigua iglesia Santa Francisca Romana, ubicada al lado de la cancha de voleibol y desde donde se alcanzaban a escuchar los gritos y el llanto de doña Cristina; cruzamos una mirada cómplice y al mismo tiempo dijimos: Rodrigo.

Pero no era así, el cuerpo tirado en el suelo, con su chaleco impecable, zapatos bien lustrados, la corbata en su sitio, era Esteban; de la camisa blanca tan solo se distinguía el cuello, pues el resto lo cubrían abundantes manchas de sangre. La mano derecha extendida, sostenía una billetera con sus documentos, pero, sin un solo peso.

Pacho y yo nos abrazamos, abrazamos también a Mincho, Sergio y a sus hermanas, quienes ya se encontraban presentes, nos acercamos al cuerpo sin vida y en un solo instante recorrimos mentalmente todo lo vivido y en silencio lloramos durante un largo rato su muerte.

El afecto que le tenía, las horas vividas a su lado, el aprendizaje de mil cosas, buenas y malas, pero sobretodo, el manto proteccionista del niño que era yo al momento de conocerlo, me habían marcado de tal forma, que no dudé ni por un instante, en rendir a su amistad, su vida y su muerte, el homenaje que merecía y en esa fracción de segundo, decidí bautizar a mi hijo menor: Simón Esteban.

Nunca pensamos que a Esteban lo iban a matar; su alegría, entusiasmo y caballerosidad lo alejaban de una muerte violenta. Aunque tenía muchos enemigos, producto de sus viejas actividades ilícitas, él les hacía el quite, ya no se enfrentaba con ninguno de ellos, atrás habían quedado sus años como líder de la barra

de Los Alcázares. Las especulaciones no se hicieron esperar, su madre, pocos días después del suceso y en el novenario de su muerte, contaba al grupo de dolientes reunidos en su casa que el asesinato era el producto de un vulgar atraco, mientras sus hermanos se lo achacaban a “Tarzán”, cabecilla de la banda del 12 de Octubre, a modo de ajuste de cuentas, por hechos acaecidos en el pasado.

Gustavo y Arturo, sus compinches de alcohol y droga, pensaban que era una venganza orquestada por un falsificador del centro; don Marcos, el dueño de la Gardenia, visionario, en actitud serena pero llena de realismo, veía lo acontecido como el primer paso, con una primera víctima de la “limpieza social” y que sin duda sería reconocida años después como política militar de una derecha recalcitrante; nosotros, apoyados en lo sucedido meses atrás, pensamos que era el cobro de la cuenta pendiente, urdida por los familiares de “Maritus”, que no olvidaban, soportaban ni perdonaban, que un “matón” de su mismo barrio hubiera golpeado a su hijito, un “tierno y frágil” adolescente.

Nunca se esclareció el hecho, la policía y el DAS llamaron a medio barrio a rendir declaración, se abrió investigación (exhaustiva), en varios juzgados del centro de la ciudad, se realizaron tres autopsias, pero no se encontraron pistas que permitieran identificar y dar con los culpables. Dos años después del asesinato, tanto policía, como sabuesos y juzgados, concluyeron como causa del deceso: atraco simple con arma blanca.

La muerte de Esteban es preludeo del cambio en la vida social de los Alcázares. Una semana antes, en mayo de 1975, el barrio inauguró con bombos y platillos el primer campeonato callejero de patinaje, sobre la recién pavimentada calle 72, entre las carreras 17 y 30. Llegaron jóvenes y viejos patinadores bogotanos a hacer las

delicias de todos los vecinos, Humberto Lombana, Jairo Loaiza y el más conocido de todos, Dagoberto Mateus; entre ruedas y uñas de ajuste de aquellos antiquísimos patines, la solicitud del vasito de agua, la sonrisa embaucadora, Dagoberto cautiva a mi hermana Carmen Elisa y viven un romance parecido a un noviazgo que llega a su fin a los dos meses. Estos excelentes patinadores, a pocos años de su debut en estas carreras barriales, lograron para el país múltiples triunfos en juegos bolivarianos y centroamericanos.

Trece meses después, para junio de 1976, se tenía prevista la segunda jornada de patinaje, pero de manera imprevista fue suspendida por la Liga Distrital de Patinaje con el argumento de "falta de presupuesto". A pesar de las diferencias ideológicas entre la vecindad, nadie "comió" cuento y hubo unanimidad en que la suspensión tenía una razón superior: la muerte de Esteban y la estigmatización por parte de la alcaldía de que Los Alcázares era un barrio violento.

"Martica" y Diego Tamayo trasladaron sus rumbas a la Universidad Nacional, en la que Diego estudiaba Geología y Enrique, en calidad de asistente, visitaba las aulas de Filosofía, aunque muy ocasionalmente. Allí, en el "Jardín de Freud" encontraron los socios ideales para continuar cumpliendo con su bitácora de vuelo.

Los hermanos menores de Esteban desaparecieron definitivamente del barrio. Mincho se fue a trabajar a Barranquilla, aunque se rumoreaba que en realidad había viajado de polizón a la Florida; Sergio terminó en una correccional para menores y Rodrigo, el más temido del barrio, no dejó huella. Se comentaba en la Gardenia, que lo habían visto de gendarme en el barrio la Culebrera, barrio que para la época (y para la actual) tenía los más altos índices de homicidios en la ciudad.

Los gomelos agruparon filas en la Túpac, pero ahora por turnos, ya no se veían las grandes aglomeraciones de jóvenes silbando a cuanta niña pasaba, especialmente las niñas del Liceo Los Alcázares, con quienes la mayoría tenía una gran amistad. Ellas, luego de tanto ruido, cambiaron de ruta y se internaban discretamente por la calle 70 directo a sus casas, ubicadas al occidente del barrio. Roberto, el “cocacolo” mayor, moreno, ojos azules, cuerpo de fisicoculturista y labia fácil, se ganó sin hacer mucho esfuerzo el liderazgo de la gomelada; vivía en lo que denominábamos el suburbio de Los Alcázares, o sea, en la carrera 32 con calle 74.

Su viaje a California dejó sin “jefe” y sin atractivo a esta gallada de “cocacolos” y su dispersión se produjo cuadra a cuadra. El combo de la 31, el más sólido, el más organizado, se refugió en las salas de las casas, en las que Fabio, mi hermano y Fernando Arango se dieron a la tarea de imponer el ritmo con guitarras eléctricas y batería, interpretando a su manera la música de moda.

Vecinos de los barrios Polo Club y la Castellana, que ocasionalmente se acercaban a la Gardenia, empezaron a buscar cafeterías distintas; algunos de ellos emigraron a Estados Unidos buscando la ideal vida americana, aunque en realidad emigraron en calidad de empleadas domésticas, enfermeros en familias ricas, cuidadores de niños a diez centavos de dólar la hora e incluso incursionaron como “mulas” en el recién iniciado tráfico de drogas; algunos otros a quienes la suerte y la fortuna les fue esquiva hasta para la mentada emigración, se vieron desplazados a barrios periféricos en los extramuros de la ciudad.

El gran perjudicado de esta ola de miedo fue Don Marcos, cuyo negocio solo lo sostiene, la venta del pan mañanero y unos cuantos desayunos (huevos y changua) para los conductores

de los *trolleys*. Sus ventas, al igual que la muchachada que rondaba el negocio, fueron lentamente desapareciendo.

Los padres de familia, los abuelos pensionados y los tíos mirones y desempleados que nunca disfrutaron del barrio, se encargaron de satanizar a nuestra querida Gardenia, asociándola con drogas, delincuencia y subversión.

La de la vida

“Decir amigo, es decir tienda, botas, charnaque y fusil...”

Mi combo, el combo de la 29, ya cargado con bastantes experiencias de vida decide, en forma acelerada, optar por la militancia de izquierda. Esta golpea primero en la casa de Pacho gracias a la influencia de Antonio, su hermano mayor, quien estudiaba Antropología en la Nacional; luego en mi casa, que para ese entonces ya tenía a una de sus habitantes abrazando la política de los “ML” (Marxistas Leninistas), después toca a Ramiro, quien cansado de la monotonía, encuentra en esta opción un mecanismo ideal para desfogar todas sus pasiones y dar vuelco total a su vida; finalmente esta alternativa toca a Raúl y a Rafael.

Pacho insistía:

- Jaime, es necesaria la formación política, pero muy pocos entienden, muy pocos comprenden la importancia de la lectura de los teóricos, así es imposible formar nuevos “cuadros”.

El trabajo hacia la conformación de una “célula” con la gallada, con nuestros amigos, resiente a Raúl y a Rafael; Raulito, porque nunca fuimos capaces de explicar (o no quiso entender) las razones de nuestra lucha y a Rafa, porque tomar esta opción

significaba un rompimiento con un cúmulo de privilegios que todavía no quería romper, o mejor, con sus dieciséis años no estaba en capacidad de romper.

Ramiro acepta el compromiso y participa activamente, pero seis meses después literalmente se escurre por razones que todavía no comprendo, pero que aceptamos sin mayor explicación. Seguimos con Pacho una carrera inmisericorde por lograr el reconocimiento y valía de nuestras acciones por parte de nuestros superiores; algunos las mostraban como propias, en aras de ascender en la estructura jerárquica, con esas, nuestras ínfimas glorias. Esta falsedad nos aísla de quienes creíamos honestos militantes, nos produce un mayúsculo estado de desconfianza y luego de dos años, comprendemos que es el momento de regresar a recuperar el tiempo perdido.

Para ello, ya contábamos con cédula de ciudadanía, conciencia de la estéril lucha adelantada y un agotamiento que solo se podía dejar atrás haciendo lo que muy en el fondo siempre quisimos hacer, escuchar música, tomar vino y leer literatura.

De aquella época “comprometida” mantuvimos silencio prudente y clandestino con nuestros amigos de infancia; Pacho está muerto, lo que me permite contar algo de esas acciones; acciones que vale decir, estaban rotuladas, enmarcadas por órdenes que recibíamos de comandantes de escuadra, de líderes intelectuales, se exigía cumplimiento de tareas, a todas luces insurreccionales, que podían ir de la recuperación de un arma hasta la participación en acciones militares y que en muchas ocasiones se entremezclaron acciones vandálicas vulgares con otras verdaderamente revolucionarias.

Años después (parece una eternidad), cuando se nos va el fervor insurreccional y entramos al mundo etéreo, de creer y no

creer, como en una de las innumerables ficciones de Borges, fundamos una revista iconoclasta llamada “El Escupitajo” y de la cual tan solo logramos publicar cinco o seis ejemplares. Nos apoyamos en alguno de sus mensajes acerca de la publicación de revistas: “La única manera de hacer una revista es contar con un grupo de personas que compartan las mismas convicciones, los mismos odios, odio al conformismo de la sociedad, odio a la mediocridad, odio al inmovilismo y la burocracia”. De manera atrevida, pienso que también odio hacia el continuismo, hacia la repetición, hacia el facilismo.

Estábamos marcados por la influencia de los escritores existencialistas, anarquistas y los recién denominados escritores del “boom latinoamericano”; la revista tenía sus propios escritores de planta, Francisco de la Fuente, Enrique Olan, Claudia (la novia de Pacho) y otros compañeros a quienes acompañaba el deseo libertario y de expresión escrita que se requería. No todo era color de rosa, bien sea porque no se encontraban autores originales o que escribieran medianamente bien, o porque en ocasiones nos enfrentábamos a plagios descarados. Una anécdota para recordar es un poema “original” de Claudia, titulado “Piel” y que sin demasiada investigación resultó ser un pastiche de un poema de Pablo Neruda; sin embargo, esta revista era la excusa perfecta para reunirnos, compartir, leer y abordar, de manera ácida, lo que era la literatura de entonces y una forma de sobrevivir a lo que considerábamos una eterna agonía.

Mientras nosotros estábamos de regreso, Rafael y Ramiro iban, militaban en el grupo de izquierda más radical de la época; omito el nombre y las siglas de dicho grupo insurgente, porque hoy ya no dicen nada. Ramiro alcanza a ser dirigente regional, mientras Rafael era responsable de logística para algunas células. Violando la confidencialidad y amparados en la amistad que

nos unía, nos comentan de sus andanzas a Pacho y a mí, una tarde de noviembre del año 77, en el jardín de la casa de Raulito. Grande la sorpresa, imposible de creer, pero una vez socializado, les ofrecimos nuestra solidaridad y respaldo.

No alcanzan a pasar cuatro meses de esta increíble revelación, cuando Ramiro me pide el favor de guardar un mimeógrafo, unos estenciles y tres cajas de publicaciones del movimiento en el que militaban; sin salir de mi asombro, tomé los elementos y procedí a esconderlos en el negocio de mi hermano Fabio, quien sin cuestionar nada, accedió a ocultarlos.

El gobierno de Julio César Turbay Ayala apenas despuntaba en agosto de 1978 y había dejado claro que combatiría la disidencia y los grupos irregulares con toda la fuerza política y militar a su alcance y actuó de conformidad, todos los movimientos populares empezaron a ser hostigados, los líderes y los dirigentes arrestados sin procesos judiciales y los irregulares de grupos guerrilleros, perseguidos sin piedad; todo ello, amparado en el recién expedido Estatuto de Seguridad, el cual daba libertad de maniobra al régimen para allanar, apresar, torturar e incluso desaparecer a quienes osarán enfrentar al orden establecido.

Las noticias diarias traen el desmantelamiento paulatino de células de la organización, el apresamiento de compañeros; el incremento de allanamientos hace entender a nuestros amigos que su momento de desgracia está cerca. Debilidades estructurales de un movimiento en desarrollo, incoherencias políticas y una falta de liderazgo y claridad acerca del porvenir de la organización los enfrentan a un interrogante: ¿qué se debe hacer?, ¿cómo enfrentar este momento que parece funesto? No están preparados. Primer paso: "limpiar las casas". Para esto cuentan

con todo el combo y durante cuatro noches se sacan materiales y otros elementos que se puedan considerar subversivos, se amontonan de a pocos y se queman en el antejardín de Rafa o de Raúl; Ramiro nos entrega equipos y escritos que contienen el ideario político de la organización, manuscritos con instrucciones claras de acciones militares, cartas cruzadas y cifradas entre comandantes que deben conservarse dada su importancia. El tiempo va de prisa, no se puede hacer nada más, solo se escucha “sálvese quien pueda”.

Al día siguiente de la última quema, un sábado de octubre de ese año entre la niebla del amanecer, se alcanzan a apreciar tres camiones repletos de soldados que militarizan la cuadra y sus alrededores; cierran la salida de la 72 y la 74; han apostado hombres en los tejados apuntando directamente a la carrera 29 número 72-61.

– Van por Rafael.

En los muros y las plataformas que comunican los lavaderos y el patio de ropas, en la azotea interior que une todos los árboles de papayuela, duraznos, cerezas y brevas, en el tejado superior donde cuelgan las antenas de televisión, se alzan los tanques de agua y descansan las palomas, se camuflan miembros de la brigada de institutos militares.

Hacia las tres de la mañana, el operativo en marcha se ve interrumpido, no contaban con la aparición de don Rafael, el padre, quien inveteradamente durante veinte años se toma sus tragos con los compañeros de trabajo de una multinacional americana y descende tambaleándose desde la carrera 24 hasta la 29, buscando su casa; extrañamente, hoy viene en silencio, sin “vivas” a nada ni a nadie, sin una poesía en los labios.

Don Rafael pasa el cordón de seguridad sin inconveniente, ignorando lo que se viene; entretanto, la brigada continúa tomando posiciones y ocupa los alrededores de la Gardenia, impidiendo que propietario y panadero inicien el trabajo matutino; se sitúan soldados por toda la zona verde que separa el costado norte del costado sur, sobre la calle 72. En cada casa de la cuadra queda apostado un hombre, en la casa de los Vargas se atrinchera un pequeño pelotón de veinte soldados y en los jardines de las casas de Rafael, Ramiro y Raúl permanecen cerca de sesenta hombres. Los cálculos posteriores acerca del número de los hombres movilizados para este operativo arrojan doscientos soldados, tres tenientes, un capitán y el mayor que dirigía el asalto.

La primera casa que golpea el mayor con la puntera de sus botas y al grito de “Ejército de Colombia, abran, esto es un allanamiento”, es la de Rafa. La borrachera de don Rafael pasa de inmediato entre el asombro y el susto; abre la puerta, es empujado, ingresan diez hombres armados hasta los dientes y solo escucha los gritos que reclaman la presencia de su hijo. Dos de ellos irrumpen en la sala y permanecen allí, mientras los demás, en parejas, van ocupando todos los espacios, cocina, patio de ropas y garaje. Suben las escaleras hasta una pieza intermedia ubicada en el *mezzanine* y de allí hacia arriba, hasta dar con el cuarto de Rafael, quien totalmente despierto, sobresaltado y asustado es tirado al suelo y apenas puede balbucear preguntas acerca de la presencia de los uniformados.

En su compañía, inician la requisa de cada espacio, de cada rendija, de cada rincón; doña Rosario, la angustiada pero serena madre, amablemente no se despinta del mayor, actitud que le desarma, pero no le impide seguir actuando; se desordena todo, se levantan los pisos de madera, se revuelven los muebles

de la sala, se desbarata el cuarto de servicio, se tumban libros y enseres, se conserva en bolsas los materiales encontrados y que a primera vista parecen de importancia para justificar la acción y, finalmente, se deja un reguero de chécheres inútiles, muñecas sin brazos y carritos de juguete sin ruedas.

La zona de la basura implica un riesgo, ya que ante la premura de tiempo, algunos químicos se han depositado en toneles, esperando que fueran recogidos y desaparecidos durante el recorrido habitual de los sábados, por parte de la EDIS. Rafa cruza una mirada suplicante con doña Rosario, y ella de manera hábil tapa con su cuerpo los toneles, desvía al mayor hacia la zona adyacente y aunque solo lo sabrá meses después, ha salvado a su hijo de diez años de cárcel.

Obligan a los padres a retirarse al segundo piso; en la sala, Rafa es vendado y esposado, recibe golpes en pecho y estómago, es interrogado acerca del alías que utiliza en la organización, del lugar donde se encuentran las armas, de lo divino y de lo humano, ninguna pregunta recibe respuesta.

Antes de retirarse, el mayor presenta a los padres la orden de arresto y la autorización del allanamiento; don Rafael asiente, doña Rosario se acerca a dar un abrazo. Rafa solo atina a decirles que es una confusión, única excusa para tranquilizarlos, es cogido fuertemente del brazo, se le orienta la salida, es montado a empellones en un camión que recibe la orden de dirigirse al batallón Baraya, ubicado en el occidente de la ciudad. Son las nueve de la mañana y un viento gélido recorre el barrio Los Alcázares.

El operativo no ha finalizado, ya sin tanta espectacularidad, los oficiales entran a la casa de Raúl, revisan de manera prudente los cuartos, no miran la sala, ni la planta baja, se despiden amable-

mente de doña Alicia y ante las preguntas de Raulito, acerca del futuro paradero de Rafa, no contestan nada.

De manera similar llegan a la casa de Ramiro, aunque aquí la actitud es imponente y agresiva, tan solo recorren algunos espacios, preguntan por Ramiro y su ausencia; don Hugo responde de manera enfática que su hijo ha salido de paseo a una finca en las afueras de la ciudad con un grupo de amigos. El mayor solicita nombres y teléfonos de tales amigos, a lo cual responde que no sabe nada de ellos. La respuesta conlleva a que revisen minuciosamente cada rincón de la casa, desconectan y revisan el interior de los electrodomésticos, descuelgan cuadros, rompen esquelas de enamorados, miran álbumes de fotografías, esculcan en los bolsillos de chaquetas y pantalones, guardan para sí y, como prueba de subversión, libretas con teléfonos y direcciones y, por último, revisan y toman los libros de la biblioteca.

Ramiro ha desaparecido; 24 horas antes recibió como única instrucción, salir de Bogotá. No tuvo tiempo de informarle ni a su familia, ni a su compañero y amigo Rafael; tan solo Nelly, su novia, estaba al tanto del hecho y, así seguiría, durante el año largo en que evadió la justicia, que pasó escondido, transitando entre fincas cafeteras y ciudades lejanas, a las que viajaba Nelly a llevar ayuda económica e informarle acerca de su situación jurídica. El tono y la persecución fueron menguando y poco a poco se normalizó la situación política en el país y en Bogotá, lo que permitió su retorno con mucho de zozobra para continuar y finalizar los estudios de Economía en la Universidad Externado de Colombia.

Pacho había muerto en febrero de ese año, por lo que me correspondió vivir este momento solo, expectante, nervioso y con el corazón acelerado; sabía exactamente lo que buscaban los sabuesos, conocía las actividades de mis amigos dentro

del movimiento guerrillero. Me ubiqué en una de las esquinas de la 72 y seguí de manera discreta los sucesos de aquel día; sufrí en carne propia los días y los meses que siguieron, ya que en mi casa se ocultaban elementos entregados por Ramiro y Rafa; no dejé de pensar en los amigos y en nosotros mismos, que de manera independiente habíamos caminado los mismos caminos de insurrección y nos preguntábamos sobre el futuro, sobre lo que seguía para el país y para nosotros.

La ocupación de Los Alcazáres dura seis horas; el mayor da la orden de retirada, los tres camiones, los tres tenientes, el capitán y los doscientos soldados se agrupan en el parque Alemania y parten en caravana por la calle 72 hacia el oriente.

Los vecinos de las carreras 28, 29, 29A y la 30 tienen tema, se arremolinan en la tienda de verduras del señor Malagón, cercana a la calle 74, desde donde han observado los acontecimientos. La gran mayoría asocia los allanamientos con delincuencia común y con drogas; Liliana, hermana mayor de Ramiro, está presente y explica de manera amplia la razón de lo sucedido, lo cual, en vez de dar tranquilidad a los presentes, les preocupa mucho más y en voz baja desahogan sus opiniones:

- Ya lo suponía, guerrilleros...
- La cuadra está infestada de comunistas
- Hasta secuestradores serán
- Y parecían tan decentes...

En el batallón Baraya, Rafael inicia *Los diez días que estremecieron el mundo*, no la lectura del excelente libro, sino el suplicio de los diez días que el estatuto de seguridad autoriza para retener un sospechoso de delitos insurreccionales sin derecho a abogado, sin explicación de ninguna índole. Estos días incluyen tres

procesos, la tortura, como forma de extraer a toda costa información, el trabajo de ablandamiento, en el cual se ofrece rebaja de penas por la delación o la promesa de la liberación en caso de ofrecer información valiosa y, por último, el debate político e ideológico con militares adiestrados para tal fin, con el ánimo de conocer en detalle las razones por las cuales un joven entra a militar en movimientos guerrilleros.

La versión de las torturas a Rafael han sido dadas a cuentagotas y de manera fraccionada, ha sido recopilada más específicamente de las entrevistas con otros compañeros de cautiverio y se pueden describir de la siguiente forma: golpes en partes blandas con una “manopla” envuelta en paños acolchados para producir dolor sin que se produzcan hematomas; la “picana” (aplicación de electricidad en los testículos), vieja tortura empleada con éxito años atrás a los miembros del grupo guerrillero uruguayo “Los Tupamaros”; el ahogamiento suspendido, los chorros de agua con manguera antiincendios, un sinnúmero de golpes que impiden una mínima recuperación, la interrupción del sueño cada treinta minutos y, la degradante fórmula de tener que hacer sus necesidades en la misma mazmorra en que se encontraba.

De lo dicho por Rafa bajo esas condiciones, o de lo confesado, o de lo inventado, no sé nada o mejor, se queda ahí; luego de pasar por la justicia penal militar es trasladado a la cárcel Modelo de Bogotá y los días o meses trascurren esperando su llamamiento a juicio; afortunadamente, el tiempo no es mucho, ya que gracias a algunos tecnicismos jurídicos y el acompañamiento del penalista Eduardo Umaña Mendoza (asesinado años después) y el colectivo de abogados defensores de los derechos humanos y afectos a las libertades civiles, logran demostrar que tanto a él como a cientos de compañeros, lo sonsacado ha sido producto de torturas, lo que no tiene efecto ante las autoridades civiles y los escenarios jurídicos legales.

Muchos de quienes vivieron este terrible momento de incivildad murieron poco tiempo después y otros engrosaron los grupos guerrilleros en el monte; los que fueron condenados, sufrieron penas entre los ocho y los doce años; algunos retornaron a su vida de estudiantes universitarios, concluyeron sus estudios y llevaron una vida en condiciones "normales". Las investigaciones prosiguieron su curso y siete años después los oficiales que dirigieron los operativos contra el barrio Los Alcázares y contra mis amigos fueron exonerados de toda culpa, como lo registran las noticias de la época.

A su regreso a casa, Rafael se recluye durante una semana buscando sanar las heridas morales; su primera aparición en las calles del barrio es acompañada por su padre y es una corta caminata... hacia la Gardenia; algunos de los vecinos le saludan afectuosamente y otros se apartan para evitar la "contaminación". Bien sea por rumores o chismes, los vecinos conocían que Rafael estaba en libertad condicional y que religiosamente debería presentarse cada ocho días a la brigada durante los siguientes seis meses, lo cual implicaba que no era separado del proceso, porque aún recaían sobre él sospechas de continuar trabajando para la organización subversiva, lo cual era de temer.

Regresar a una vida normal fue complicado en parte y afortunado por otra; para la época narrada, Rafael estudia Optometría en la Universidad de la Salle y Sociología en la Universidad Nacional; periódicos y vespertinos de entonces dan cuenta del golpe asestado, nombres y universidades de los detenidos, pero ¡oh! golpe de suerte, se reporta al subversivo como estudiante de la universidad pública y no de la universidad privada, por lo que la noticia (parece mentira) no se filtra en aquella casa de estudios; por tanto, la suspensión del semestre fue entendido como un tema delicado de salud y autorizado el retorno a culminar sus

estudios sin inconvenientes; ante los acontecimientos generados por el robo de las armas al Cantón Norte por parte del “M 19” y meses después la toma del Palacio de Justicia por la misma organización, Rafael, temeroso de una recaptura, deja de cumplir con la presentación a la brigada, culmina juiciosamente sus estudios y aunque no recibe instrucciones (órdenes) de nadie, opta por viajar a la ciudad de Santa Marta a modo de tomar distancia e iniciar su vida profesional.

En muy pocas ocasiones tocamos el tema de la militancia o las actuaciones político militares adelantadas, lo considerábamos inútil. Requeríamos dejarlo atrás para poder seguir compartiendo y sonriendo. Solo en el año 2016 y luego de la aparición del libro: “Historia oficial del amor”, del novelista Ricardo Silva Romero, nos sentamos a tomar un café para leer con detenimiento uno de los apartes en el que se relata un hecho acaecido el viernes 13 de agosto de 40 años atrás.

Lo leímos varias veces, un narrador nos hablaba al oído devanando de nuevo las viejas historias, su voz gruesa o delgada, agitada o pausada, a veces próxima a la risa y a veces próxima al llanto. Nos miramos con asombro, ejercitamos nuestra memoria, pero... nada.

Tengo a veces la impresión de que el mundo se divide en dos, los que consideran que recordar es inútil y los que consideran que es peligroso. Yo puedo pensar en hechos de mi vida (lo visto, lo escuchado, lo decidido en algún momento), sin los cuales estaría mejor, porque no son útiles y en cambio resultan incómodos, vergonzantes o dolorosos, pero sé que su olvido voluntario no es posible, que seguirán agazapados para siempre en mi memoria.

Éramos muy jóvenes e ignorantes. Tal vez no he debido mantener el silencio por tanto tiempo.

De cambios

Es indudable que el ambiente del barrio después de este suceso se enturbió más; la gente del común, nuestros vecinos, tildan la subversión, la droga y la delincuencia como un problema originado en mala educación familiar, flojera de los jóvenes y un irrespeto total a las normas de convivencia, y lo más sorprendente, aunque supongo que mirado en retrospectiva no debería sorprenderme tanto, es el hecho de que la gente, vecinos que habían vivido juntos durante décadas, se enfrentaron y masacraron a pura lengua, unos a otros. Era gente que pocos meses atrás se reunía para comer junta y que cuidaba a los hijos de sus vecinos.

Las rutas del barrio que alegraban y hacían de este espacio urbano un lugar diverso y tolerante, se vieron convertidas en las rutas del orden. De la casa al colegio o a la universidad, de la casa a la calle 72 a tomar el bus, del Dorado a comprar verduras y de regreso, de la "Túpac" a comprar el pan y de regreso a casa. Las calles permanecen vacías.

El ocaso de la Gardenia trae consigo el florecimiento de nuevos negocios, ferreterías, ventas de repuestos, almorzaderos familiares para los nuevos habitantes ("corrientazo" para mecánicos y oficinistas), fábricas de confecciones, panaderías industriales y uno que otro prostíbulo en las carreras 25 y 26. El barrio 7 de Agosto se extiende hasta nuestro barrio, con la instalación de una compraventa de carros en la esquina de la calle 72 con carrera 24.

La emigración del barrio se aceleró. Los Tamayo, sin Pacho a bordo, se asentaron en las Torres del Parque; los Serna, sin Ramiro, radicaron su residencia primero en las cercanías de Unicentro y

luego en un edificio de la calle 100 (en el que aún viven... los que viven). La familia de Roberto vendió a precio de huevo su casa y todos se fueron a vivir a Backsfield, California.

Algunas familias, como la mía, siguieron viviendo en Los Alcázares, hasta que tíos, padres, abuelos o los responsables de las casas mueren; los Nieto, los Orduz y los Loaiza inician juicios de sucesión, con miras a vender a finales del 79. La casa de Raúl y la casa de los Vargas continuó sin modificación, hasta bien entrados los años 90. Luego, Raulito, doña Alicia y Alix parten a un pequeño apartamento ubicado en la zona de Cedritos, mientras que los Vargas son desahuciados en el 95 por varios juzgados de la ciudad.

De los Posada no se sabe nada. Algunos vecinos afirman que la madre de "Martica" vive encerrada desde el año 93; tan solo recibe la visita de un joven mensajero que le lleva té y tostadas tres veces por semana. Los hermanos de "Martica" murieron, Germán en la clínica Monserrat, agobiado de ataques psicóticos, "Ho Chi Min" (Guillermo) de un ataque de tos entrando a la casa, resultado de una neumonía crónica y múltiples enfermedades que había minado su resistencia inmunológica. Le llamábamos Ho Chi Min por su parecido físico con el líder del Vietcong, la barba puntuda y su cara oriental, él se puede considerar uno de los primeros clientes de la Gardenia y, a su vez, miembro del combo de viejos intelectuales que primeramente llevaron el marxismo a los Alcázares.

Las hermanas Posada se casaron; la mayor con Gustavo Rivera y la menor con un "traqueto" del norte del Valle. Las noticias fragmentarias indican que Ángela tiene dos hijos con Gustavo y hoy viven en Cartagena. De la menor no se tienen noticias.

De Enrique nadie da información. Me vi con él una tarde del 83, en la que me contó de su vida marital con una joven de la 32 que estaba terminando estudios de Sociología en la Nacional, para muchas personas era inimaginable tal unión, pero medianamente consolidada tuvieron un hijo, convivieron con altibajos y se separaron pocos años después. Diego Tamayo, en encuentro casual, me contó que había perdido la razón, en un ataque de locura intentó "sacrificar" a su hijo, prendiéndole fuego. De manera afortunada y en un acto de lucidez, inesperado por supuesto, "Ho Chi Min" lo rescata sano y salvo, aunque con pequeñas quemaduras de primer grado.

Logré verlo por última vez a comienzos del 92, estaba en el separador de la Avenida Ciudad de Quito (carrera 30), a la altura del hoy desaparecido barrio chino. No había cambiado nada, su pelo largo, su chivera de profeta venido a menos, su bluyín desdorado, inconfundible. Estacioné el Renault 4 en el que me movilizaba y me acerqué a saludarlo, pero fue imposible. Primero, porque le acompañaba un combo de jóvenes que le arropaban y protegían como a un abuelo; segundo, porque interrumpía el rito de consumo de bazuco con pipeta y tercero, porque cuando lo llamé, no reaccionó a su nombre, ni logró reconocer mi rostro.

Abordé el carro, di arranque y supe en ese preciso instante que a Enrique no lo volvería a ver y que mi vida había dejado de ser la misma de hacía tantísimos años.

Epílogo

Intentaré ser totalmente honesto, lo que siento por momentos es que me he pasado quince años tratando de huir de este libro. No pude y ahora me acabo de exponer al bostezo, a los ojos en blanco, a la sonrisita de suficiencia, al golpecito en las costillas y al... ¡oh! que banal. A las acusaciones de sentimentalismo y melodrama. De exceso de credulidad, de blandura, ya no me importa.

Cuanto hubiera querido que estas páginas estuvieran a la altura de mis autores favoritos, de su desparpajo, de su desesperación, de su temeraria inconsciencia, de su tristeza sin fondo, de su alegría total. Mucho me temo que no lo he conseguido, pero prometo seguir intentándolo. Me basta con recuperar el testimonio de una Bogotá cotidiana que yo he compartido con despreocupación callejera. Solamente lo cotidiano nos da la profunda dimensión del tiempo, ese morir repetido de todos los días, cuyo nombre es la vida. Una de las tantas calles de la eternidad.

Para mí, aquellos fueron unos años inolvidables de compañerismo, amistad, conspiraciones y fecundo trabajo intelectual; pero debo y quiero reconocerlo aquí, para llegar a este momento, muchas coyunturas y personas han debido reunirse y concretar lo real maravilloso. Ejercitar la gratitud es algo que me complementa.

A mis progenitores, en la vieja casa de Los Alcázares, debo la vida, pero también una formación humana y una ética en la que se combinaron con amable armonía, la filosofía pragmática de mi padre y la fe católica de mi madre. De ellos aprendí la práctica de la fraternidad, la solidaridad y el humanismo entre las personas, valores que he tratado de aplicar en todos los actos de mi vida. El mundo que habíamos recibido gratis de nuestros padres y precursores había que cambiarlo y a ello nos empeñamos con un denuedo, digno de esta que era para nosotros la mejor causa. ¡Qué lejos esos días cuando éramos imbatibles, infalibles, irresistibles y de la muerte aún no teníamos clara noticia!

Hoy vemos que todas las ideologías que ensayamos, fracasaron en su papel y en cambio, las contrarias también fracasaron. Pueden habernos distanciado las posiciones respecto de las triquiñuelas del poder de nuestros prohombres. Si dos amigos toman diferentes derroteros políticos, siempre el equivocado es el otro y este caso no es la excepción.

La verdad, me limité a comportarme como un hombre contemporáneo, a responder a los estímulos y las angustias que a todos nos presionan, conocí personas que no podían pasar el día sin tranquilizantes ni la noche sin somníferos. No fue mi caso, di todas las peleas, no permití intimidaciones, no entregué mis banderas y no renuncié a los ideales. Creo poder irme con una expresión sonriente, de esperanza y de victoria. Me acompañan cariño, fe, gratitud, alegría y confianza.

En fin, releo y recuerdo, bebo y recuerdo y ese dejo de nostalgia que por años me acompaña, tiene por fin un momento de alegría, cuando reparo en tantos y tantos acontecimientos que dieron vitalidad y esperanza. Puedo asegurar que he sido feliz. Han pasado por mi vida personas anodinas y personas impor-

tantes, he tenido los momentos buenos y malos de cualquier persona. Los años que acabo de repasar, las sencillas historias descritas, los acontecimientos relatados, me dicen que no he pasado en balde por esta vida.

“El barrio no es ni una bandera, ni un himno, es un puñado de lugares y personas que pueblan nuestros recuerdos y los tiñen de melancolía; es esa sensación cálida de que no importa donde estemos, existe un hogar al que podemos volver”.

Los Alcázares, es ese barrio donde mis padres me enseñaron la vida, donde me enseñaron a conocer el mundo a través de sus recuerdos y añoranzas, es el parque Alemania y el colegio San Felipe Neri, es la esquina de la Gardenia y la esquina de la Túpac, es mi casa de esquina donde empezamos a hacer teatro, son las carreras 29 y 29A donde jugamos los clásicos más sorprendentes de banquetas, donde cambié el pantalón corto por el largo, fumé mi primer cigarrillo, aprendí a bailar y a declarar mi amor a las niñas.

Es la polvorienta casa de Enrique Posada o la limpia y reluciente de Pacho, casas en las que iniciamos la redacción del Escupitajo y donde cada quien hacía un aporte literario que veía la luz, cada tres o cuatro meses y que solo leían las personas del círculo, del entorno y uno que otro despistado, todo porque nunca nos pasó por la mente que eso que escribíamos podía ser valorado por una comunidad más amplia, más conoedora e incluso ávida de leer lo que nosotros escribíamos, y lo peor de todo es que nunca supimos si era bueno o malo, porque nos enconchamos en nuestras propias elucubraciones y quisimos posar de auténticos sin darnos cuenta que escribíamos solo para nosotros mismos.

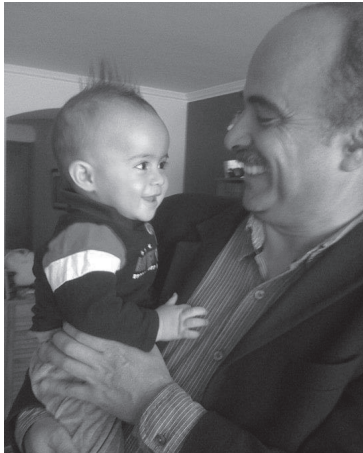
Este texto es un homenaje a un barrio, al barrio de la infancia que llevo en las entrañas porque allí crecí, me formé y viví aquellas experiencias de niñez y juventud que modelaron mi personalidad, fraguaron mi vocación y porque allí amé, gocé, sufrí y soñé, y es un homenaje a la amistad, es lo único que queda en mi cerebro sin fuerzas casi para escribirlo, apenas si alcanzo a recordarles que aquello que más ame en la vida son ustedes, la libertad que fue el gran amor que devoró mi vida no tiene necesidad de serles recomendada, ella ha devorado de a poco la de nuestros hijos. Aunque les falta recorrer la otra mitad de sus vidas, no me cabe duda que los devorará por completo.

Aunque lo escrito está permeado por la amistad, creo que debo decirles a ellos, a Ramiro, Raúl, Rafael, los que aún viven, a Pacho y Gabriel, los que se fueron, gracias por haber dado a mis días y a mis noches motivos para soportar la existencia. No encuentro las palabras adecuadas, recurro a muchos autores, pero no encuentro el tono y la medida, sigo buscando y por fin creo que las frases del nadaísta J Mario Arbeláez recogen lo que intento decir, las que pueden dar cierre a este capítulo de mi vida, las de presuntuoso narrador.

“Adorables amigos de mi vida y de mi alma –y con este marbete me estoy refiriendo a todos–. Quiero expresarles que entre los elementos que se amalgamaron para permitir mi ya largo paso por este mundo, aire, agua, fuego, tierra, éter, calcio, fósforo, zinc, cordón de plata, aliento divino, sinergia, uso de razón y conciencia cósmica, me ha sido primordial su activa y paralela presencia, más preciosa que el pasaporte que me dio acceso a la historia antigua, que la ventana de mi habitación que da al astro sol y que mi cuenta bancaria tirante al rojo. Ya no recuerdo cuál de todos le dio la camisa al otro y lo sacó del mar cuando se ahogaba. Pero sí que hemos tomado trago tieso y parejo, que hemos desmontado

con destornillador cada uno de los libros de filosofía y letras que hemos leído, que enfrentamos peligros sin nada que lamentar, que nos prestamos el catre para llevar cada uno a su recién levantada, que hemos sacado la cara el uno por el otro cuando alguien ha tratado de encochinarnos. Pero lo más sensible es que en los últimos tiempos nos ha venido tocando enterrar a esos otros amigos que eran como ustedes y yo, uña y carne, y ahora solo mugre bajo la tierra”.

Este libro contiene la historia de nuestra vida, ella no tuvo otra grandeza que la que tiene su propia vida: nuestro amor desenfrenado por la libertad, a ella consagramos la vida, por ella estrechamos sus manos, por ella ofrecemos estas páginas.



Sebastián y Jaime

Abuelo amado, beso tu mano, beso tu hombro derecho, beso tu hombro izquierdo. Mi confesión ha terminado, ahora formula tu juicio. No te he hablado de detalles de mi vida cotidiana, son cáscaras vacías que tú has arrojado a la basura en el abismo, yo también las he arrojado. Grandes y pequeñas amarguras, pequeñas y grandes alegrías, a veces la vida me hería, a veces me

acariciaba, son los incidentes triviales de cada día; todo esto nos ha abandonado, nosotros lo hemos abandonado también, no vale la pena mirar hacia atrás para sacarlo del abismo.

De *Carta al Greco*, Nikos Kazantzakis

¿Y yo? Aquí sentado, relejendo este escrito. Vengo de regreso por el camino ineludible de los almanaques que nos pasean por los días, los meses, los años y hasta por los siglos, son las tres de la mañana, acaba de finalizar una fiesta “sorpresa” organizada por la familia para celebrar mis sesenta años; los últimos invitados acaban de partir, se han marchado. Patico no pudo venir, como tampoco lo hicieron Raúl, Ramiro y Rafa; los comprendo, la distancia, la falta de carro y las obligaciones. He quedado telefónicamente con Rafael de ver las últimas correcciones el martes o miércoles en el “colegio”.

Sirvo un último trago, pero antes decido recorrer las habitaciones. Todos duermen, veo a Juan Manuel, quien viaja mañana a Barcelona con el deseo de reiniciar su vida luego de un largo viaje al infierno. Él sabe que sus abrazos me saben a gloria, ojalá se tropiece con el ídolo que me impulsó a colocarle ese nombre, con el que se va a identificar toda la vida, ojalá tropiece con Serrat y vagabundee en su compañía.

Simón duerme con desasosiego, lo arropo cuidadosamente y estampo un beso en su frente, parece retornar a la calma, le veo pedalear en la vida tal y como lo hace en el ciclismo, con arrojo, subiendo la infinita cuesta, intentando llegar al premio de montaña; le pido que se cuide en el descenso. Su hijo, mi nieto Sebastián, duerme plácidamente, ignorante de la felicidad que me ha traído, de la dulce compañía que ha sido en estas horas de mi vida.

En Tabio hace un frío helado, estoy en la casita que compramos con Tere y que permite ver oscurecer sin los afanes de la ciudad y me permite oír las cigarras, los grillos y los últimos aullidos de los siete perros con los que me comprometí hace dos años, cuando nunca había tenido mascotas. Tere se ha despertado,

la invito a sentarse a mi lado para acompañar estos minutos, le agradezco la fiesta, le doy un beso con el mismo amor de hace treinta y ocho años; me cuenta que le han invitado a participar políticamente en las próximas elecciones de congreso. La miro detenidamente, asiento como asentí en cada momento compartido, que la apoyo incondicionalmente, que un país como Colombia merece ser conducida por gente decente.

Nos sentamos en el zaguán, coloco sobre mis rodillas el cartapacio de hojas y hojas, las que iba a entregar hoy, pero que será la próxima semana, las que contienen los recuerdos, el ir y venir de mi vida, de mis amigos. Tengo un dolor en la espalda que no estaba en mis planes, imagino que es de tanto bailar en la fiesta. Tere me ayuda a levantar y me conduce a la cama, alguien dejó encendido el equipo de sonido y mientras me acomodo, me parece oír una canción de Leonardo Fabio, aguzo el oído y puedo escuchar las últimas notas... "esto es el amor".

Segunda parte

Del lado
de acá...
Rafael

De la pasión futbolera al fervor revolucionario

*“Solo lo que se hace apasionadamente
merece nuestro afán”*

Ernesto Sábato

Imposible recorrer los caminos deportivos sin recordar que el barrio era un hervidero revolucionario. Prueba incontrovertible para este anecdotario es la familia Luna, familia que entremezclaba su calidad deportiva con la actividad política. En lo deportivo, hicieron famoso el barrio en los años 60, ya que en compañía de los hermanos Manzanera llegaron a integrar las selecciones de baloncesto de Bogotá y de Colombia, eran ídolos de la muchachada; en el aspecto político, contribuyeron con mucha gasolina al incendio revolucionario de Los Alcázares.

De Eduardo, el hermano mayor (y compinche de Antonio), solo supimos años después y a través de fragmentarias noticias que era miembro del comando central del ELN y representaba a la organización en las mesas instaladas para las primeras conversaciones de paz con esa guerrilla. Abandonó el país como perseguido político y las noticias más recientes lo ubican en Alemania; su hermano Horacio brilló como futbolista y no tengo certeza de su relación con las actividades subversivas del resto de la familia. El año poco importa, desaparecieron del barrio, alguna hora de algún día, sin hacer mucho ruido.

Regresemos por favor a la pelota y hagamos uso de algunas versiones recogidas en un viaje efectuado en compañía de Raúl y Jaime al barrio, hace unos cuantos meses, allí dimos a encontrar en una esquina a vecinos de otrora época: los Cely. Para el momento en que viví en Los Alcázares, Juan, Julio y Jaime eran niños que participaban junto a nosotros en los torneos de banquetas; ahora, con muchos años a cuestas, conservan la vieja casa familiar, esa que en un principio fue la papelería del barrio, la tienda de regalos económicos, la que administrada por sus padres triplicaba sus ventas en diciembre gracias a los afanes de los padres, de los novios, de todos los que sentían como una obligación envolver en papel regalo alguna chuchería para poder decir a alguien cercano, Feliz Navidad.

Ahora, la casa de esquina remodelada es uno más de los centros de instalación y servicios de autopartes, regados a lo largo de la avenida Chile. Nos recibieron como si nos hubiéramos dejado de ver hace tan solo unos días; tenían en la cabeza miles de historias y de nombres indispensables para reconstruir esta narración. Empezaron hablando de la muerte de sus padres, de la sucesión de la casa, de los negocios habidos y por haber que han llenado el espacio físico durante estos cuarenta años,

de cómo llegaron a este negocio, de cómo aún se mantienen unidos como familia y del por qué no abandonaron el barrio.

A la tercera cerveza, soltaron la lengua y fue Troya, historias, nombres y anécdotas, no pararon de hablar hasta bien entrada la noche. Algo “prendidos” nos despedimos con la seguridad de repetir la jornada para aclarar más dudas, al otro día nos comunicamos entre nosotros ansiosos de empezar a redactar lo que se nos había contado, pero... ninguno había tomado notas.

De lo relatado iniciamos a rehacer (inventar), uno a uno los nombres de los equipos y algunos apellidos de quienes rivalizaban y de qué manera con los “duros”, entre estos se destacan el que formaba el combo de Fallan, Talero, el popular Pedro y el famosísimo Pacho Nieto, quien sin duda hacía del juego una total entretención, ya que sus locuras, gritos e incluso jugadas no previstas, enajenaban a los asistentes a los partidos.

*Parque
Alemania
en la actualidad.
Allí se jugaban
los “clásicos”*



De la 29A, los Benítez: Carlos, Miguel, Andrés, Eduardo y Beatriz se dieron a conocer por su calidad humana y deportiva, hicieron "llave" futbolera con los hermanos Pardo: Félix, "Pilalo" y Arturo y se fusionaron como familia desde muy jóvenes, en virtud del noviazgo y posterior matrimonio de Carmen con Carlos.

El contemporáneo nuestro era Eduardo, quien en compañía del "Pecoso", Juan Carlos Escobar (ya fallecido), su hermano "Machaco", los hermanos Ruiz: Armando, Oscar y Fernando, el ecuatoriano Alejandro Carrión, Juan Pablo Guzmán, Javier Moreno y otros que se me escapan, constituían una buena bandola y era el equipo con el que más confrontábamos y que originaba la mayor rivalidad de aquellos años. Una vez finalizados los partidos, luego de tomar gaseosa y fumar, la rivalidad se extendía, pero a la mesa de billar, algunas veces en antros de la 24 con 68 y en otros en la más refinada Taberna Alemana de la calle 64 con Caracas; las apuestas iban y venían hasta altas horas de la noche, o mejor, las primeras de la madrugada, se jugaba a cien carambolas y era claro que el combo que perdía debía cancelar el tiempo y el licor consumido cuando el garitero se dejaba negociar por unos pesos, ya que nosotros no alcanzábamos la mayoría de edad y era prohibido su expendio.

Los duelistas de la 29 éramos Ramiro y yo, y por la 29A, Eduardo y el Pecoso. El resto de los amigos asistían por desocupados, un poco para apoyar y un mucho por beber a costillas del perdedor; de todas formas, se daba una camaradería que hacía tolerable el permanecer tres o cuatro horas viendo a los jugadores dar vueltas y vueltas, a una simple mesa rectangular con tres bolas.

Algunos, al no ser ni expertos ni tan apasionados como los contrincantes, iban desfilando en pequeños grupos hacia sus hogares y solo conocían el resultado al siguiente día, cuando

reaparecía la rivalidad futbolística, pero no todas las veces los acontecimientos terminaban adecuadamente; en cierta ocasión acepté jugar mano a mano con el “Pecoso” y en la certeza de mi triunfo, pues no llevaba un berraco peso. Hacia la una de la mañana, el tradicional chiflido altera la paz de la zona de la 29; era yo, llamando de manera angustiada a mis amigotes, para que me facilitaran dinero, pues había perdido y el grupo del “Pecoso” no permitía la salida de Raulito ni de Ramiro hasta que se cancelara la cuenta. Era de risa imaginar que el “enviado”, al mejor estilo de un maratonista, hubiera recorrido veintitrés cuadras de ida y veintitrés cuadras de regreso en veinte minutos para pedir auxilio económico; con las quejas y gruñidos de padres y amigos, se inicia una rápida colecta de trecientos pesos, lo que me permite pagar la cuenta y rescatar a los compinches. Creo que la ignominia de lo acontecido y los reclamos de toda la gallada pone punto final a las excursiones billaristas.

Más de lo mismo, más de fútbol; en la zona de la 29, colindando con la calle 70, estaba el grupo de los Pérez, que por cierto era una familia extraña, pero que lideraban el fútbol duro y agreste. Es muy seguro que sentían el respaldo del hermano mayor, el pelirrojo Pedro, quien llevaba sobre sus hombros la fama de tener la “mano multada” y quien con sus casi dos metros de estatura y su textura física, hacía que los rivales de sus hermanos se sintieran intimidados y ellos, ni cortos ni perezosos, asumían los encuentros con la prepotencia del más fuerte. Uno de ellos, del cual no recuerdo su nombre, era un gran jugador, desperdiciado por los equipos bogotanos que exigían apoyo en dinero para darle vitrina a los jugadores. Supongo, así se perdieron, tantos otros muchachos que eran verdaderas promesas.

De este proceso bochornoso de coimas y comisiones, se salvó Julián Idarraga, joven de otro combo futbolero que

conformaban, además, sus hermanos, Jorge y el famoso Flaco Idarraga, o el “loco”, quien además de fullero era engreído, pero muy buen defensa central. De Julián hay muchas historias, debuta con Independiente Santafé en partido nocturno y amistoso contra Argentinos Juniors, equipo popular de Argentina de gira por Colombia y ese mismo día inaugura su calvario de expulsiones, el cual acaba con su carrera. Temperamental, hace de su metro noventa una guarida, por donde pasa el balón, pero nunca el jugador; mujeriego y busca pleitos, cierra su ciclo futbolero con un toque escandaloso, ya que se lía a trompadas con un compañero de equipo en el intermedio de un juego contra el otro equipo de la capital, los Millonarios, lo interesante es que el compañero era nada más y nada menos que Dragoslav Sekularac, jugador yugoslavo, un mago con el balón, famoso en todo el mundo y que hacía pocos años había mostrado su clase en el mundial de fútbol de 1962 en Chile. Como es apenas lógico, los directivos ni lo pensaron a la hora de decidir cuál de los dos jugadores se quedaba; viajó a Ibagué a enrolarse con el Deportes Tolima, jugó una o dos temporadas más, se retiró y pasó a ser uno de los vagos del barrio, pero se llevó el orgullo de haber noqueado al famoso “Seki”.

Este grupo de personajes vivía en la esquina de la 72 con 28 y eran codiciados por todos los equipos; nunca tuvieron ese toque de amor por el juego, lo hacían más por un problema de egos y de búsqueda de tropel que por un sentido de triunfo que sí albergaban todos los demás.

De nuestra cuadra sobresalía Jorge Armando Afanador, mayor que nosotros por siete u ocho años, gran jugador y malabarista con el balón. Él era para nosotros un verdadero ídolo y el orgullo de la 29, quien emigró pronto hacia los Estados Unidos, casado con una hermana de los Obregón, de la 74 con 30. Él,

junto a los hermanos Rivera: Jorge y Gustavo, Alcides Zuluaga y otros más, conformaban el combo de los "grandes".

Un equipo destacado: el de la 25, conformado por los hermanos Pinzón y los hermanos Barona; y otro muy reconocido era el liderado por el "buitre" Mendoza y su hermano Iván, los Ospina ("Nan" y Augusto), la "rata Pinilla", "cabeza de huevo" González y su hermano Guillo (pésimo jugador, excelente periodista), José Luis Trujillo, primo mío (fallecido prematuramente) y Francisco Zuluaga ("Pacho"), hermano menor de Gabriel; estas personas ocuparon espacios en Los Alcázares, pero sin ningún tipo de vínculo socioafectivo con nuestro combo, siempre jocosos, alegres y escandalosos.

Otro equipo muy particular: el de la 26; "Guilligan", Ramiro, el costeño Edgar, René Cadena y Jorge Torres. Fueron los primeros jugadores que se acercaron poco a poco a nuestra cuadra, por razón de sus devaneos y coqueteos con las niñas Torres, Rivera y Zuluaga. Puedo asegurar que entre las dos cuadras y mediados por los partidos de fútbol, se vivieron los primeros romances juveniles.

Son muchos los nombres y los equipos que hicieron de las vacaciones de junio y diciembre de cada año una temporada espectacular; no puedo dejar de mencionar "figuras" como Daniel Celei, Jairo Ruiz, "el sardino"; equipos encabezados por pseudointelectuales que daban a sus equipos nombres particularísimos, como "Peripatéticos", "Filósofos", "Hegelianos", conformados también ellos por grupos de primos, tíos, hermanos: los Reyes, los Lucio, los Jiménez, los Perea (Ricardo, Mauricio, Carlos y hasta "Magala").

En contraposición, a estos equipos surge: "Satán", el equipo diabólico y encabezado por Alberto Gómez, el cual concitaba a

todo el barrio, se movilizaban amigos y detractores a la hora de sus partidos, todos convencidos de que no habría buen fútbol, pero la diversión y el tropel estaban garantizados. La nómina incluía a los Baldión, los Rivera, los otros Gómez y una importación salida del mismo infierno: “el loro Lorenzo”. De dónde sale y por qué llega al equipo, es todavía un enigma, lo cierto es que era el portero del equipo y aparecía cinco minutos antes de cada encuentro, con una pantaloneta larga y raída y en su mano derecha, empuñaba un garrote, ¡literalmente un garrote!, el cual colocaba detrás de su portería y blandía a todo jugador que osara estar a menos de un metro.

El espectáculo era total, los rivales no atinaban a resolver el encuentro, suplicaban al árbitro su expulsión, hecho que por simple lógica nunca sucedió. El equipo era tan particular que si el encuentro les parecía monótono, abandonaban la cancha, el parque, se largaban, les importaba un carajo perder los puntos porque tenían “mil cosas” por hacer.

Por último, nuestro equipo: en el arco “Mono”, defensas Gabriel y Jaime, delanteros Raúl y Rafael; en la suplencia Pacho (nunca estaba), “Cas Cas”, Augusto Gómez; en alguna época, los hermanos Rey y técnico, ideólogo y eventual reemplazo: Ramiro. Él dio nombre al equipo: “¿Quién sabe?”, apoyado en una argumentación simple, a la pregunta obligada del rival de tal o cual equipo, la respuesta sería: ¿Quién sabe? Algunos triunfos deportivos, mucho de confraternidad y la presencia de uno de los mejores jugadores que habitaron el barrio: Raulito; hacíamos una dupla temible, aunque objetivamente yo era tan solo un “palomero” a quien los regates, el desborde, la velocidad y la habilidad de Raúl, ponía en bandeja el balón para que fácilmente lo introdujera en el arco.

La iluminación del Parque Alemania dio nuevos aires a los partidos de banquitas; todos los combos comprometieron su participación en el torneo inaugural, que a su vez fue el último. La convocatoria a los diversos torneos de banquitas que aglutinaba a niños y jóvenes del barrio, los premios que consistían en trofeos y medallas en latón, el trabajo del párroco de Santa Francisca Romana, el esfuerzo del padre Paz, todo cedió el paso a los nuevos dueños del barrio: talleres Mercedes Benz de la carrera 25 con calle 72, Sofasa Renault de la carrera 24 y restaurante El Gran Chef de la calle 74, entre otros, los cuales dieron viraje total a los torneos, porque estos se convirtieron en los nuevos organizadores de campeonatos empresariales, con árbitros de la liga de Bogotá, equipos formales con hermosos tenis, camisetas más finas y premios en metálico.

El parque, al igual que la Gardenia, tenía público, escenarios y actividades diferentes. Según la hora y el día, se veía rondar en su interior y en los alrededores, enamorados, “pelados” con sus hermosas bicicletas “Monark” (la marca de moda), dando vueltas al parque a manera de velódromo, futbolistas, fisicoculturistas, “drogos”, jugadores de baloncesto, pequeños rufianes y otros especímenes. A los únicos que nunca se les vio rondar por allí en los diez primeros años de este relato fueron a “los izquierdosos” de la Gardenia, ni a sus hijos, flamantes estudiantes universitarios, de la Pedagógica, de la Distrital ni de la Nacional.

Con el crecimiento de la ciudad y la transformación del uso del suelo, nuestro amado parque dejó de ser un punto de encuentro del barrio y se convirtió en un gran parque, al estilo de los modernos “Tunal” y el “Salitre”. Consecuencia lógica de la expansión viene el desarraigo, el abandono, otros tiempos... *tiempos difíciles.*

Las tribus y la prole

El punto de partida de una historia es muy misterioso, nunca sé por qué ciertas imágenes que la memoria ha conservado me sugieren una historia. La ciudad en estos años ha cambiado tanto que ya no la siento mi ciudad, el barrio ya no es el barrio, sino solo recuerdos. Es imposible desandar los pasos, aquellos pasos iniciales ya nunca volverán, pero cuando todo parece lejano:

“Cuando perdemos el sentido con el cual hemos vivido, volvemos a los lugares donde nos hemos planteado angustiosos interrogantes acerca de la existencia y una vez más me admiro de cómo en la infancia el tiempo va despacio, como si estuviera quieto. Este remanso hace de la niñez el periodo más fértil y más vulnerable, los chicos comparten miles de cosas inútiles, viven en un tiempo que no se acaba: ¿Cuánto falta para las vacaciones?, ¿cuánto falta para Navidad?, ¿cuánto falta para mi cumpleaños? Para ellos el pasado no existe y el futuro es invisible y entonces, cada día es eterno”. Esa eternidad tiene génesis, tiene rostros, tiene nombre: familia.

La tribu Álvarez Álvarez



La familia Álvarez Álvarez, al igual que todas las familias de aquel entonces, era numerosa. Roberto, el padre, un trabajador incansable, sale desde muy joven de su pueblo natal, Sonsón (Antioquia), en busca de otros caminos; autodidacta, tenía una amplísima cultura del mundo, forjada sólo en la lectura. De su matrimonio con Elisa, su prima, nacen siete hijos. El hombre, representaba la autoridad en la casa. Influenciado por las dinámicas geopolíticas del mundo, se convierte en admirador de Hitler y seguidor de Mussolini; se jactaba de ser miembro de las “camisas pardas” en Colombia, a semejanza de las “camisas negras” de la Italia fascista.

Don Roberto muere a muy temprana edad; todos heredaron de él, un alto sentido de la responsabilidad, en particular lo relacionado con los deberes como padres.

La madre, Elisa, era la ternura y la tolerancia, ama de casa, fervorosamente religiosa, liberal hasta donde podía serlo en aquella época y, un ser humano, dedicado en cuerpo y alma a la crianza de los siete vástagos.

El polo a tierra de todos: Marta. Parece una mujer fría, pero tiene mucho amor y lealtad con sus hermanos, siempre ordenada, racional y sin arandelas para hablar o para vivir. Emigra en marzo de 1974 a Londres, donde estudia inglés, homologa sus estudios de Fisioterapia, se enamora y se casa con Chris; luego, va y viene de vacaciones y conoce de las andanzas de sus hermanos, por una que otra carta, algún telegrama, una llamada telefónica internacional una vez al mes. De los cambios políticos que vive el país se entera por medio de diarios que llegan con dos meses de retraso.

Carmen Elisa: la niña de los ojos del papá y en quien tenía fincadas todas sus esperanzas; pero la bella e inteligente hija, la egresada del colegio Santa Francisca Romana frustra esas aspiraciones conservadoras porque quería ayudar a cambiar el mundo y tenía inoculado dos virus: un enamoramiento intenso y el fervor revolucionario. Con solo 21 años y un morral lleno de inquietudes, sale del barrio en 1972, pero antes de partir deja un hermano contagiado, Jaime, quien ve en ella y en sus actitudes, la luz que puede orientar su vida en los difíciles años de adolescente en los que va entrando. Escuchar a Serrat, escuchar "Que va a ser de ti lejos de casa", le trae inmediatamente a "Ñeca", quien marcó profundamente su existencia.

Su vida ha estado siempre impregnada de amores, unos fugaces, otros duraderos, algunos de ellos, eternos. Vive fuera del país, sus hijos Oscar Andrés e Isis le han convertido ahora en una abuela linda y por fin... dócil. El padre muere en 1978, ante la pena y aprovechando que Marta se encuentra radicada en Londres, la madre viaja junto a Gilberto en junio del 79, hace el duelo, recorre algunos países y regresa para morir en su casa, en marzo de 1980. A partir de ese momento, la casa se declara "territorio libre"; no hay necesidad de buscar sitio para reuniones políticas o para fiestas, una casa está disponible.

La normalidad regresa con el retorno de Gilberto algunos meses después y el afianzamiento de su romance con María Isabel (otra vecina, la consentida de los Gardeazabal); el matrimonio se da en el 81 y de él nacen David, Camilo y Daniel. La vida transcurre con algunos sobresaltos, sorteados con éxito por su amor y comprensión. Por estas fechas, se han concentrado en adecuar el terreno comprado en Chía, en el que esperan pasar tranquilamente el resto de sus vidas.

Jaime ha querido a todos sus hermanos y, desde la orilla en que las circunstancias me colocan, puedo asegurar que cada cual lo ha querido a su manera, pero con Gilberto lo unen lazos tan fraternos que perduran eternamente y que son esencia y sustancia de vida. El hermano más cercano, por edad, por amigos, por experiencias, se han querido profundamente, algo tan natural como respirar, sin aspavientos.

La expulsión del San Felipe Neri, la pérdida de algún año, la imposibilidad de controlarlo, hizo que sus padres decidieran, como última opción correctiva, el internarlo en el colegio de los salesianos en Mosquera (Cundinamarca).

Reunión familiar, jueces, reo y jurado, se reúnen para dar el veredicto y al mejor estilo de los tribunales, se le conmina al acusado a decir algo:

– Pues sí...pero pongo una condición.

Sobresalto en los jueces, las barras se agitan.

– Aparte de todo el berraco pone condiciones, hable, ¿cuál condición?

– ¡Que Gilberto vaya conmigo!

Cara de sorpresa por parte de toda la familia, de manera automática las miradas confluyen en Gilberto, quien a su vez mira a su hermanito menor y solo atina a decir.

– ¡Sí!

“No recuerdo acto más noble que el asentimiento de Gilberto a este exilio, provocado exclusivamente por mi desgreño en lo académico y mi rebeldía ante cualquier forma de autoridad”.

La mayor de todos, Patricia, colaboró en la crianza de los hijos menores, se casó pronto, formó un hogar con un joven médico y es madre de tres hijos. Todos, sin excepción, la han querido entrañablemente, ninguno de los Álvarez conoce el momento exacto ni las razones por las cuales se distanciaron. Una personalidad férrea, en ocasiones dura y acaso amarga consigo misma y con los demás, una manera muy particular de ver el mundo, la muerte de su esposo, en fin, una o todas pueden ser la causa, no lo sé. Estas páginas pueden llegar a sus manos y servir de bálsamo para reconstruir los sueños rotos...



De izquierda a derecha, Gilberto, Marta, Fabio, Patricia, Luisa, Jaime.

Fabio, más que hermano, ha sido el protector y auspiciador de cada locura cometida; ser el menor le permitió a Jaime ser su consentido. Siempre solidario y comprensivo, muchas veces le sacó de apuros en aquellas andanzas izquierdosas, aunque pensara diametralmente diferente.

“Yo le observaba y admiraba su proverbial éxito con las mujeres, era el chacho y uno de los “tumbalocas” del barrio, su porte y actitud lo hacían atractivo ante las jovencitas. Respeté cada una de sus relaciones afectivas. Hoy, junto a Fabiola y su hijo Juan José, parece ser feliz, administra un negocio de alimentos para mascotas, es experto en juegos pirotécnicos y es un padre amoroso que mantiene excelentes relaciones con sus primeros hijos, Pablo, Diego y Felipe”.

Con la venta del negocio familiar, la droguería Mercurio, fue necesario trasladar al sótano de la casa los elementos restantes, las cajas de ciertos productos, jeringas, apósitos y un sinfín de cosas inútiles. Los ojos del adolescente se posan sobre unos frascos etiquetados con el nombre Placent Hill, una pomada suavizante y reductora de arrugas que para la época se vendía muy bien, entonces, se produjo el milagro, se retiró la etiqueta, se compraron cajitas económicas para envasar el producto, se les colocó de nuevo la etiqueta y a vender. Las cajas originales se llenaban con tierra para mantener el peso y para dar la sensación de que todo estaba en su lugar. El dinero extra, producto de esta pilatuna, se iba en comprar libros, invitar a la novia a cine o en solucionar angustias económicas de los amigos.

Luego de un par de meses y en plena prosperidad del negocio, el padre desciende al sótano, observa arrodillado al hijo junto a las cajas de la dichosa pomada, le pide que las destape, Fabio guiña el ojo, el joven abre una de las cajas originales, el encolerizado padre hace la pregunta del millón:

- ¿Qué hay dentro?
- Papá: lo mismo que gritó Rodrigo de Triana, cuando divisó América.
- ¿Cómo así carajo? ¿Qué divisó, que diablos gritó?
- ¡Tierra, papá...Tierra!

“Puedo asegurar que ha sido mi mejor ocurrencia, logré sacar a mi padre, por una única vez, una carcajada monumental y un tácito perdón. El negocito se acabó y, muchos salieron, salimos, damnificados”.

Roberto el hermano mayor tenía una inteligencia y una distinción natural; noble y condescendiente, con todo y con todos; funda con los hermanos hombres el club “Star” y de esta experiencia aprenden a ocupar el tiempo, a explorar el mundo, a tener un sentido de la organización, hacían excursiones, tenían hasta un himno que entonaban con alto sentido de pertenencia, repartía tareas y daba un rol a cada cual. Una vida azarosa, conflictiva y complicada. En cada reunión familiar, con algunos tragos en la cabeza, afirmaba que sus escasos momentos de felicidad los había alcanzado exclusivamente en compañía de hermanos y hermanas. Punto aparte.

Cuando creo haber culminado esta descripción de la familia, esta breve semblanza de progenitores y hermanos, estoy ante una encrucijada: cómo contar el momento, el día y la hora en que, sin pretenderlo, Jaime descubre que tiene otra hermana, Luisa Fernanda, un hermoso descubrimiento.

La manida frase de que la realidad supera a la fantasía se patentiza, ¡y de qué forma!, ante un hecho fortuito. La madre hacendosa en una tarde de sol, se dedica a oficios caseros y rutinarios, revolcando cajones del padre fallecido, se deslizan

una foto y una carta. Palabras de afecto, promesas de amor, la foto de una niña.

El descubrimiento no es novedad, la señora de la casa lo sabe todo, el único acompañante del momento recibe un mazazo cuando se le notifica que es su hermana. La estampilla de la carta permite saber que proviene de Medellín, en sus líneas se percibe el amor de una mujer joven, el atribulado destinatario se sume en un silencio sepulcral, no responde, lee de nuevo, diez, cien, mil veces las apeñuscadas frases, las conserva como prueba de un gran amor, pero también para padecer la culpa hasta el último de sus días, por su abandono, por el final indeseado. No se verán nunca más, la niña continúa su vida, su madre fallecerá antes de que ella cumpla los cinco años. Los demás actores fallecerán paulatinamente, el olvido y la muerte parecen un adecuado final.

Acogida por la familia materna, la niña, ahora mujer, vive una vida en gran medida feliz, forma un hogar, nacen dos hijos, nada parece alterar el devenir de los días, pero una tormenta se acerca; un "amigo" de su compañero de viaje, le hace saber que su "madre" no es su madre, que su "padre" no es su padre y que hay una historia detrás. La revelación de una verdad que ya sentía en la piel no es precisamente una gran sorpresa, no le deslumbra; sigue, eso sí, la imperiosa necesidad de saberlo todo y a ello se empeña con denuedo, confronta familia, amigos de los amigos, escarba en sobres lacrados, retorna a los lugares de la infancia y descubre la verdad.

El aturdido hombre tiene treinta y tres años, se llama Gilberto; la desconocida mujer tiene treinta y tres años, se llama Luisa Fernanda. ¿Qué hacer?

La icónica pregunta de Lenin en 1916 es una guevonada comparada con la pregunta que se formula Gilberto en la soledad

de su cuarto en 1988; en la habitación contigua, Luisa se está formulando la misma pregunta. Se están buscando sin saberlo, se han encontrado a medias; entre la agonía y la excitación, alguno debe descolgar el teléfono. Lo hace Gilberto y del balbuceo de la presentación, a las razones de la llamada, a las explicaciones no pedidas, a las dos horas de arrebatarse la palabra, solo queda una conclusión: verse, reunirse y conocerse.

A las ocho de la noche, de un miércoles cualquiera, en un apartamento cualquiera, se concentran, Fabio, Roberto, Gilberto y Jaime; arriban Luisa y su esposo. El hielo se rompe destapando la costosa botella de vino francés llevada por los invitados y cuyo valor supera los escasos ingresos quincenales; los hermanos tienen chirrinche en sus copas y se desata la clase, no de historia patria, la historia de vida, la más bizarra, pero más aleccionadora historia que hayan escuchado los hermanos en todos sus años. La noche fue muy larga, llena de asombro y hasta del humor que caracteriza a la familia. A las tres de la mañana, a manera de despedida (de la reunión) y de bienvenida (a la familia), colocaron parte en serio y parte en broma la canción: "María Teresa y Danilo", cuya letra parece resumir lo relatado, todo se convierte en carcajadas. De una mesita, Gilberto saca la deslustrada foto, la carta amarillenta de hace treinta años, la devuelve a su verdadera propietaria, todos se confunden en un abrazo.

Cuando quedan solos los hermanos hombres, Jaime se atreve a confesar que sabía que era Luisa, no por investigación, no por documentos, tan solo por aquellos *destinitos fatales*.

- "El azar nos juntó por primera vez en el año 82, éramos profesores en una institución educativa en el horario de la noche. Tengo el recuerdo de encontrarnos hablando de forma muy jovial acerca de lo bueno que sería que tuviéramos un

mejor salario. No creo que me haya fijado en su nombre, me pareció en aquel entonces una mujer sencilla y querida”.

Antes que la invitada llegara y con los datos fragmentarios entregados por Gilberto, até cabos y tuve la certeza de que se trataba de Luisa, la profesora de Epistemología que había conocido unos años atrás. Fue un encuentro maravilloso, hablamos y hablamos, como aún hoy lo hacemos, rapándonos la palabra, haciendo todo lo posible por ponernos al día sobre quiénes éramos y cómo vivíamos. La simpatía con Luisa es mutua, tenemos muchas cosas en común, yo sociólogo, ella filósofa, no solo nos interesa la política, también nos apasiona la literatura y, nos atraviesa una pasión por la vida, los hijos, la música y el corazón. Juntos compartimos un largo trecho de la vida y, todavía hoy, cuando dialogamos, me sigue sorprendiendo la increíble sincronicidad de nuestro encuentro, la forma en como se fueron dando las cosas, tan oportunamente y con tanta gratuidad.

Quince años después, consideré pertinente darle a leer algunos apartes de esta crónica; Luisa me pidió que dejara consignadas seis líneas:

- Abrí mi corazón con un sí enorme a cada uno de los Álvarez, a cada uno de mis hermanos, para ser los tíos y tías de mis hijos, los amigos, los confidentes, mi parche. Para esos hijos ha sido todo un descubrimiento estar cerca de una familia que alberga tanto amor, que le acompaña el sentido del humor, que disfruta de cada momento, cuyo sello en el escudo de armas, si lo tuvieran, debería decir: libertad, respeto, gozo.

El día en el que se oficializa la venta de la casa, el 20 de febrero del año 2000, Jaime destapa una botella de aguardiente, toma papel y lápiz, saca del armario multitud de papeles amarillentos, se sienta en el escritorio a escribir la primera línea de esta crónica.

La tribu Molina Béjar

Diciembre era una época especial para los habitantes del barrio, una de las familias que contribuía a esta alegría era la familia Molina Béjar. Don Rafael se aprestaba a comprar el licor con dos meses de anticipación y su mayor ilusión era recibir cada día de la novena de aguinaldos y en especial los 24 y 31 de diciembre a los amigos de sus hijos, a los vecinos, sin distinción alguna, hacia las ocho de la noche vestido con sus mejores trajes, perfumado y con copa en la mano atendía a cuantos acudieran a la cita no programada, tan solo esperada.



Doña Rosario, una mujer tan dulce como fuerte, manejaba el hogar, las finanzas y daba el alto cuando las celebraciones se extendían demasiado. Autorizaba cada convite con un expreso compromiso por parte de los hijos: brillar al día siguiente y hasta el cansancio, el refulgente piso de madera sobre el que siempre bailaban los visitantes. Con su hermana Ana, conocida por todos como la tía Ana, recién llegada de Barranquilla y con algunos de los hijos que ocuparon la vivienda varios meses (mientras esperaban la adjudicación de una casa cercana del barrio), se dedicaban a preparar las hallacas venezolanas que exigía don Rafael como parte del ritual decembrino; que las hojas, que la cabuya para amarrarlas, que moler el maíz en máquinas antiguas, que el guiso, que las carnes, que el pan acompañante, en fin, todo lo necesario para el condumio de propios y extraños.

Durante los dos días que duraba este proceso, echaban a reír y compartir con el espíritu festivo y familiar que traen las fechas navideñas. Los primos José Luis, Sergio, Leo, Mau, Nena, Amparo y Nora, se cuentan entre los afectos especiales de Rafa, después del año 80 no los vi nunca más.

El amor por los hijos se respiraba de manera muy especial, en particular con Rafael, muchas de sus actividades eran desconocidas para los padres, o mejor, se hacían los ignorantes frente al asunto y con su caída en manos del ejército se mostró el temple de doña Rosario y la solidaridad de don Rafael; Rocío, más dura, cuestionó, ¡y de qué manera!, el suceso; hubo recriminaciones, juzgamientos y cuestionamientos que por poco ocasionan un distanciamiento entre hermanos. Con el paso de los años, tal hecho formó parte del anecdotario y padres e hijos no lo volverían a tocar jamás.

El oficinista era un entregado a su familia, cada domingo acompañaba a Rafaelito a todos los partidos en el parque o se sentaba en un butaco desde las 11 de la mañana hasta la una de la tarde a ver el partido de banquitas que se llevaba a cabo en plena calle y cuyos arcos eran dos ladrillos separados 60 centímetros, y el largo de la “cancha” iba desde la casa de los Afanador hasta la casa de los Gómez, un total de 70 metros. Con un chiflido estruendoso, daba por concluida su participación en el encuentro, era hora de dirigirse a la calle 68 con carrera 24 a comprar el mejor pollo asado de Bogotá, el de la pollería “Las Colonias”, cuál Frisby, cuál KFC, cuál Surtidora de Aves, el pollo era ése, el de “Las Colonias”. De regreso a casa, compraban un aguacate y se sentaban en torno a la mesa para compartir el almuerzo familiar, el especial dominguero.

Los martes y los viernes eran muy diferentes. Consuetudinariamente y durante veinte años, don Rafael se tomaba sus tragos con los compañeros de trabajo. Su arribo siempre era el mismo, hacia las 11 de la noche, de todos los martes y todos los viernes, con vivas “al gran partido liberal”, descendía por la 72, desde la carrera 17 o de sur a norte por la carrera 24. Eran otras épocas, no se corría peligro, todos le queríamos y respetábamos tanto que siempre algún combo, algún vecino o quien lo encontrara o se topara con él le conducía a la casa, en la que con la luz prendida y desde el segundo piso se asomaba la figura de doña Rosario, quien no pegaba el ojo hasta que su esposo apareciera en el quicio de la puerta.

Rafa profesaba por su padre un amor desmedido y una veneración por su forma de declamar, memorizó gran cantidad de poesías que declamaba al calor de unos tragos, heredó sus vestidos, su calvicie y el apellido del cual se enorgullece; don Rafael escribía en una vieja máquina de escribir cuanto poema lo seducía y al hacerlo, lo memorizaba y le daba rienda suelta a su vocación de declamador, ante la presencia de algún conocido o pariente. Era su forma de homenajear a los amigos, a los contertulios ocasionales y hacía de una sencilla reunión un momento de inspiración poética que desapareció con el tiempo y con la frialdad de los corazones.

Junior, como así le decía su padre, se apegó a lo mismo, a la declamación con dos tragos. Las poesías eran siempre las mismas, al punto que todos los oidores la recitábamos al unísono, irritando de tal forma al declamador, quien ofuscado finalizaba de manera abrupta su acto bohemio.

“Boricua” consigue su primer trabajo como profesional en el año 82; viaja a Santa Marta y transcurre un año; a los pocos meses

de su regreso, abandona el barrio para iniciar su primera relación de pareja, de la cual nace Juan Sebastián y les permite a los viejos conocer al primero de sus nietos. Fracasada esta opción de vida, Rafa regresa a la vieja casa, aunque ya no encuentra a su padre, don Rafael ha muerto.



Se acomoda de nuevo en la vieja casa familiar; allí comparte habitación con su pequeña sobrina, Camila; en la alcoba principal se han instalado Rocío y Mario, quienes han iniciado su vida marital y acompañan los días y las horas de soledad de doña Rosario.

La nueva familia, los Hernández Molina, parte sin dolor. Rocío lleva en el vientre a Juliana. Rafa entiende que es hora de recoger sus bártulos, los de doña Rosario y, abandonar definitivamente el barrio. Corre el año 90.

Hasta acá todo parece fluir de la manera planeada, ahora tengo un problema: ¿y las otras tribus?

Decido invitar a tomar unos tragos a Ramiro y Raúl para son-sacar información, despedir el año 2017 y leer juntos las líneas referidas a las tribus y el bosquejo hecho de la vecindad. Una vez aprobado y medianamente prendidos, los animo a realizar una visita al barrio.

- ¿A esta hora? Son las 12 de la noche
- ¡Vamos! Cuento con su memoria y la mía, pero pasear la cuadra y el barrio me puede ayudar en algo para hacer el retrato de las otras tribus.
- Aceptan a regañadientes, meto en el bolsillo papel y lápiz para que en esta ocasión no se olvide nada, abordamos un taxi, le pedimos al conductor que nos lleve al barrio Los Alcázares.
- ¿Dónde queda esa mierda?

Nos apeamos en la calle 72 con carrera 30, justo al frente de la Gardenia y de la Tupac; todo está cerrado, la oscuridad es mayúscula, pocos carros van de oriente a occidente y menos aún en sentido contrario.

- Les dije maricas que no viniéramos, ¿qué vamos a ver?, qué frío tan berraco y ni un trago.

Previendo esto, traía encaletada media botella de aguardiente.

- Frescos, a chupar. ¿Dónde empezamos?
- Usted nos trajo güevón, diga pues.
- Ya, ya, no jodan tanto. Empecemos de sur a norte sobre la 29; los Rivera, ¿recuerdan?

Sí, los patriarcas, Carlos y Josefina, una pareja que destilaba amor por todos los poros. Los mayores, Hernán, Jorge, Gustavo, las mujeres, María Victoria (Toya) y Patricia, desde su primera infancia, luego en su adolescencia y hasta el día de hoy en su plena madurez, estas damas han sido admiradas por los varones del barrio, tanto por su belleza como por su personalidad, alegre y despreocupada. Muchos anhelaban sus miradas, sus

palabras, su cercanía, fantaseaban con llegar a ser sus novios. Y ellas... lo sabían.

Jorge viaja siendo muy joven a los Estados Unidos, en compañía de su esposa Marta, integrante de la numerosa familia Carvajal de la 29A. Gustavo, luego de tantos años dando lora en el barrio, vive en Cartagena, me dicen, que más atemperado, aunque no me lo creo del todo y de Hernán, ni idea.

La hermosa Toya permanece en Bogotá, junto a su esposo, dos bellas hijas y varios nietos. La flaca Patricia se llevó consigo a Ubaté, su ropa, sus artesanías, su elegancia y su delicada manera de ser.



Las fiestas de entonces; algunos nombres: Ramiro, Nino, Enrique, Patricia, Edgar, Fernando, Toya, Rocío

Treinta pasos adelante se encuentra la casa de las Rojas; otro trago y por fin una sonrisa.

María Teresa, María Helena, Soledad (la panameña), Edgar, los hijos de doña Olga, vivían exactamente al frente de los Molina. Las amistades entrelazadas con algunas vecinas no las ha derribado el paso del tiempo.

Cada enero, la familia Rojas era la encargada de recibir y distribuir los pesados y extintos directorios telefónicos, las páginas blancas y las páginas amarillas. Era un momento de alegría para los niños de la cuadra, ya que doña Olga nos contrataba por unos centavos para hacer la entrega casa a casa. La empleada o asistente o niñera de la casa, Elisa, organizaba los ejemplares al tiempo que mostraba sus atributos físicos; contribuyó ¡y de qué forma! , a nuestro primer acné juvenil. Ella nos volvía tangible la mujer que apenas vislumbrábamos en los afiches pegados detrás de las puertas de la habitación o veíamos en fotos de revistas viejas y prohibidas, ubicadas estratégicamente entre el colchón y las tablas de madera de las camas.

Nos topábamos en la calle con toda la familia, cruzábamos el saludo, escasamente conversábamos, sabía poco de sus vidas y ellos de la mía. Emigran del barrio en el año 82, la casa es comprada por Rafael Camargo y su familia y allí se instala Electro Alcázares. La casa no ha sufrido ninguna remodelación, la casa de las Rojas permanece intacta como hace sesenta años.

Miré con nostalgia mi casa, pero no dije nada, la casa vecina es la casa de los Vargas; Don Carlos, infaliblemente lavaba su Studebaker modelo 55 los días domingo, desde las seis de la mañana y hasta las 12 del mediodía, le brillaba y pulía incesantemente hasta quedar reluciente para la semana que entraba; la esposa, doña Ligia, se encargaba de organizar los turnos para que cada uno de los hijos acercara bayetillas, trapos, cera, abriera la manguera, en fin, participara de la ceremonia semanal.

Los niños que jugaban en la calle tenían un código de honor: evitar a toda costa que el balón cayera en el antejardín o que rozara, aunque fuera levemente, el dichoso carro, lo cual indefectiblemente traería consecuencias, un insulto o el decomiso

del balón, hasta tanto no se acercara el padre de alguno de los culpables a pedir perdón, lo cual le producía una embriagante sensación de poder.

Cecilia, Ligia, Carlos, Claudita, Marta, Berta y otros, de cuyo nombre no me acuerdo, hacían parte de la numerosa prole. Nuestro contemporáneo, Luis Enrique, "Quique", retraído, callado, de gruesas gafas que le daban aire de intelectual, de inteligente, a veces pienso que nos subestimaba, pero en el fondo no tenía interés alguno en nuestra compañía. A modo de desquite, aunque nunca en su presencia, me burlaba de él, usaba para ello una frasecita que sonaba bien, hacía rima y gustaba a la gallada.

– Quique Vargas, el de las huevas largas...

¡Qué época Dios mío!, aún recuerdo al viejo Carlos, regañando a todo pulmón a sus hijos, a su esposa, a todo el mundo. Luego de doce hijos y mil vainas, empacó su vieja cámara de fotografía, echó en una maleta unos cuantos chiros, chancleteo el tiesto de carro, le dijo a doña Ligia algo así como "voy a comprar unos cigarrillos, ya regreso" y se fue, sin más, de la familia y del barrio, pero eso sí, acompañado de una jovencita de veinte años.

Pasaron algunos años, variados conflictos al interior de la familia, pusieron en venta la casa y la verdad nunca supe más de ellos.

Llegamos a la esquina de la 29 con 73, la casa de los Torres; aún la rodea una reja con aspas puntudas para evitar el ingreso al amplio antejardín.

Una risotada de Raúl es preludeo de una anécdota

– ¿Recuerdan el día que Gabriel se clavó en una de las púas?

– ¡Claro!, se sintió campeón de salto alto, emprendió la carrera para rescatar el balón que había caído dentro.

- Quedó ensartado y él gritando: “mi carne, mi carne”; ja, ja, ja, era para alquilar balcón.
- Qué carajo, deme otro guaro y escriba lo que quiera de la familia Torres.

Don Joaquín, de impecable terno, enrumbaba hacia la calle 72 cada día a las siete de la mañana para cumplir con su horario laboral, doña Lucila quedaba a cargo de las hijas: Irma, Elsa, Lucila, Amparo y Marta. A las tres de la tarde y cuando las niñas regresaban del colegio, se iniciaban los juegos femeninos en la amplia sala. Allí se congregaban las Toyas, Mariate y Rocío; no debería sorprenderme (pero me sorprende y me encanta), que aún hoy, después de tantos años, prevalezca su amistad, se reúnan a recordar su infancia que entre el vino y la risa compartan nuevas historias: las de sus hijos, pañales, adolescencia, madurez, matrimonios, separaciones, nietos, en fin, lo que día a día es la vida.

Los sábados a la tarde desfilaban hacia la iglesia a misa de seis, vestían diferente, exhibían su belleza, alborotaban a los más chicos, coqueteaban con los adolescentes y daban de que hablar a los más viejos.

Amparito y Lucila lucían sin temor sendas minifaldas, aunque el recato indicaba que debían llevar una maxi-ruana, atuendo que no impedía observar sus hermosas piernas. No tengo información de las hermanas mayores, sé que Lucila se radicó en Londres, que Amparito ahora vive en Choachí, que los padres afectuosos y condescendientes con toda la muchachada de la cuadra han muerto, que la casa ya no es la casa de las Torres.

Volteamos a mirar la casa del frente y en ese preciso instante brotaron lagrimones; allí, a solo unos cuantos pasos se

encontraba la casa de Raulito. Ahora, con un cerramiento, puertas metálicas y la entrada principal convertida en garaje. Nos acercamos al poste de la luz que en muchas ocasiones sirvió de “arco” en juegos de uno contra uno y que señalaba el dichoso gol cuando la pelotica lo golpeaba, sin hacernos ilusiones, revisamos cuidadosamente el inmenso poste buscando nuestras iniciales grabadas con cincel y... allí estaban; era el mismo larguero de sesenta años atrás.

Raúl se deshace en palabras acerca de su tribu, tomo las notas necesarias y me dice en serio y en broma:



Tribú Gómez Ulloa

- Rafa, yo veré...

Comparada con las otras tribus, la Gómez Ulloa era “reducida”; doña Alicia y sus cinco hijos arriban a Bogotá, procedentes de Santa Marta y con la cruz a cuestas de la muerte de don Alberto, el padre; la

matrona con su reducida pensión, pero convencida de sacar adelante su familia, acomete varios oficios: cose, borda, cocina.

Los hombres, Alberto y Raúl, las mujeres, Alix Patricia, Vicky y Marta, comprenden desde muy niños que el sustento diario no llegará permaneciendo sentados en las poltronas del sencillo hogar. Asumen empleos nocturnos, cursan sus primeros años en colegios distritales, ahorran cada centavo para compensar la escasez económica, hacen de la vida diaria una batalla por la supervivencia.

A sus 18 años, Vicky se casa con Sergio, un vecino más del barrio y es la primera que se aleja de casa; Raúl es internado en un colegio de Mosquera, al que casualmente han sido enviados Jaime y Gilberto por allá en el 70 y el 71. Alberto alcanza un empleo en Telecom, lo cual da un respiro a los aprietos económicos de aquellos días y le permite a su vez independizarse. Marta sale del barrio en el 79, Alix Patricia y Raúl permanecen al lado de su madre. Tan solo su matrimonio con Consuelo obliga a Raúl al alejamiento de su mami.

Doña Alicia, sobrellevaba con dignidad la aridez de las carencias. Su honor a toda prueba le impedía aceptar favores de nadie. Vivía orgullosa de su prole, se le llenaba la boca al hablar de sus hermosas hijas y de sus "morenitos chirriados", todos los miembros de la tribu vivían y me hablaban, esto es lo más sencillo y elocuente que podría decir de los Gómez Ulloa, quienes me han acompañado a través de los años.

Salgamos de una vez de los vecinos de Raúl, los Castañeda; estuvimos tentados a timbrar (el timbre no sirve) para saludar a Mono, pero Ramiro nos retuvo, todo estaba apagado, no había señales de vida.

Con ambición, pero sin oportunidades, envejecido prematuramente, José del Carmen aún vive en la misma cuadra, en la misma casa; han pasado por ella hermanos, hijos de sus hermanos, hijos de los hijos de sus hermanos y ahora nietos de los hijos de los hijos de sus hermanos.

Cómo me gustaría entrar de nuevo a esa casa en la que di mis primeros pasos danzarines en brazos de María Clara, Marta, Sandra, al son de las orquestas más populares, en acetatos rayados de tanto castigo y la aguja desgastada de los desaparecidos tocadiscos. Los días de diciembre, la casa de los Castañeda era escala obligada, era

parte de ese rito de saludos a los vecinos. Por allí desfilaba toda la cuadra, aparecían indefectiblemente los Otálora: Alberto (María Julia), Esperanza, la verdadera María Julia, Rodolfo y años después Fredy, producto del romance entre vecinos.

De entre la bruma surge el recuerdo de don Carlos, doña Cecilia, Hernán, Stella, Mauricio (“mariposas amarillas, Mauricio Babilonia”), y Carlitos mejor conocido como “Carlangas”. Levantamos la mano a manera de despedida y aprovechamos para compartir la botella.

Nos acercamos a la casa de los Zuluaga; una patrulla adscrita al CAI del sector pasa lentamente observando a esos personajes que deambulan por la carrera 29, ellos siguen su marcha y nosotros seguimos las elucubraciones.

Tribu Zuluaga Consuegra



La mamá Doña Inés; los hombres: Gustavo, Alcides, Francisco Javier, Gabriel Ricardo, José Alonso, Eduardo; las niñas Dalia, Alma Edith, Iris, Blanca Marina, Marta, Hada Lucía. No sé si me escapan otros nombres; eran tantos.

Esta familia tenía un gran ascendiente entre los vecinos, producto de la formación que se impartía en el único jardín de infantes de la época. Los conocía todo el barrio, unos más, otros menos, pero eran conocidos. Su madre, doña Inés, la madre y rectora enseñó las primeras letras a la mitad de los niños de Los Alcázares, dentro de los cuales figuraron, por obvias razones, todos sus hijos. La casa, por aquellas calendas, era un territorio académico en el que los salones y las camas iban de la mano, la tiza y los tableros se confundían con muñecas, balones y bicicletas.

Recuerdo con afecto a Alcides, jugador de póker, bebedor, rumbero y en especial un gran jugador de fútbol. Hacía la "bicicleta" con una facilidad extrema, permanecía sin tocar la bola por varios minutos y solo aparecía cuando veía la oportunidad de lucirse, haciendo alguna de sus figuritas; José Alonso, el más pequeño, un gran jugador, era nuestra primera alternativa de cambio, siempre dispuesto, siempre jovial. Francisco (Pacho) nunca alcanzó grandes niveles de juego, aunque lo compensaba con su buen humor y alegraba todos los encuentros. Es imposible recordar las fechas en que paulatinamente los hermanos mayores se alejan del barrio.

Pocos vecinos tienen contacto con la familia. La casa sigue en pie, sigue siendo propiedad de la familia, aunque hoy es habitada... por fantasmas.

A paso lento y mamando gallo, llegamos a la casa de Danger, el mastín que cuidaba la casa de los Pineda y que era el terror de cuantos caminábamos por esa acera, el bendito perro era parte de la diversión, ya que la "Chata", personaje que nunca supimos si era familiar o simplemente la nana de toda la vida, abría la puerta a cada timbrado que hacíamos en la casa y salíamos a

correr. Era el momento ideal para soltar a Danger y cada quien a buscar el escondite más cercano, que generalmente era la casa colindante, o sea, la de los Zuluaga.

De aquella familia un poco hosca, encerrada y muy poco sociable, conocimos principalmente a María Ángela (“piernangela”), Fernando y “Chipilo”; la jovencita era, en aquellos años, una linda adolescente que lucía sin temor las minifaldas de moda y lograba, sin mayor esfuerzo, que algunas de las matronas de la cuadra la criticaran, sus vecinas la envidiaran y nosotros la admiráramos.

A Fernando lo apodábamos “Tiburón”, por su dentadura aserrada y bastante prominente, la cual se hacía más visible en las pocas ocasiones que aceptaba compartir un partidito de banquetas y que por su temperamento y escasa calidad de juego era burlado con facilidad por Raúl o por el “pecoso” Escobar, lo que traía como resultado su exposición, al momento justo, de proferir múltiples insultos a cada uno de nosotros.

“Chipilo” era una persona muy especial, mantuvo fuertes vínculos con nuestros hermanos mayores y era parte de otra gallada, aunque siempre fue con los pequeños una persona afable y solidaria; luego de un encierro de siete meses por una hepatitis mal cuidada, retornó a la vida barrial, pero ya no era el mismo, su humor se había disipado, su actitud era más reservada y sus amenos diálogos se volvieron mucho más cortos.

De ninguno de ellos ni de sus vidas puedo dar cuenta, las indagaciones hechas arrojan como resultado que partieron del barrio hacia el año 82.

¿Qué casa sigue? La de los Serna Jaramillo, es hora de andar con cuidado. Ramiro, a pesar de los tragos y el momento de concor-

dia que estamos viviendo dice: “pilas Rafa con lo que escriba, usted sabe cómo es la familia. Si leen algo que no les guste, lo sacan del llavero de los afectos o no compran el putito libro”.

Tribu Serna Jaramillo

A diferencia de las otras familias, en la familia Serna Jaramillo no había matriarcado, había patriarcado y ¡de qué manera!; don Hugo era el número uno, el as, no cabía duda ni había lugar a discusión, él dirigía el hogar y se comportaba como el gran jefe y sus hijos así lo comprendían y así lo aceptaban. Los nueve hijos del matrimonio de caldenses nacieron en diferentes ciudades como producto de los constantes traslados de su padre,



ejecutivo de la Federación Nacional de Cafeteros; hora bien en Tuluá, Manizales, Cali, Pereira, por tanto, todos eran particularísimos, producto del sitio de nacimiento y de los años vividos en cada una de aquellas ciudades. Gabriel, el hijo mayor, es quien primero se aleja del barrio y lo hace en compañía de María del Carmen, una de las niñas Arrázola, de la casa contigua, a la emigración le siguen Hugo y Ramiro.

La casa se vende en el año 80 y los descendientes se trasladan a las inmediaciones del recién estrenado centro comercial Unicentro, allí conviven por temporadas Héctor (“Petronilas”)

y Mauricio (“Mala Sangre”); en cuanto a las niñas, Tatiana se independiza y Claudia formó su hogar; Andrés se establece con su esposa en el barrio Cedritos y Liliana ha permanecido hasta el día de hoy en la nueva casa familiar, un apartamento amplio, ubicado en la calle 100 con carrera 15, en el que todos los domingos, en compañía de doña Ofelia prepara el almuerzo familiar, para recibir a la “tropa”.

Con todos ellos nos veíamos frecuentemente, compartíamos las fiestas infantiles, el fútbol, el cine, los juegos callejeros y ahora nos encontramos... en los sepelios.

- Guevón, ¿va a escribir algo de la familia de Pacho?
- Lo he pensado mucho, pero tengo muy claro que nunca se llevaron bien, ¿entonces?
- Eso es cierto, pero no sobraría; procede de una familia, de una tribu, como usted o como yo.
- Bueno, bueno.

Es bien poco lo que puedo decir de la familia Tamayo Zuluaga, en realidad mi vínculo era exclusivamente con Pacho, sabíamos que eran paisas, que eran catorce hijos, que eran rezanderos, ultraconservadores y que en su rancho se metieron las ideas marxistas sin darse cuenta. El primero, Antonio, él hizo de Pacho su hermano menor, el alumno más aventajado y él, sin conciencia plena de su poder de convicción, nos embarcó a todos en esta novela sin fin del socialismo y del comunismo. El mayor ya había dado sus primeros pasos en el ELN y su hermano lo siguió, mil cosas pueden considerarse de utilidad para retratarlo objetivamente; la forma como lo convirtió en lector voraz, en escritor en ciernes, en fumador insaciable, creo que por esas andaba Diego, aunque lo sedujo más su encuentro con la marihuana.

Recuerdo a Ligia, su hermana, distante afectivamente de Pacho y, por ende, de la gallada; la menor, Maritza, era cercana, conocía muchas de nuestras actividades y era cómplice en alguna de ellas, sin embargo, su edad obligaba a mantenerla al margen de otras muchas, amén de la vigilancia estricta de sus padres con el fin de evitar a toda costa una contaminación del virus que atacaba a los miembros de la familia y de ese barrio.

La familia abandona el barrio un par de meses después del diagnóstico de la leucemia que padecía Pacho, compraron un apartamento en las Torres del Parque, lo llevaron con ellos, le transmitieron sus últimas amarguras, su relación continuó siendo tortuosa.

Asistieron de estricto luto al entierro. Nunca los vi más.

Queda solamente un sorbo de aguardiente para cada uno, nos dirigimos hacia el oriente buscando alguna tienda donde sentarnos a rematar esta agitada noche; pasamos por la carrera 25, por la que era la tienda de doña Gricelda, esa tiendita donde fumamos por primera vez, en la que aspiramos los archifamosos cigarrillos President y provocaron las primeras náuseas y las primeras preocupaciones a nuestros padres. La tienda, obvio, no existe. Al pasar por la 25 nos acordamos de Tere, su casa y su familia.

- Oiga ¿y de los Bernal Montañez?
- Resuelto, Tere me dio la mayor información, otros pedazos los conocía y el resto lo inventé. Incluso me atreví a resucitar a Jaime un año después de muerto para que hablara sobre esa tribu, ja, ja, ja.

Tribu Bernal Montañez



De izquierda a derecha. La prima Estela, Carlos, Don Alberto, Jaime, Claudia, doña Teresa, otra Stela con su hijo Julián, Tere, Vladimir, Patricia (Patico)

¿Por qué? Porque dentro de los acuerdos no suscritos, dentro de esos acuerdos sobre lo “fundamental”, se aprobó la figuración de este grupo familiar en el aparte dedicado a las tribus, a pesar de no hacer parte de la carrera 29. Todo por la gran influencia en el desarrollo personal de Jaime y por ser el entronque familiar en que nace Ana Teresa.

– Hable pues, sí, usted Jaime, eche el rollo.

El disco dice así: “desde el momento mismo que don Alberto y doña Teresa supieron que la mujer que escogí para amar y compartir la vida era su hija Ana Teresa, me acogieron como un hijo más. La forma democrática y libertaria como asumían la vida, se patentiza en la aprobación de aquel matrimonio entre adolescentes.

“Doña Teresa fue una mujer maravillosa, llena de vida, de pasión y de bondad. La muerte se la llevó temprano, dejando un gran vacío en la familia. Dentro de sus cualidades destacaban la responsabilidad, la capacidad de trabajo, su valentía y su generosidad. Don Alberto, siempre jovial y dicharachero, apasionado por la literatura, por el cine y por las joyas, vivió una “belle époque” cuando trabajó en uno de los hoteles más prestigiosos de la ciudad en la década del sesenta, el “Continental” de la 13 con 4^{ta}.”

“Don Alberto sufrió el despido injustificado de algún colegio público de Bogotá y, desde entonces, se dedicó a rehacer sus años de trabajo y argumentar ante el raquítrico Estado, las razones para merecer una pensión. Algo en broma, algo en serio, le comparaba con el coronel Aureliano Buendía en ese estoicismo por alcanzar, algún día, la merecida pensión; al igual que él, nunca logró triunfar en su demanda. Las 16 carpetas debidamente legajadas, organizadas por colores, la infinidad de cartas foliadas cronológicamente, le acompañaron hasta hace pocos años”.

“Luego de la venta de la casa familiar, trasteó con sus carpetas y sus cartas por cada uno de sus sitios de habitación y el día que tuvo que deshacerse de las cajas, por carencia de espacio físico para conservarlas, me invitó a beber, realizó una ceremonia, le dio el tono de un acontecimiento especial, fue su forma de renunciar voluntariamente a seguir intentando que este país le devolviera, por lo menos, la dignidad perdida, después de tantos años de sacrificios. Este profesor ha sobrevivido más de 30 años a la muerte de su esposa y sigue opinando sobre la política, el deporte, el arte, aunque más pausadamente como consecuencia de una trombosis y varios infartos”.

“Carlos e Iván, los hermanos hombres, nacieron y crecieron enamorados de deportes como el ciclismo y las artes marciales. Para ambos, el ciclismo fue pan de cada día, con el paso del tiempo, las artes marciales serían para Iván no solo parte de su crecimiento interior, sino forma de sustento por obra de la docencia que ejercía en diversos planteles educativos. Los sobrinos: Andrea, Felipe, Nicolás y Vladimir, han sido parte de mi vida”.

“Mis apreciados cuñados vivieron vidas totalmente diferentes a las nuestras, aunque siempre apoyaron las locuras y compromisos de su hermana. La hija mayor de Carlos, Patricia (Patico), llegó a nuestras vidas como una hija más a los pocos meses del fallecimiento de doña Teresa, quien la había acogido desde su nacimiento y quien ejercía como madre. La Pato asumió la tarea de hacernos felices y a fe que lo consiguió. La vimos crecer, madurar y afrontar con carácter su nueva vida, mi recuerdo más reciente es haberme regalado el honor de llevarla al altar el día de su matrimonio”.

“Estos docentes de formación y educadores de vocación vivieron sus propios momentos de lucha por reivindicaciones sociales. Eso les permitió comprender las tareas que emprendía su hija Ana Teresa. *Con su muerte y la venta de la casa, cada cual inició un nuevo ciclo, quedó flotando en el ambiente el humo de olorosos cigarrillos de los inveterados fumadores y el recuerdo de miles de momentos inolvidables*”.

Otra vez la hijueputa patrulla. Hace 45 años entendible, pero ¿hoy? Tres viejitos bien abrigados, que caminan encorvados, recorriendo un barrio fantasmal, rumiando sus recuerdos, ¿son peligrosos? En fin, afortunadamente aparece sobre la carrera 24 un rumboadero “moderno”, con una música estridente que hiere nuestros oídos, que no entendemos, pero que tiene las mesas

vacías. Logramos sentarnos, pero debemos hablar a gritos o gesticular para intentar comunicarnos.

- ¿Se dieron cuenta?, ¿nada de luces navideñas, ni música, ni puertas abiertas, ni novenas?
- Es otra época; la nuestra desapareció.
- Pero volvamos a repasar acerca de las familias.
- ¿Otra vez Rafael? No joda más.
- Pero amiguitos, falta Luisita Miranda, falta Patricia Barón.

Di en el clavo, les brillaron los ojitos a mis amigos. Soltaron la lengua y yo escriba y escriba, conocían todo de cada familia, chismes, realidades, anécdotas y fabulaciones.

Luisita no fue, sino que es parte de nuestra vida; más allá de romances furtivos (una semana, un mes) con cada uno de nosotros, nos quería sinceramente. Aunque desapareciéramos por meses, siempre tenía tiempo para recibirnos, para aceptar nuestras galanterías. Los perrotos que le acompañaban en cada visita eran testigos de nuestros diálogos e impedían cualquier acercamiento prohibido. Ella, siempre pendiente de los triunfos y los fracasos, nunca censuró las actividades que realizábamos, nunca cuestionó los motivos. ¡Qué bonito recordarla!

- Otro trago por favor, para poder continuar.

En la esquina norte de la 72 con 29, habitaba el profesor Gerson Páez con su familia, impecablemente vestido, este profesor del colegio distrital Camilo Torres era la prueba viviente de la pulcritud y el decoro y la interacción con él era mínima. Nunca dio muestras de intolerancia frente a los juegos de banquitas, ni a los pequeños escándalos que armábamos en las pocas ocasiones que ganábamos partidos de campeonato. Al alejarnos del barrio olvidamos su figura, pero nunca su

calidez humana; luego de muerto, la casa sigue en pie, no ha sufrido reformas y según la investigación realizada, su hijo, de nombre homónimo, médico, formal y tradicional como su padre, habita allí, va de la casa al trabajo, retorna y el tiempo parece haberse detenido.

La casa de la familia Barón colindaba con la de los Páez; la mastrona, doña Elsa, sus hijos Nelson y Eduardo, las niñas, Patricia y Stella. Los varones fueron parte ocasional y distante de la vida de la cuadra; las niñas, por el contrario, vivieron romances, una con Ramiro y la otra con Gabriel; ambos noviazgos, aunque fugaces, fueron muy intensos, y lograron separar por algunos meses a la gallada. Para el año 84 venden la casa y salvo uno que otro contacto de Ramiro con Patricia, no se tiene noticia de sus vidas.

Los nuevos propietarios de esta casa, don Luis y su esposa, remodelan e instalan la panadería "Las Delicias". Mucho se especuló acerca de la llegada de esta familia al barrio. El montaje de una panadería con características modernas hacía prever que el dinero era producto de algunos manejos turbios, sin embargo, con el tiempo se pudo constatar que era simplemente el resultado de haber ganado una millonaria lotería. Trabajador y dedicado, don Luis hizo famoso un producto: los calados. Vivieron algunos años de prosperidad, pero la fortuna no dura para siempre, al parecer, abandonado por su familia, vive solo en una casa de arriendo, en los extramuros de la ciudad.

La vieja casa de nomenclatura, carrera 29 número 73 - 84, albergó dos familias tan disímiles como particulares. Entre los años 60 y 73, la familia Rojas. El recuerdo más antiguo que tengo de estos particulares vecinos son los disparos que ocasionalmente retumbaban en la cuadra, cuando el padre, con algunos tragos

en la cabeza, salía a echar vivas al general Rojas Pinilla. El señor Ramos, electo representante a la cámara, compañero de armas del general, vocero autorizado de la Anapo y recalitrante defensor de las fuerzas armadas, pocas veces permanecía en la ciudad, lo cual le permitía a su hija Amparo abrir las puertas para invitar a empanadas bailables, momento para que la muchachada se reuniera e iniciar los cortejos a las vecinas. Nunca supe del destino de Amparito, ni de su familia.

En febrero de 1974 llega una nueva familia: los Malagón. Don Gustavo y doña Imelda, personas sencillas venidas del campo, trabajadoras, quienes adecuaron el garaje para montar un pequeño granero. Su arribo a la cuadra fue contradictorio, por una parte, la apertura de una tienda de estas características sugería una desvalorización de las casas, por lo menos, a los ojos de los habitantes de la 29; de otra parte, el dichoso granero, a solo cincuenta metros, evitaba a las amas de casa el desplazamiento a "El Dorado", para la compra diaria de las verduras y las frutas.

Fueron mal vistos e incluso señalados, pero ellos, recios campesinos, aceptaron con dignidad los señalamientos e incluso se ganaron la amistad y el afecto de todos los vecinos. Su hijo Gustavo, apodado por Raúl como "Malagas", resultó ser un excelente jugador de fútbol y ello contribuyó a amainar las críticas sociales. Son unos sobrevivientes, aún viven allí, aunque parece haberlos alcanzado el deterioro social y la disfuncionalidad familiar.

El mesero nos interrumpe:

- Qué pena señores, son casi las tres de la mañana y vamos a cerrar.
- Entonces, traiga la cuenta por favor
- Regresa con un papel sucio que se supone es una factura

- ¿\$92.000, por media botella de aguardiente?
- Precios autorizados
- Raúl no vaya a pelear, este país sigue sumido en la mierda
- El mesero pone su mejor jeta y murmura ¿Algo más? ¿Éxtasis, coca, meta?
- ¿Meta? Métase un palo por...

Salimos del “hueco” y no lo van a creer, con las luces psicodélicas a pleno y encandilándonos, allí estaba de nuevo la hijueputa patrulla.

- Si tienen la orden de captura, tocará entregarnos, ja, ja, ja, a la cárcel o que nos lleven a la casa.
- Mejor que nos pidan tres taxis.

Veinte minutos después, en modo nativo “nos abrimos como la yuca”, en modo yanqui “como dijo Mickey Mouse, cada cual para su house”. Revisé que no me hubieran robado el cuaderno de notas, me instalé en el asiento de atrás, le pregunté al conductor si podía fumar, me lanzó por el retrovisor una mirada asesina, guardé el cigarrillito y no pronuncié otra palabra.

Una semana después, cuando el guayabo había dado paso al remordimiento, inicié a transcribir lo que había garrapateado en el cuadernito de notas; no entendía mi propia letra, ja, ja, ja. ¿El resultado? dejar por fuera de este relato vecinos entrañables, pero reconozco y agradezco su paso por mi vida. Los Isaza, las Rodríguez, las Sánchez (doña María y sus hermosas hijas), los Jaramillo (la bella Gloria Luz), los “sivoa”, perdón, los Novoa (Luz Helena, Mario y Humberto), los Pérez, las Alegrías (Clemencia, Alegría y Eduardo), los Anaya, los Meyer, los Mier, las otras

Sánchez (Gladys y Julieta), los Afanador, los Moreno de la 28 (Javier y Sandra), en fin, creo que no falta otra familia. Lamento, eso sí, que no tengan cabida en esta crónica, en parte por las escasas cuartillas asignadas por los editores y, en parte, por el Alzheimer en estado inicial que me aqueja.

Cierro este aparte, este recorrido, levantando la voz, ¡reclamando información! Nadie me dijo que para entender la realidad era necesario recorrer tantos caminos. Voy a confesarme, he pasado la mitad de mi vida intentando hacer vainas de interés y la otra mitad intentando explicarlas. El temita de las familias no me sacó más canas, pero sí acabó con los últimos pelos que quedaban, hice mi mejor esfuerzo para que nadie enmendara la plana, ni me llamara la atención o me dijera "No, eso no fue así"; no tengo idea si lo logré. La verdad sea dicha, ni filósofos, ni sociólogos, ni escritores me contaron que nada era tan complejo y tan difícil de entender como la condición humana. Nadie me dijo que hacer un esfuerzo por entenderla era más relevante para sobrevivir, que todos esos modelitos sofisticados de los que yo tan orgulloso me sentía, ¿me expliqué?, gracias.

"El ambiente agitado y nostálgico en el cual transcurrieron tantos años inolvidables, hoy he tratado de evocarlos y de nuevo se me han escapado para regresar a esa zona de lo inefable, en donde se refugian los recuerdos que nos permiten seguir viviendo. Al pasearme mentalmente por esas calles, por esa cuadra, encuentro lo que tenía dentro y había olvidado, y al fin lo recuerdo".

El viaje de regreso a la civilidad

“Esos hombres que vivirían con miedo a decir una sola palabra en voz alta, a tener una opinión y se verían obligados a reptar, volteando la cabeza para vigilar su sombra”.

El hombre que amaba a los perros, Leonardo Padura

Despunta la década de los ochenta y la gallada ha sufrido fuertes golpes, la muerte de Pacho, los abandonos de Jaime, la deserción de Gabriel, el exilio obligado de Ramiro, la desilusión de Raúl y mi propio abatimiento. Los niños han dejado de serlo, los adolescentes han dedicado horas y horas a la militancia política y la madurez está a la vuelta de la esquina.

Han logrado sobrevivir y las heridas son hondas, pero no graves. Es momento de iniciar una “larga marcha” y de replantear la vida, los principios rectores están intactos en algunos de ellos, pero son años para consolidar relaciones amorosas, atender los

primeros hijos, buscar el sustento diario, en fin, hacer parte de la masa. Deben evitar a toda costa dejarse tragar por las arenas movedizas de la "normalidad", aunque hayan tomado a través de los años decisiones equivocadas o recibido golpes impensados, cada uno conserva sus anhelos y esperanzas y no sucumben ante el aparato tremendo y poderoso que es el conformismo.

El discurso del cambio social, la ideología marxista y la transformación del Estado siguen enquistados en la mente y el corazón, continúan de manera terca pero fervorosa, convencidos de la necesidad de construir un nuevo país, pero es hora de vislumbrar otras alternativas y utilizar otras estrategias.

Son años de relativa calma, el Estado ha golpeado la estructura de las organizaciones sociales y políticas de izquierda, hay un ambiente de aburrimiento y desilusión que afecta a nuestros amigos, pero que no los descorazona por completo.

Sin pequeños ascos pequeño burgueses disfrutan del cine gringo, de los Bruce Lee, los James Bond, las cervezas del barril, de las innovadoras tabernas y el azote de baldosa en las modernas discotecas, pero no abandonan el cine de Truffaut, de Fellini, de Bergman, de De Sica, persisten los viernes de cultura y trago en Arte y Cerveza, los sábados de teatro en La Mama, en el Teatro Libre o en la Candelaria, los domingos de salsa en el Goce Pagano.

Estos espacios de bohemia y lúdicos dan herramientas a los amigos para soportar la aburrida vida cotidiana. Deciden que es necesario confrontar al Estado desde otros frentes, uno de ellos es la cultura, que para estos años está en manos de críticos pagos, de articulistas vendidos, de teatro sin compromiso, de nulo acceso a la Cultura (¡sí, con C mayúscula!), para la gran mayoría de la población.

De los grupos de estudio de otrora época han quedado amigos que escogieron como forma de vida y de lucha, la pintura y el teatro; de estos encuentros fortuitos con gente comprometida con otras formas de trabajo político es que decidimos embarcarnos inicialmente en la fiesta del teatro. Un viejo conocido, antropólogo de la Nacional, Enrique Bautista, "Quique", conocedor del teatro clásico y moderno, profesor en algunas universidades de la historia del teatro y en otras director de los grupos juveniles, es quien nos conduce de la mano al descubrimiento maravilloso de "hacer teatro".

Aparecen otros "actores", Emilio, abogado en ciernes del Externado, Elizabeth, estudiante de Odontología, Roberto, estudiante de Optometría, Jaime Orjuela, estudiante de Derecho, Álvaro Chávez, artesano, y otros nombres que hoy no recuerdo.

Quique como director del presunto grupo impone como primera tarea leer con detenimiento y seriedad, cual cátedra universitaria, la obra de los más importantes teóricos del teatro: Grotowski y Stanivlaski. Más allá del tamaño de sus obras, esos mamotretos eran para quienes veníamos de regreso de las lecturas fantasmagóricas de Marx, Engels y Hegel, una segunda lección de lectura; nos parecía entrar en un mundo de ficción y a su vez de compromiso, puesto que no era una simple forma de entretenimiento egoísta, sino toda una puesta en marcha del arte en defensa de los explotados, de los marginados.

Enrique poseía un envidiable poder de convicción. Apoyado en sus años de teatrero, nos encarreta con el "Teatro Pobre" de Grotowski, cuyo argumento fundamental es lo innecesario de los elementos decorativos para una puesta en escena: ¡que conveniente!, en nuestro caso no se contaba con un solo peso para cumplir con un montaje teatral medianamente decoroso.

Con estas herramientas y mucho de ganas, se inicia otra época dorada de nuestras vidas. Aprovechando que la casa de Jaime había sufrido una remodelación y de la cual quedó libre el sótano (el famoso sótano de las pomadas), este se usó como sitio de ensayo y sagradamente a las dos de la tarde de cada sábado, nos reuníamos con actitud y alegría a compartir siete horas de la vida: calentamiento, ejercicios físicos y vocales, lecturas de obras de teatro de Becket, Sartre y otros más. En ocasiones nos trasladábamos a la mansarda de una vieja casa chapineruna de la 53 con 8^{va}, lugar de habitación de Emilio, en la que cumplíamos las mismas rutinas.

Raulito y Ramiro, siempre invitados, siempre esquivos, preferían llegar a cualquiera de los dos sitios y siempre a las seis de la tarde, con una botella de vino para iniciar la tertulia post-ensayo y la noche de bohemia que incluía caminar por Chapinero, llegar a las salas de teatro populares, todas con tufillo izquierdoso, todos sin excepción teatros pobres, todos dando sus primeros pasos hacia su consolidación como teatro independiente: funciones económicas de diversas obras como “La Madre” de Gorki o, “El innombrable” de Becket, para espectadores en los que se entremezclaban estudiantes universitarios, trabajadores, obreros, sindicalistas y profesores; salas que daban cuenta de un arte popular y comprometido que podía llegar a todas las clases sociales y no el manido teatro de luces de neón, boato y parafernalia, considerado el “arte culto”, impagable para la mayoría de la población.

Logramos, de resaltar, pisar el escenario del Teatro Colón y realizar dos ensayos en esa joya arquitectónica del siglo XVIII; pudimos hacerlo gracias a las gestiones de la mamá de Emilio, quien administraba el teatro, pero que con voz grave advirtió los riesgos que conllevaba un “préstamo” como este. Ingresamos como quien entra a una catedral, al sacro mundo de los

supuestos verdaderos actores y a fe que lo gozamos; obvio que la concesión disfrutada trajo a su vez un acalorado debate filosófico acerca de nuestra presencia en ese sitio, pues era a todas luces una actitud reaccionaria frente a nuestro cuestionamiento de varios años: el arte de y para la élite. El colectivo, luego de la autocrítica, opta por regresar a los “huecos” originales para los ensayos y deja atrás lo acontecido.

Para cerrar este periplo, vale mencionar la única presentación realizada por un grupo de teatro que no tenía recursos, que no tenía nombre y que no tenía futuro. Luego de muchos meses, el montaje al que nos arriesgamos fue “Las Venas Abiertas de América Latina”, adaptación teatral del libro de Eduardo Galeano.

Del trabajo hecho surgieron guiones que obligaban a cada uno de nosotros a desarrollar cuatro y cinco papeles. Roberto, habitante del barrio, vecino de los Alcázares, veterano combatiente y miembro del grupo, gestionó la consecución del vestuario y el préstamo del teatro Casa Vieja, en la 24 con 7^{ma}, espacio de la Jorge Tadeo Lozano en el que se presentaba el grupo de teatro de la universidad dirigido por Quique.

Llegó el gran día, los invitados eran las familias de los actores y unos cuantos amigos; en resumen, se esperaba la asistencia de cien personas, a esa nuestra primera representación, pero en realidad, bien contados, llegaron cerca de cincuenta.

Al levantarse el telón, Emilio aparece caracterizado como el Inca Túpac Amaru y pronuncia con voz engolada la dedicatoria del libro: “Hemos guardado un silencio bastante parecido a la estupidez”; a ello agrega alguna explicación inútil con su permanente muletilla “más todo por lo contrario...”, que arranca sonrisas, por lo semántico, por lo fuera de contexto, pero fue útil para para aflojar tensiones e iniciar la representación.

El libreto, a pesar de haberse depurado lo más posible, resultó en una obra de tres actos, a cuál más largo, que llevó a una representación de cuatro horas con el consiguiente aburrimiento del público, aunque nunca en actitud desesperada, más bien benevolente y que al bajar el telón irrumpió en aplausos que consideramos afectuosos y gentiles. Nadie exigió otra aparición en escena para nuevos aplausos, el público no se levantó a corear el famoso “bravo, bravo”, pero todos y cada uno de nosotros sintió en su corazón que había vivido el mejor momento de su actividad artística y abandonamos con aire de satisfacción las tablas.

Como era imposible quedarnos quietos y habíamos encontrado en la “democracia” otras formas de lucha y nos habíamos adentrado en los vericuetos del arte, apoyamos la loca idea de Álvaro de realizar una muestra de arte alternativo, como respuesta a la recién convocada “Primera muestra de pintores jóvenes”, organizada, creo, por el Museo de Arte Moderno o por Colcultura, pero que a juicio nuestro no era más que lo de siempre, la curaduría por parte de famosos para ayudar a promover otros famosos y que dejaba sin piso el trabajo serio y dedicado de un sinnúmero de jóvenes aspirantes a pintores o escultores, quienes también reclamaban espacios para mostrar su obra.

Aunque la idea no conllevaba riesgo, sí requería logística y discreción, ya que esperábamos montar en calles y carreras aledañas a la Biblioteca Luis Ángel Arango, las obras de los artistas “desclasificados”, era toda una bofetada a la selección que considerábamos estaba mediatizada por las palancas y el dinero.

Dimos la tarea de la organización a Jaime, quien dispuso pagar un aviso en el periódico el “Bogotano”, pasquín amarillista, pero muy leído por universitarios y trabajadores; en él se invitaba a

una “reunión de artistas populares”; a un cónclave de artistas, con el único objeto de conversar sobre cultura. No se esperaba una gran receptividad, pero la sorpresa fue mayúscula, cuando al sótano, al sitio de ensayo del grupo de teatro, llegaron cerca de cincuenta hombres y mujeres con sus lienzos al hombro, con sus caballetes y sus pinturas, a decir presente. Jaime asustado, solo dijo:

– Esta mierda se nos salió de las manos, ¿qué hacemos?

Humberto, un muchacho de provincia, de El Espinal (Tolima), levantó su óleo de 20 cms x 20 cms en las manos y a viva voz dijo a los presentes:

– Respaldamos esta muestra de arte alternativo y vamos a participar, ¿qué hay que hacer?

Nos volvió el alma al cuerpo, dispusimos tinto para todos, nos presentamos de a pocos, dijimos lo que pensábamos, trazamos la estrategia, definimos sitio y hora y sentimos una abrumadora solidaridad.

A las siete de la mañana del día previsto, fueron llegando, de norte a sur, de oriente a occidente, un cúmulo de obras de arte que se fueron desplegando por la carrera cuarta y las calles 11 y 12, de tal manera que los transeúntes debían detenerse obligadamente y observar la exposición callejera más grande vista hasta entonces en la zona de la Candelaria.

Yo aproveché la oportunidad para llevar dos pinturas; el óleo en el que convertí el cartel de la diseñadora Marta Granados, donde se pueden ver los ojos de Bolívar; la otra, un cuadro surrealista sin título, me di el regusto de presentar “mi obra”. Pocas veces volví a pintar, en verdad no era mi fuerte, me retiré de las artes plásticas con más pena que gloria, pero aprendí



a valorar a quienes en un lienzo o en una escultura logran plasmar un sentimiento o contar una historia y comprendí la frase del viejo Sergio: "Aquí pintando el tiempo, uno de los mayores placeres de la vida".

No hubo desalojos a la fuerza, no hubo violencia, tan solo angustia por la ocupación de las vías, por las posibles reseñas periodísticas, por el ruido que podía hacer a quienes detentaban el poder cultural de la época. Por primera y única vez conocimos a doña Gloria Zea, la propietaria de la cultura de aquellos años. Súplicas, que dónde están los organizadores de esta mierda, que quiénes son los responsables, en fin, la palabrería a la orden del día. Jaime, como coordinador logístico y Álvaro como ideólogo de la contramuestra, acceden al diálogo, pero exigen la presencia de Marta Traba, la crítica más importante en la pintura colombiana. Entre tinto y muchas aclaraciones, se llega a un acuerdo; se despejarán las calles y se replanteará una nueva convocatoria más amplia y más democrática para suplir los errores cometidos.

¡Pues no! dejamos claro que, por hoy, las obras que se han tomado las calles, permanecerán expuestas y que la fuerza pública respetará a los artistas y sus obras.

A las cinco de la tarde de aquel día se retira la exposición, los amigos se recogen en el sótano de siempre, se abren botellas de vino y en medio de la euforia compartimos el momento inolvidable en el que hemos aguado la fiesta a los detentadores de la cultura colombiana.

Al calor de las fiebres artísticas, entre ensayos, aquella presentación, la organización y la exposición alterna transcurrió mi época de actor de teatro y defensor de la pintura popular, se consolidaron los romances ya existentes dentro del grupo y se inició otro, el de Elizabeth y Humberto, quienes desaparecieron discretamente de nuestras vidas y hoy los recuerdo con cariño. Alguna fuente me comenta de su matrimonio, de sus dos hijos, de una vida asaz rutinaria, quizás muy feliz.

A Álvaro, siempre lo he descrito como artesano, al mejor estilo de los inicios del siglo pasado, no era estudiante de ninguna universidad, empírico en mil cosas y experto en ninguna, pero entregado a la causa anarquista, contestatario y leal con la amistad y comprometido con la destrucción del orden establecido; permaneció cerca de nosotros por varios años más, aunque su actitud era cada vez más hacia la rumba que hacia la defensa de algunos principios filosóficos; obsequió a Jaime el cuadro que llevó a la muestra paralela, "El idiota", un óleo hermoso, de una depurada técnica y que adorna una de las paredes de su apartamento. Tere lo vio hace algunos años, había sufrido un derrame cerebral, su salud estaba muy deteriorada y el ánimo bajo. Jaime se lo topó en Usaquéen en el 89, laboraba en cosas de diseño, elaboración e impresión de textos. Álvaro acompañó solidariamente esta época romántica y sin duda fue clave en algunos de nuestros viajes al fondo del abismo.

Roberto, nuestro mecenas criollo, estudioso como pocos, continuó una preparación académica sin fin. El optómetra, médico y oftalmólogo nunca aceptó alinearse a un grupo político, no aceptó la postulación para alcalde de un municipio boyacense, mantuvo una postura abstencionista como forma de resistencia al establecimiento, aún hoy se resiste; prefirió entregarse a su labor de médico, un convencido y entregado médico rural

de su pueblo natal; siguió su camino, sin angustias económicas, pero con dudas existenciales; todavía manda saludos.



Algunos "extras"; otros actores y actrices "naturales": Elisa, Susana, Doris, Rafa, Alexandra, Adelia, Roberto, Yolanda...

Con nuestro director Quique Bautista nos vimos ocasionalmente en los años siguientes, reapareció con ocasión de la celebración de los quince años de la boda de Jaime y Tere y nos lo topamos una que otra vez en tertuliaderos o eventos políticos; siempre con una mochila arhuaca llena de libros y papeles, todos relacionados con el teatro. Hubo amagues de acercamiento, resurgieron sentimientos de camaradería y afecto, pero ya era tarde para reanudar un trabajo conjunto o disfrutar desprevenidamente de la amistad.

La asunción de esta nueva etapa, el asumir la civilidad, implicaba también participar de los nacientes movimientos que propugnaban por un mejor país; situación muy complicada porque a pesar de los golpes recibidos y de entender la necesidad de la participación, había una filosofía de base en la que no encajaba el proceso electoral, o mejor, electorero; sin embargo, junto con un buen sector de la izquierda no propiamente marxista, se en-

contró una salida, se fundó el movimiento Firmes, con el fin de proponer un programa político alejado del dogmatismo y sectarismo de los grupos tradicionales de esa tendencia política en Colombia, un movimiento que estaba preocupado por la opción de masas, por la opción política.

Firmes fue la única opción para los años 75 y siguientes. En ese movimiento participaban desde liberales hasta militantes de la Anapo (Alianza Nacional Popular), pasando por gente afín con la lucha armada y por personas de los medios de comunicación. El movimiento no duró mucho, no tuvo eco, no tenía cómo respaldarse en luchas concretas de masas; podría decirse que fue un movimiento de intelectuales, no tenía bases populares, pero fue un importante aporte desde el punto de vista de la teoría.

La división tradicional de la izquierda colombiana en diferentes partidos y movimientos, encabezados por la UNO y el MOIR, llevó a que esta tendencia redujera su votación y su participación parlamentaria en las elecciones de 1978. Los escasos militantes de Firmes se encontraron de nuevo a la deriva y, peor aún, divididos.

Esa situación llevó a un debate sobre la unidad de la izquierda liderado por la revista *Alternativa*, la cual propuso una consulta ciudadana para presionar ese propósito. Aunque la consulta nunca se realizó, la reunión de cerca de 430 mil firmas señalaba la urgente necesidad de ampliar el espectro político en el país y crear un movimiento que aglutinara a los diferentes sectores de la oposición.

Es así como para los comicios de 1982, Firmes integró una coalición denominada Frente Democrático junto con los sectores anapistas, comunistas e independientes que cuatro años atrás se habían presentado a las elecciones, como la Unión Nacional de Oposición. Este grupo obtuvo una curul en

el Senado en cabeza del profesor Gerardo Molina y otra en la Cámara de Representantes para el dirigente comunista, Gilberto Vieira; sin embargo, la propuesta del Frente Democrático fue incapaz de consolidar una base electoral estable. Según el historiador Jorge Orlando Melo:

Esto se debió a que la mayoría de grupos de izquierda de la época en Colombia dependían de centros internacionales de poder (Rusia, China, Cuba), poseían estructuras cerradas y autoritarias, formulaciones dogmáticas y en general carecían de un programa político coherente.

Con tan escasos resultados electorales, Firmes y el Frente Democrático desaparecen paulatinamente y nos vemos inermes durante cuatro años, hasta 1986, año en el que aparece en el horizonte un movimiento al cual nos entregarnos: el Movimiento por la Vida. Movimiento amplio y democrático que pretende sensibilizar a la población acerca del conflicto que vive el país y el comportamiento de la sociedad: cambiar la dialéctica de la guerra y la violencia tan enquistadas en nuestro diario vivir, como que corresponden, a una ya muy larga tradición de intolerancia, que se remonta hasta los mismos orígenes de nuestra nacionalidad.

En dicho movimiento conocemos a dos valiosas luchadoras sociales: Sonia Eljach y Yolanda Zuluaga, amigas personales de Jaime y con fuertes lazos en lo político y lo humano. Con ellas y con muchos compañeros más empezamos a trabajar en la campaña “Viva la Ciudadanía”, la cual es resultado de la unión de diez organizaciones no gubernamentales sobre la base de un acuerdo programático para trabajar “por la democracia, la vigencia de los derechos humanos y los derechos de los pueblos”, ello vino a desarrollarse en torno a la Asamblea Nacional Constituyente de 1991 y ocupó de manera preponderante la escena nacional de aquellos años.

Convencidos de que la convocatoria a una Asamblea Nacional tenía tintes diferentes a un simple proceso electoral que la participación de ciudadanos con principios democráticos, que podía dar como resultado una forma diferente de afrontar las situaciones sociales del país y que una nueva constitución refrescaba la política y daba un aire a la participación de diversos sectores políticos en el quehacer de la sociedad, definimos que era una buena oportunidad para apoyar varios nombres que por su transparencia, dedicación y honestidad merecían alcanzar un asiento en dicha asamblea. El primer nombre que creímos cumplía con tales condiciones fue el líder del colectivo de abogados defensores de los derechos humanos y abogado de víctimas del conflicto: Eduardo Umaña Mendoza.

Así, regresamos a la actividad política, revivimos las largas jornadas de pintar paredes, de repartir volantes, de visitar barrios, de hacer colectas, todo para llevar a Eduardo a la Asamblea Constituyente. En una vieja, alquilada y destartalada volqueta, los Hernández, los Rubio, los Molina y los Álvarez, todos armados de engrudo, afiches y escobas, recorrimos y empapelamos con la foto del candidato Los Alcázares, el 12 de Octubre, Santa Sofía, y otros barrios vecinos.

Patricia y el pequeño Camilo Eduardo, Olga María, Fernando, Marito, Ana María, Jesusita, la Nena y hasta doña Olga se “botaban”, literalmente, saltaban atléticamente del vehículo y en cuestión de segundos, postes y paredes eran adornados con *publicidad política no pagada*. Los abstencionistas, los que durante años habíamos enfrentado al Estado, denostado la democracia, nos la jugamos decididamente en la creencia sincera de que era una oportunidad única para cambiar la Constitución y las corruptas prácticas clientelistas; sin embargo, eran tantos y tantos los años retando al Estado que cuando fuimos a votar,

el candidato no tenía la cédula inscrita y nosotros tampoco. No se logró el escaño, no nos contaron el voto o a lo mejor no queríamos ser contados...

De nuevo en la orilla, repasando una vida llena de equivocaciones, desordenada, caótica, en una desesperada búsqueda de la verdad y de nuevo sin saber en qué invertir nuestras energías, tensiones profundas y contradictorias, el país hacia el desbarrancadero: la corrupción, el clientelismo, la descomposición, la guerra en el campo, la guerrilla, los paramilitares a la orden del día.

Tere se reúne con algunos reductos de militantes de la vieja guardia, con intelectuales, con investigadores y con luchadores que comparten la necesidad de abrir otros escenarios en los cuales se pueda vislumbrar una salida al conflicto. En 1993, se organiza el primer Encuentro Nacional de Iniciativas contra la Guerra y por la Paz, sus ejes: la paz, la civilidad y la democracia. De allí surge Redepaz y entonces llegamos nosotros. Luego, vinieron otros momentos en estos pasitos democráticos, la semana por la paz, las marchas por las víctimas y las jornadas contra la violencia.

Creo que después de esto no hay mucho más que decir, cada cual siguió su camino, sin recusaciones, sin dilemas y sin interrogantes. Resulta inútil hablar de los años que siguieron en el camino político de cada uno e incluso soy atrevido al afirmar que nuestro tránsito por la vida política del país ha sido digno; es innegable además que en todo hombre se juntan las épocas remotas, la inercia, los errores, las pasiones, las urgencias de nuestro tiempo y la velocidad de la historia.

El lector comprenderá que el mundo de nuestros veinte años era el de 1976, un año convulso durante el cual nuestra ciudad y nuestro barrio entraban en el despertar de una conciencia co-

lectiva. Era muy difícil no ser de izquierda en mi juventud, pero la izquierda te empujaba hacia un marxismo sectario.

“Estos breves relatos resumen el ir y venir, nos susurran al oído quiénes somos. Estos relatos nos recuerdan donde hemos resbalado. Estos relatos nos permiten reducir la distancia infranqueable y cruel que nos separa de lo que fuimos y son por eso el único anuncio que tenemos de lo que podemos ser”.

Estoy tan lejos de la mayor parte de las ideas pregonadas durante años, que siento, al reexaminarlas, la misma tierna ironía con la que miramos las viejas fotos familiares. Cuántas ilusiones se advierten allí que han sido quemadas por el frío de las tormentas, por los engaños y las muertes de tantas doctrinas y seres que queríamos.

“Es claro que ningún proceso social tiene un seguro contra el error, pero intentar siempre los cambios es el único seguro contra el horror, aunque al cabo de cierto tiempo, no quede más que la incomodidad y algunos tirones de nostalgia que nunca cejaran y cuando me consume el aburrimiento, recuerdo los tiempos en que fui revolucionario”.

Germán Espinosa, ese gran escritor cartagenero, el autor de la Tejedora de Coronas, sí, ese mismo, el que tuvo que vivir a la sombra de García Márquez, el que no pudo brillar con luz propia, siempre opacado, siempre vituperado, uno de esos literatos abandonados a su suerte, es mi invitado de lujo para recrear este regreso, este viaje de retorno y en su poema “Prosa de los desencantados”, habla claro.

“Estábamos tan ciertos de componer el mundo, jugábamos a la revolución, asustábamos a la gente, nos dejábamos largas melenas, odiábamos lo convencional, íbamos a conmovir los

*fundamentos de todo, arreglaríamos esta cuestión para siempre...
No compusimos nada, el tiempo nos fue arrinconando como a
sedimentos pesados en un riachuelo de suave corriente".*

*"Día a día seremos más un estorbo para los que están ciertos de
componer el mundo, los que juegan a la revolución y nos asustan y
se dejan largas melenas y odian lo convencional y van a conmovier
los fundamentos de todo, van a arreglar para siempre el problema
que sigue en pie".*

De lectura y escritura

Poco importa la edad o la experiencia cuando se debe enfrentar el fantasma más temido: la agonía matinal frente a la hoja en blanco, da igual. Sin vergüenza es el momento de apoyarse en otros, en quienes nos han dado minutos y horas de solaz, de alegría y nos han puesto a vivir en mundos insospechados. Ese es mi caso con Vargas Llosa, lo leí deslumbrado a los quince años y desde allí he seguido su rastro en lo político y en lo literario. Lo pude ver y escuchar en la presentación de alguno de sus libros, estreché por una única vez su mano, esa con la que escribió “La Ciudad y los Perros”, autografió la edición que tímidamente portaba bajo el brazo, parecía no tener prisa, sonrió como siempre, con benevolencia y escribió: “Para Rafael, un alumno más del Leoncio Prado; toma, lee”. Comprendí entonces que él aceptaría ser báculo en esta prueba, e incluso, que era la única oportunidad que tendría en la vida de rendirle homenaje, parafraseando en este pretencioso ejercicio de escritor,

apartes de una obra que consigna su amor por la lectura y la escritura; me arrebató también la certeza cuidadosamente cosechada durante décadas que su generosidad sin límites aprobará estas líneas que se desprenden de sus escritos y que fluyen de muy dentro de mi corazón.

Mario: Todos tenemos algo en común...

Al igual que tú, aprendí a leer a los cinco años, pero en la clase del hermano Abel, en el colegio Liceo de la Salle en Bogotá.

“Es la cosa más importante que me ha pasado en la vida, traducir las palabras de los libros en imágenes enriqueció mi vida rompiendo las barreras del tiempo y el espacio y permitiéndome viajar por mundos insospechados y conocer a través de las palabras de otros, las historias y las anécdotas de formación del mundo”.

“La lectura convertía el sueño en vida y la vida en sueño y ponía al alcance del pedacito de hombre que era yo, el universo de la literatura. Las primeras cosas escritas no son sino la continuación de las historias leídas, la repetición de lo escrito por otros, de lo que me gustaba y grababa en el cerebro y en el corazón”.

Mi amor por la palabra comenzó cuando oí hablar a mis padres, pero también cuando los oí callar y quise descifrar o, más exactamente, deletrear su silencio...



Rafael y Rosario

Me gustaría que Rosario estuviera aquí, ella solía emocionarse y llorar leyendo los poemas de Guillermo Valencia, Amado Nervo, Eduardo Carranza, y también Rafael, quien recitaba con suficiencia los

poemas de Julio Flórez, Juan de Dios Pesa o el Indio Duarte. Sus discos de acetato sonaban incansablemente en la vieja radiola de nuestra casa, los colocaba a diario para memorizar cada verso y luego los repetía infatigablemente para alcanzar el mismo deajo y la misma entonación del declamador.

Ambos, a su manera, se deleitaban en la escritura; mi madre, orgullosa de su apellido, de ese Duque de Béjar al que Cervantes había inmortalizado dedicándole el Quijote, sentía como una herencia mágica la escritura y redactaba a mano las esquelas de colegio, tarjetas de cumpleaños a sus hijos y amigas, mensajes navideños, cartas de viajes, todo, como si estuviera escribiendo un poema. Por su parte, mi padre se sentaba por horas a transcribir de manera impresionantemente rápida y en una vieja máquina de escribir, poemas, cartas, discursos de muchos famosos y creo que interiormente pensaba que eran de su autoría.

Lamento mucho que no propugnaran que mi pasión por la lectura la volcara hacia la escritura, lo comprendo con el paso del tiempo, ya que en épocas tan pacatas y conservadoras, el hecho de escribir era un acto secreto del que se evitaba hablar y, peor aún, darlo a conocer a personas cercanas por el riesgo terrible de ser objeto de críticas o de burlas. Tales hechos impedían producir de manera formal, y por tanto las palabras, los versos, las líneas escritas con fruición, se quedaron escondidas en el baúl de los recuerdos o fueron destruidas sin clemencia antes de ver la luz.

Tanto me querían que discretamente me alentaban y me contagiaban su fe cuando dudaba. Gracias a ellos y sin duda también a mi terquedad y algo de suerte, he podido dedicar buena parte de mi tiempo a esta pasión, vicio y maravilla que es escribir,

crear una vida paralela donde refugiarnos contra la adversidad, que vuelve natural lo extraordinario y extraordinario lo natural, disipa el caos y embellece lo feo.

De niño, soñaba con llegar algún día a París, estaba deslumbrado con la literatura europea y con las historias de los primeros escritores latinoamericanos que emigraron allí para escribir y publicar sus novelas, creía que vivir allí y respirar el aire que respiraron Balzac, Baudelaire, Proust o más cercanos como Fuentes, Benedetti, Mutis y tantos otros, me ayudaría a convertirme en un verdadero escritor y pensaba que si no salía del país solo sería un escritor de domingos y fiestas de guardar.

Creo que tenía tan arraigada esa convicción que no logré siquiera ser el escritor de domingos y feriados; creía a pie juntillas que sin dar el salto al otro mundo estaba condenado a no escribir una línea. La historia me demostró cuan equivocado estaba, que un verso hermoso o un párrafo sesudo no tienen país de nacimiento, sino que nacen en la cafetería, en el bar, en la escuela, en un baño; pero... ¡ya era tarde!

Conocí Europa a través de mi colección de estampillas, el iniciado filatelista contaba con un álbum regalado por su padre en el que pegaba una a una las estampillas que pedía a cuanta persona conocía, era la época de las cartas, de los quince días y hasta un mes esperando ansioso una respuesta. Las hermosas y diminutas imágenes mostraban la existencia de otros mundos, cada estampilla me llevaba a conocer y vivir en otro país.

Días después de la muerte de mi padre, sumido en una gran tristeza, llevando bajo el brazo el querido álbum, entré al viejo Ramón Antigua de la 85, los boleros de Daniel Santos, algunos poemas de Neruda, ebrio de melancolía y nada de dinero, entregué como forma de pago mi última posesión, la herencia

que me dejaba el viejo Rafael, entregué lo que me quedaba de las ilusiones europeas, *calladamente... entregué la vida.*

Físicamente llegué a París con Carmen Elena 45 años después y en un plan de turista que solo tiene tiempo para recorrer apresuradamente barrios y construcciones que eran el paradigma de mi infancia y adolescencia; ingresé a los prostíbulos en los que Toulouse Lautrec, el enano genial, trazó con su pincel algunas de las obras pictóricas más deslumbrantes; recorrí Montmartre y Montparnasse, corazón de la vida intelectual y artística parisina, el guía me señaló las pensiones que habitaron mis ídolos y las cafeterías en las que se escribieron obras monumentales. Vibré de emoción al recorrer los caminos de mis autores favoritos, aunque ello no tenía más sentido que el de la cruda realidad: ni había sido escritor, ni había logrado vivir la bohemia francesa de la que se jactaban mis íconos literarios, ni tampoco había publicado un cuento largo, una novela corta, un minicuento, una selección de poemas, ni algo que valiera la pena.



Rocío

El paraíso de la infancia no es para mí un mito literario sino una realidad que viví y gocé en la casa familiar de dos pisos, un gran patio y recovecos donde con mi hermana Rocío podía reproducir las historias de Tarzán, el Llanero Solitario o el Doctor Kildare. Estoy cierto de que al cumplir 11 años todo cambió. Perdí la inocencia y descubrí la soledad, la autoridad, la vida adulta y el miedo.

Entonces los libros no leídos de niño fueron los libros con los que tropecé de adulto. El niño que fui hasta los 11 años y no leyó un solo libro, quiso en adelante leerse todos los libros, quimera que alimenta todo adulto para aceptar que no se leen todos los libros, que como escribió Borges, *se lee para el olvido*.

Posiblemente no haya un hecho contundente que sea la causa de este despertar a una prematura vida adulta, pero la unión de cosas vividas en esa época, tales como hablar de revolución, sexo, cigarrillo y rumba fueron el detonante de la situación, y es que en realidad, tener como primeros amigos a mis vecinos obligaba a asumir una posición en que los más mínimos detalles de amor o de ternura con mis padres y mi hermana se debían dejar de lado para ser acogido por la manada, o la gallada, como le decíamos en esa época al grupito de niños que íbamos y veníamos por las calles del barrio. Incluso la burla frente al hecho cierto de tener que regresar temprano a casa o el pedir permiso para prolongar por unas horas la tertulia era catalogado como una forma de dependencia, de infantilismo; rebelarse a los padres era un mandato obligado para recibir la aceptación grupal.

Cuando el rebelde perdía con sus padres la batalla de la independencia, tenía una salvación: leer, leer los buenos libros y refugiarse en esos mundos donde vivir era excitante, intenso, una aventura tras otra, donde podía sentirse libre y volvía a ser feliz.

Mi padre, lector no voraz, pero sí muy romántico y soñador, me regaló los primeros libros; me dio a seleccionar algunos de catálogos del Círculo de Lectores y en los que maravillado vi carátulas de cientos de libros; la inocencia los escogía más por la bella ilustración que por el contenido. Así, llegué a libros de médicos, piratas, cuentos de caballería y viví sus vidas, las de los héroes, las de aquellos que salvaban vidas, obtenían el tesoro y conquistaban a las más hermosas damiselas.

Luego vino una colección editada por el Instituto Colombiano de Cultura, o eso creo, en la que aparecían cada semana pequeños textos, simples en su edición, coloridos en el diseño y mi padre sin falta me daba el que salía cada ocho días y que era devorado inmediatamente; ese es el recuerdo más vívido que tengo de mi padre, son muchas más cosas, pero creo que él me envió a la lectura, tal vez sin proponérselo, y me dio a su vez el método más simple para pasar las horas más felices.

Con el tiempo, vinieron los momentos de escribir en secreto, como quien se entrega a un vicio inconfesable, a una pasión prohibida. La literatura dejó de ser un juego, se volvió una manera de resistir la adversidad, de protestar, de rebelarme, de escapar a lo intolerable y mi razón de vivir. Desde entonces y hasta ahora, en todas las circunstancias en que me he sentido abatido o golpeado, a orillas de la desesperación, me he entregado en cuerpo y alma a mi trabajo de fabulador, ha sido la luz que me señala la salida del túnel, *la tabla de salvación que lleva al naufrago a la playa*.

La "producción" de tantos años y de manera resumida solo merece un adjetivo: fracasada. Los artículos enviados a diarios, los dos cuentos presentados a concursos literarios y la única novela, solo recibieron una larguísima nota de rechazo y, obviamente, no fueron publicados. Por el contrario, los libros acerca del acontecer de mi profesión sí fueron publicados, aunque mi ego se vio pisoteado al verlos un día cualquiera en un puesto de libros usados, como obsequio por la compra del almanaque Bristol; la pluma de José Emilio Pacheco no me deja mentir acerca de mi amargura: "Fracasé, fue mi culpa y lo reconozco, pero en manera alguna pido perdón o indulgencia, eso me pasa por intentar lo imposible". ¿Por qué?, ¿por qué lacerarme de esa forma? Porque la intencionalidad de su escritura era movilizar

tesis, generar opinión, contribuir al mejoramiento de una profesión, unir intereses comunes, impedir que hombres y mujeres sucumbamos al letargo, al ensimismamiento, a la resignación.

Es justo decir que en un principio fueron bien recibidos por la comunidad profesional; sin embargo, el rencor de los despechados impidió que se constituyeran en herramientas para el cambio, que fueran divulgados, que fueran adecuadamente apropiados y que tuvieran el efecto esperado. Corrijo, sí tuvieron efectos y sí dejaron secuelas: enemigos feroces, contradictores amargados y conseguí por esa vía lo imposible, la unidad: que medio gremio se indignara con la osadía y el otro medio desestimara las opiniones. Hoy, sin vergüenza y a manera de consuelo, debo reconocer socarronamente que aquellos libros fueron la particular excusa para traslapar entre aspectos técnicos y académicos, el tinte literario, el verso, el autor, las experiencias humanas y las pequeñas arrogancias poéticas que me seducen.

A veces pienso que es idiota tener esta ambición de ser un hacedor más o menos mediocre de frases, pero gracias a mi alta dosis de tolerancia al fracaso, continuó ese proceso nunca interrumpido, aunque me cueste mucho trabajo, me haga sudar la gota gorda, sienta ocasionalmente la amenaza de la parálisis, la sequía de la imaginación, nada me ha hecho gozar tanto como pasar-me las horas y los días construyendo una historia, un editorial, un artículo, escribiendo un prólogo, un discurso de graduación o, como en este caso, haciendo de unos borradores ajados, una verdadera crónica.

Hacer de la primera palabra esa imagen que la memoria almacena de alguna experiencia vivida, su germinación como proyecto, fantasear con su desarrollo y verla convertida en historia, es un riesgo que vale la pena correr: dígalo Neruda

"...son las palabras las que cantan, las que suben y bajan... me prosterno ante ellas... las amo, las adhiero, las persigo, las muerdo, las derrito. Amo tanto las palabras, las inesperadas, las que glotonamente se esperan, se escuchan, hasta que de pronto caen... vocablos amados".

Si escribimos es para reapropiarnos de la vida, para ser quienes somos realmente, para que los demás no nos escriban. La literatura es el principal instrumento que conozco para llegar a ser verdad. No lo que los demás creen que soy o quieren que yo sea, sino para alcanzar aquello que soy realmente. Es un instrumento de libertad personal. Lo hago para ser yo.

"Escribir es una manera de vivir con ilusión y alegría y un fuego chisporroteante en la cabeza, peleando con las palabras díscolas hasta amaestrarlas. La lectura nos desagradia de los reveses y frustraciones que nos infringe la vida verdadera y gracias a ella desciframos, al menos parcialmente, el jeroglífico que suele ser la existencia para la gran mayoría de los seres humanos, principalmente aquellos que alentamos más dudas que certezas y confesamos nuestra perplejidad ante temas como la trascendencia, el destino individual y colectivo, el alma, el sentido o el sinsentido de la historia, el más acá y el más allá del conocimiento racional".

Escribir nunca ha sido fácil y para mí ha sido más esforzado de lo que tal vez podría parecer. Muchas, muchas horas he dedicado a este escrito, a este oficio, en una lucha terrible por vencer miedos e incertidumbres que lo abarcan todo, desde la elección sobre los aspectos de mi realidad que he querido reflejar hasta el encuentro de la palabra más adecuada para conseguir expresar del mejor y más bello modo posible esa realidad reflejada. Con el tiempo he pensado que es esta la verdadera razón

por la que los escritores hablan sobre los lugares de su infancia y adolescencia y aún de su temprana juventud.

En el reducido espacio del apartamento se pueden observar las cuatro paredes cubiertas de libros apretados en unos anaqueles que parecen a punto de reventar. Entre los libros de esa biblioteca hay alguno que ya nunca abriré. La cantidad de libros no es una forma de exhibicionismo, sino que los libros forman parte esencial de mi vida cotidiana, de una vida hecha de amor por las letras, feroz disciplina de trabajo, devoción y esperanza en el hombre.

Vuelvo a ver a mis compañeros de infancia y de viaje y tengo la certeza de que todos pensamos lo mismo. En suma, para vivir y para sobrevivir. Por esto, porque estoy vivo todavía, escribo ahora estas líneas. Escribo para los amigos que no conozco, los que conozco ya están hartos de escucharme y en eso me respalda la poeta polaca Wislawa Szymborska: *Prefiero la ridiculez de escribir versos, que la ridiculez de no hacerlo (...)*.

De recuerdos... de eso está hecha la vida, de recuerdos

“El mundo no está hecho de átomos, el mundo está hecho de historias. Son las historias las que permiten convertir el pasado en presente y las que también permiten convertir lo distante en cercano”.

Eduardo Galeano



De izquierda a derecha:

*Gabriel, Rafael, Myriam, Mono Castañeda, Consuelo, Raúl;
inclinado: Ramiro*

Me acabo de levantar, pronto serán las cinco de la madrugada, trato de no hacer ruido, voy a la cocina y me hago una taza de tinto, prendo el primer cigarrillo del día mientras intento recordar fragmentos de mis semisueños, esos que a estos 61 años se me presentan intemporales, mezclados con recuerdos de la infancia.

“Siempre tuve buena memoria, siempre tuve esa ventaja; eso permite recordar, quizás lo más grande que nos ha sucedido en la vida, lo que tiene algún significado profundo, lo que ha sido decisivo, en este complejo, contradictorio e inexplicable viaje hacia la muerte que es la vida de cualquiera”.

Salvo algunas modificaciones, con este párrafo, Ernesto Sábato da inicio a uno de sus mejores libros:

“...es ante todo un libro para recordar recordarnos. Para recordar lo que habíamos soñado hacer con nuestras vidas y recordarnos en aquellos instantes en los que la felicidad nos tocó la piel como un viento fugaz. Es la historia cargada de nostalgia y lucidez de todos aquellos que hemos pisado el planeta con la extrañeza pintada en el rostro e ignorando que era lo que debía hacerse en ese breve tiempo que precede a la muerte y en el que todo sucede como en un sueño o en una pesadilla”.

Espero sea suficiente ilustración de lo importante que es *recordar recordarnos*. Soy uno de esos lectores que de vez en cuando copian extensos pasajes de los libros que leen. Hallo estas citas por todas partes siempre que reviso mis cosas. Nunca están a mi lado por fortuna o por desgracia. A veces dedico días enteros a tratar de recordar dónde las habré guardado.

Hoy en particular recuerdo que Martín Caparrós escribió algo sobre los recuerdos...

“Yo recuerdo cuando los hombres no nos besábamos. Recuerdo cuando la televisión tenía cuatro canales en riguroso blanco y negro. Recuerdo cuando un porro de marihuana era una novedad aterradora. Recuerdo cuando una computadora era un delirio de las películas de ciencia ficción. Recuerdo cuando el mundo iba a ser mucho mejor. Recuerdo cuando las mujeres no usaban pantalones y usar un bluyín era una muestra de rebeldía casi intolerable”.

“Recuerdo cuando los ricos tenían apellidos que sonaban a mierda. Recuerdo cuando tomar un avión era un evento extraordinario. Recuerdo cuando los curas decían misa en latín. Recuerdo cuando había mujeres vírgenes. Recuerdo cuando los jóvenes debutaban con putas. Recuerdo cuando el Che Guevara era un guerrillero que iba a ganar una revolución en algún lado. Recuerdo cuando los diarios y las revistas estaban escritos en castellano. Recuerdo cuando el pelo largo por encima del cuello de la camisa era causa de suspensión en el colegio. Recuerdo cuando la palabra pedorro no existía y Mouse era el apellido de un tal Mickey”.

“Recuerdo cuando gay se decía marica o maricón y era una condición que se escondía. Recuerdo cuando los equipos de fútbol no podían hacer cambios. Recuerdo cuando el pasado era un desastre. Recuerdo cuando era más fácil ver un caballo de carreras en la calle que una teta en el cine. Recuerdo cuando los restaurantes vendían cuchuco, bandeja paisa o tamales y ni siquiera se conocían las hamburguesas”.

Al igual que Caparrós empiezo a recordar y recuerdo cuando la mamadera de gallo a algún amigo era simplemente eso, una “montadera” y no el pregonado modernamente “bullying” y que obliga a tratamiento por psicólogo a siquiatra; ¡no!, era solo eso, “montadera”, y nos defendíamos como gato patas arriba de lo que eso fuera, pareciera o significara; y pienso en “Mono” y creo

que fue objeto de burlas, de “montadera”, no necesitó atención especializada, ni terapia, ni nada. Definitivamente, era otra época; y recuerdo cuando el mundo se dividió en dos, el comunismo o el capitalismo, el imperialismo norteamericano o el imperialismo soviético y esa división ideológica llega incluso a permear el juego ciencia: el ajedrez.

El año 72 trae la que fue llamada “la partida del siglo”; dos grandes jugadores enfrentados por alcanzar una supremacía deportiva son manipulados por la política; los niños de entonces, aquellas cabecitas que no terminaban de entender la geopolítica, también fueron manoseados, se les pedía que definieran quienes a su juicio eran los buenos y quienes los malos.

Las fichas no eran los alfiles o los peones, las fichas no eran Fisher ni Spassky, las fichas éramos nosotros que debíamos decidir entre este y oeste. Inocentes, participamos del aquelarre; desarrollamos algunas capacidades de juego; sentadas eternas para jugar partidas de cuatro, cinco y hasta ocho horas, acompañados de olladas de tinto (no había termos), un ambiente lleno de humo... y Capablanca y Tal “el mago de Riga” y el mate pastor se pusieron a la orden del día. Aprendimos de aperturas, del medio juego, de finales; no resolvimos nada, nos dejamos manipular, nos divertimos.

Recuerdo como si fuera hoy la noche del juego que ahora llaman “blackjack” y que para nosotros era simplemente veintiuna, se validaba el chipolo, el veinte y medio, el cambio de cartas con 12; las apuestas: centavos, birrias y esa noche trago para todos, la alegría desparramada y todo en paz hasta que sucede lo inesperado; Gabriel tiene la “talla”, reparte las cartas, uno de los jugadores, creo que es Ramiro, pide otra carta, otra, otra, y pide hasta que logra una mano de aquellas que difícilmente se repiten y lo grita desafortunadamente.

- Veintiuna, cinco cartas

Se nos olvida que estamos reunidos en casa de Gabriel, el siempre triunfador, el siempre ganador, difícil cuando empataba, imagínenlo como perdedor... El coro de los presentes, no se hace esperar: ¡veintiuna, cinco cartas!, ¡veintiuna, cinco cartas! y la soberbia y la intemperancia se asoman.

- Veintiuna, cinco cartas, se salen de esta casa.

¡Y nos echó! Nos echó sin lugar a solución, sin dar tiempo de aclarar nada. Fue su forma de decir:

- ¡En mi casa solo gano yo!, mejor aún, en mi casa se hace lo que yo diga.

Nos desternillamos de la risa, quedamos sorprendidos y con algo de enfado ante una actitud que reñía con los principios de la amistad. Enrumbamos al barrio 7 de Agosto, único sitio en el que podríamos encontrar licor a las dos de la madrugada. Destapamos una de las botellas, regresamos dando largos sorbos, hablamos sobre lo sucedido y decidimos que el retorno a casa de Gabriel, un poco en serio, mucho en broma, era obligado. A las tres de la mañana chiflamos como nunca al ver las luces encendidas, enarbolamos nuestros pañuelos blancos en señal de paz, Gabriel abrió con una cara de molestia terrible que desapareció al ver los pañuelos... y el trago; nos invitó a pasar, nos confundimos en un abrazo, pusimos algo de música y no se habló más del asunto. Ninguno dijo una palabra más ese día; con el tiempo se tornó tema obligado en cada reunión y en cada ocasión la anécdota se aderezaba con nuevas mentiras.

“La ciudad nos separa, las distancias, los malos medios de transporte. Los teatros se sienten cada vez más remotos; los cines, más extraños; no existen cafés y probablemente ya no se hagan ni

fiestas, porque las amistades han ido también desmoronándose y hay algo muy triste, muy triste en esto y cada quien está cada vez más solo, imaginando agravios ajenos o quien sabe qué cosas sin atreverse a decirlas”.

Recuerdo que en mi juventud, como muchos compañeros de mi generación fui marxista y creía a pie juntillas que el socialismo sería el remedio para la explotación y las injusticias sociales que arreciaban en mi país, en América Latina y el resto del tercer mundo. Mi decepción del estatismo y colectivismo y mi tránsito hacia el demócrata y el liberal que soy, que trato de ser, ha sido largo, difícil y se llevó a cabo lentamente y a raíz de episodios en apariencia tan disímiles como la distorsión de la revolución cubana que me había entusiasmado al principio pasando a ser idéntica al modelo autoritario y vertical de la Unión Soviética; el testimonio de los disidentes que conseguían escurrirse entre las alambradas de los Gulag, la invasión a Checoslovaquia.

Todos esos encuentros y descubrimientos se confundían inmediatamente con las imágenes y las teorías que brotaban de nuestras desordenadas lecturas y conversaciones; leíamos de noche los catecismos marxistas, al día siguiente nos hundíamos en la lectura de las páginas de Kafka, Mutis y Onetti.

Los textos de Madariaga, de Fucik, de Gorki, de Habermas, las notas sobre literatura de Trotski, libros y más libros que insuflaban la energía revolucionaria, válidos en un momento de la vida, válidos para que el germen revolucionario despertara y me llevara al paroxismo frenético de un verdadero revolucionario, perdieron fuerza, se fueron diluyendo con el tiempo, se alejaron en la sombra creciente del recuerdo.

Recuerdo de nuevo la quema de literatura de hace tantísimos años, ¡cuánto duele recordar este momento!, afortunadamente

conservo algunos textos que no cayeron en la dichosa quema. Los conservo en mi nueva pequeña biblioteca, me han acompañado en cada trasteo, cuánto apego sentimental para cargarlos de lado a lado, de casa en casa, durante 45 años. Tomo un libro tras otro, los abro: la mayoría conserva entre sus páginas el olor de épocas pretéritas. Un aroma muy especial, descubrimientos profundos y emociones desatadas que, entre cubierta y cubierta, llevan mucho tiempo sumidos en un apacible sueño.

Para entender a un hombre, hay que entender el mundo de sus veinte años.

Mi mundo, el mundo de mis 20 años, fumé marihuana y me descerebraba con alcohol cada vez que podía con mis amigotes. Quería ver tetas e hice cosas de las que ahora no me enorgullezco; empeñé mucho, mucho tiempo en eso, pero leía. No sé, en esos tiempos lo importante era discutir, especular, quedar picados para buscar después el dato inútil. Interesaba eso: buscar.

¿Qué se debe recordar? Creo que algunas de las más significativas experiencias vividas durante la infancia, pues estos son los años esenciales. La dinámica y las particularidades propias de ese entramado de relaciones y disputas. Relaciones como las sostenidas ingenuamente con las niñas del barrio, esos primeros roces de labios, esas primeras caricias, esas primeras citas en las esquinas, esos primeros papelitos cruzados, esas primeras cartas de amor, esos mensajes que llevan y traen los amigos, algunos de los cuales no tienen respuesta y que, si la llegaren a tener, escrita en tinta negra para resaltar lo escrito dicen algo como:

- Mejor sigamos de amigos
- Déjeme pensarlo y mañana le contesto

Los juegos sin pretensiones, el beso robado, la botella, aquel primer baile con el deseo infinito de tener cerca a esa personita que te roba el sueño, jugar a las escondidas... pero en parejas y cada cual se acomodaba para estar al lado de su sueño juvenil y entonces no importaba perder, la demora era justificada, el tonto al que correspondía buscar estaba comprado con monedas o simplemente era el amigo cómplice, no debía acercarse a los antejardines previamente pactados, era el momento de "echar el cuento", de declararse arrobado a esa niña que te tenía loco.

- ¿Quieres ser mi novia?

Y el corazón se quiere salir y ya no puedes dar marcha atrás... y te responden nerviosamente

- ¡No!

Y se te destroza el corazón por primera vez, pero no tienes de que preocuparte, apenas comienza la vida, todavía tienes tiempo para vivir lo mismo mil veces más.

¿Recuerdos? Antaño, si no recuerdo mal, mi vida era un festín en el que todos los corazones se abrían, en el que licores de todas las clases fluían sin cesar. Es entonces, buen momento para recordar las correrías nocturnas por los bares cercanos. Las feromonas de los hombres se sacudían, se alborotaban, ¡y de qué manera!; ¿cómo alcanzar la calma? En prostíbulos pequeños, oscuros, malolientes, allí se daba inicio a los ritos atávicos de jóvenes y adolescentes del barrio. El más conocido por todos era el J Ali, local ubicado en un segundo piso, entre el teatro Scala y la avenida Caracas. Mujeres pintarrajeadas, con escotes y colorete en los labios saludaban a los chiquilines. Descubríamos a la ciudad, al sexo, al alcohol y a la amistad. Nos la pasamos haraganeando en los cafés de los alrededores. La vida y los libros, la calle y la celda, los bares y la soledad entre la multitud de los cines.

“Adiós a los bares de sonrientes rones. A las pistas de baile donde tanto se dispersaron los marcapasos de mis zapatillas”.

Una vez pasada la época de descubrimientos eróticos y la aparición del acné, se atemperaba el ánimo y se volvía la mirada de nuevo a las niñas del barrio, a nuestras amigas de la cuadra. Era hora de echarnos en brazos de mujeres inmediatas y tangibles, de lanzarnos a la caza de presas tanto tiempo despreciadas, pero, ¿cómo dar a conocer, nombres y apellidos de esas personitas que aparecen en la neblina de nuestros recuerdos? Para fortuna de ellas, no encontré forma literaria que diera cuenta de aquellos amores reales o platónicos.

Un amor que no transitó por estas vías existenciales fue el de Jaime y Tere, del encuentro casual, de la mirada escudriñadora, del cruce de las manos, de aquel primer beso han pasado 40 años. Haber observado, más aún, vivido muy de cerca ese largo transcurrir de vida en pareja, es lo que me permite dar fe de una lealtad inquebrantable, de un amor a toda prueba.



“En la vida de todo hombre normal y maduro hay siempre una mujer lejana. Por la geografía o los días. Nunca volveré a ver a mi lejana. Si vive, pisa un punto de la tierra ignorado por mí. Y si llegara a producirse el milagro, ya marchito, del reencuentro, tampoco te ofrecería mis apuntes como lectura. Tal vez, Lejana, te mostraré el montón de hojas como una avergonzada y lastimosa prueba de que yo he existido en tu ausencia”.

Juan Carlos Onetti.

Conversábamos sin prevenciones de la relación de pareja, de ese absurdo cotidiano que rige la condición humana, de aquello que es lo mismo para todos: la gente se casa, se quiere todavía un poco de tiempo, trabaja. Trabaja tanto que se olvida de quererse. No eran, no podían ser una pareja perfecta; seres humanos de carne y hueso a quienes unían las luchas y las ideas por construir un mundo mejor; ocasionalmente arribaba otra pareja, la de Luis Arturo y Margarita, ejemplo de comunión, de lucha y de compañerismo. Dialogar con los cuatro me reconfortaba y daba explicación a esa palabra extraña: amor, pero el amor de unidad, de permanencia y de solidaridad.

Entre trago y trago, y luego de los temas trascendentales, jugábamos a recordar la primera serie de detectives transmitida por la televisión; en esa ganaba yo: Frank Ballinger, protagonizada por Lee Marvin; luego, la edad que teníamos cuando los barbudos entraron en la Habana, cuando el hombre, “llegó” a la luna, la mañana en que despertamos alucinados frente a un fraude electoral, la noche amarga de Armero, el asalto al Palacio de Justicia, la toma de la embajada de República Dominicana, la dictadura argentina y sus 30 mil desaparecidos...

Las horas se iban rumiando fechas, la muerte de Jaime Bateman, el asesinato de Galán, la caída del muro de Berlín, el encuentro en Managua, entre Margarita, Ernesto Cardenal y Tomás Borge, el día exacto en que García Márquez recibe el premio Nobel de Literatura, el día que cae muerto Jhon Lennon... y se van a la mierda los Beatles.

Solo faltaba un brindis... el de Arturo y él con su peculiar estilo, sin poder dejar de lado la berraca política, haciendo su mejor esfuerzo, haciendo cuentas, contando secretamente con los dedos de las manos, decía:

- Asumiendo que los presentes tenemos hoy 60 años, vimos sentarse en la mecedora presidencial, echándose viento y recibiendo loas, trece “ilustres pro hombres”, mejor, 11, porque dos consideraron que su *servicio al país* durante cuatro años era un lapso muy corto para *cambiar la historia de Colombia*, que necesitaban otros cuatro años para ¡poder *joderlo más, dejarlo más sumido en la miseria, dejar muchas más criaturas ultrajadas por la injusticia y lastimadas por la resignación!* y..., utilizaron todas las triquiñuelas del poder para conseguirlo.

Luego de esto, siendo las cuatro de la madrugada, ebrios, agotados, solo restaba rendir el consabido “homenaje a la amistad”, recordar con nostalgia nuestra antigua pobreza, cuando todo era más sobrio y digno.

“En fin, decir recuerdo es decir por supuesto, estoy viejo, pero también es decir que el mundo no siempre fue como es. Parece una tontería y sin embargo estoy cambiando y les estoy contando todos mis cambios, de mí y de lo que sucedió en derredor de mí”.

Cosas buenas, algunas regulares y otras simplemente no tan buenas, para evitar caer en el facilismo de que hubo malas.

Como es de fácil observación, en esta crónica hay una reflexión sobre el hecho peligroso y preocupante de que la memoria lo invade todo, incluso los espacios de la historia, y eso es peligroso, porque la memoria nos traiciona, se equivoca. El pasado está construido por recuerdos siempre incompletos y endebles; este relato ha saltado muchas situaciones y personajes que seguramente fueron decisivos en la vida de todos los protagonistas. Muchos están muertos. ¡Hay mucho que contar!

Guardo en la memoria incontables cicatrices de esos profundos, indecibles arreglos de cuentas entre el ayer y el hoy, entre lo

artificial y lo auténtico. Durante los 50 años que han pasado desde entonces, mi convicción de juventud no se ha modificado; se ha vuelto más abarcadora y más taciturna; también, y esto lo agradezco, más irónica y menos solemne, pero por lo demás se ha mantenido admirablemente terca. Lo digo con riesgo, lo digo con dolor y lo digo también con gratitud. Aunque solo unos pocos hayan permanecido y muy pocos estén hoy aquí, sé que festejan conmigo y puedo decir a pulmón lleno: si estuvieran aquí los muchachos del barrio.

Esto no es un simulacro de adiós, pero sí otra traición en clave temporal de profecía para poder procrastinar la despedida.

“Henos aquí a nosotros hoy, un desangelado fin de marzo o de diciembre (poco importa), pasando la página de la vida con un terrible sabor amargo, subiéndole el volumen a los equipos de sonido de la memoria, bailando en silencio con los recuerdos, único refugio confiable en esta tarde que se desguaza en insoportable aguacero”.

Elogio de la amistad

De los comienzos de nuestro barrio solo queda el recuerdo. De las 15 manzanas que lo componían solo quedan cinco; de los niños que correteaban tranquilamente por sus calles, tan solo quedamos tres.

“Adiós a los amigos cómplices en la reinención del mundo a imagen y semejanza de nuestro sueño, tan ignorantes de que la farsa de la realidad sería la pesadilla despertadora”.



De izquierda a derecha: Vicky, Gabriel, Quique, Rafael, Tere, Ramiro, Alix, Jaime, inclinado Raúl, los demás...son los demás

Aquí aparecen entonces los nombres de los amigos de todos los días, con sus afectos o sus odios, sus debilidades o sus fortalezas

políticas, contadas por quien los observó desde sus propios prejuicios o posiciones, pero en todo caso con valiente sinceridad.

Todavía hoy encuentro para mirarlos la edad y el corazón que tenía cuando los vi la primera vez y desde entonces cada uno fue ocupando su lugar en mi lista, sin orden de estatura, ni de edad, como niños buenos y bien portados, pero cada uno de ellos con el bolsillo cargado de tachuelas, petardos y hasta de dinamita con que hacer volar tantos siglos de miseria y desigualdad.

Por más lejos que vea en una avenida sus blancas camisas, renace el niño que fui entonces y voy desgranando esos primeros recuerdos de infancia hasta acercarme a la vejez. Deambulo descalzo por los parajes sinuosos de mi memoria juvenil, recopilando recuerdos y emociones, encontrando las preguntas y bosquejando las respuestas.

De cómo nace una amistad

Conocí a Jaime, a Pacho, a Ramiro, a Raúl, a Gabriel y a “Mono” una soleada tarde de junio de 1962, en el andén de la carrera 29 con calle 73, al frente del jardín de la familia Zuluaga. Me acerqué lentamente al grupo y ellos en gavilla, en desorden y sin anestesia preguntan:

- ¿Y usted cómo se llama?
- Rafael
- Pero su papá le acaba de decir ¡Junior, con cuidado!, y su mamá ¡Rafaelito, no se demore mucho!, ¿al fin qué?, ¿Rafaelito?
- Rafaelito..., ¡su papito!

Las risas no se hicieron esperar, quedaron desconcertados; se tragarón los pocos insultos que conocían hasta la fecha ante esa actitud mía que mezclaba el ridículo, la ironía y la gracia. Ese momento marcó el comienzo de una amistad que nunca se desharía.

Las actividades que adelantamos en lo deportivo, en lo político y en lo social, ya son parte de los recuerdos. Añoramos los ritos de nuestra niñez con todo aquello que ya no existe más; los años viejos no regresan, los momentos idos son eso, idos. Hemos edificado con paciencia y dedicación las bases de una amistad que no está condicionada a los avatares del dinero o de la fortuna.

Por ese cordón umbilical que une mi memoria a la historia reciente del barrio Los Alcázares, van y vienen entreverados en una misteriosa armonía una... *“Multitud de mujeres y hombres, de guitarras y libros, de risas y vino, de noticias aterradoras, de charlas fraternales que perfumaron centenares de madrugadas, de ciudades colosales y aldeítas habitadas por criaturas ultrajadas por la injusticia y lastimadas por la resignación”*.



“Yo me considero el mejor amigo de mis amigos, y creo que ninguno de ellos me quiere tanto como yo quiero al amigo que quiero menos”.

Gabriel García Márquez

Va siendo hora de volver la mirada a la tierra, a aquel pedazo querido y añorado pedazo de tierra en el que transcurrió nuestra infancia, porque allí dio comienzo el duro aprendizaje que permanece amparado en la memoria. Melancólicamente, recuerdo ese universo remoto y lejano, ahora condensado en unos rostros, en los rostros de mis amigos.

El afecto no es cosa de muchas explicaciones

¿Por qué no empezar con “Mono”? lo reconozco como una particular necesidad; de manera tajante puedo decir que no fue de la gallada, pero sí dio junto a todos nosotros los primeros pasos. Soy atrevido al afirmar que su personalidad estuvo marcada por la historia familiar.

Aún recuerdo jocosamente y con algo de melancolía la forma que teníamos de responder a su permanente pregunta:

– ¿Dónde es la fiesta?

Y todos a una, como Fuenteovejuna

– ¡En su culo y con orquesta!

Empalidecía su rostro, supongo estaba helado, se tragaba los insultos, continuaba su camino con una mezcla de rabia y tristeza. A pesar de todo siempre nos seguía de cerca, nos observaba suplicante, deseando que algún día lo integráramos a nuestros proyectos. Nunca lo hicimos, nunca supe por qué lo marginamos.

En cierta ocasión, en un momento de extrema amargura, el hombre modesto que siempre ha sido “mono”, me murmuró al oído:

– ¿Cuándo mis amigos dejarán de orinarme encima?

No supe que contestar; la palabra odio no cabe en su vocabulario, siempre envía recuerdos para mí, pero sé que le perdí hace años sin remedio. Me gusta pensar que la vida nos arrebató a los amigos de la infancia porque sí, pero no siempre me lo creo. Al cabo de algunos años se empieza a cambiar. A los 60 se entra en una fase de la vida en la que uno abandona la espontaneidad de la juventud y para ser sincero se enfrenta a uno mismo y juzga desde otra posición.

“Mono” Castañeda, le apodamos “cigarrillo”, fumaba compulsivamente, era temeroso, nervioso y alegre. Los años no le fueron generosos; ahora que ya no queda nadie inocente entre los 12 y los 90 años puedo asegurar que me acompañan nostalgias irreparables de los momentos compartidos.

Nos cruzamos en la “ciclovía” hace algunos años; conversamos un buen rato. Se burló entonces de su edad y de la mía, me contó de sus achaques de salud y pregunto por los míos. Sentados, fumamos del mismo cigarrillo, le recordé que aún guardaba en la memoria su excelente técnica de conquista.

– Rafa, tan solo se necesita echar “par carretazos” Se ríe de buena gana, me extendió la mano y...siguió su camino.

Comprendí que todos somos distintos y que viajando por el mismo mundo, viajamos por mundos diferentes.

Raulito, a veces lo miro desde un rincón con una sonrisa mansa, como si la mera contemplación de su presencia fuera mi mayor tesoro. Amigo leal, una belleza.

Ha sido un luchador, se ha fajado en una pelea no de 15 rounds sino de sesenta y pico de años con la vida; ha tocado miles de puertas, algunas le han sido cerradas en las narices, otras quedaron entreabiertas y la más especial abierta, de par en par: su

familia; el boleto ganador con un matrimonio que ya cumple 40 años; Consuelito, la mujer de carácter recio ha sido determinante para la sobrevivencia de Raúl. A pesar de los tropiezos en la vida, se ha visto recompensado con ese amor y con el de sus hijos Raulito, Andrea y Lina María.

Algún día, le preguntamos el porqué del nombre de su hijo mayor Raúl Ernesto; intuíamos que la argumentación sería: pues Raúl por este negro chirriado y Ernesto por el “Che”, pero ¡oh sorpresa! cuando dice:

- Quiero que cuando se presente como Raúl Ernesto, las chicas le digan
- Raúl Ernesto, contigo me acuesto...

Ante semejante argumento, estallaron las risas; no se requería profundizar más sobre el tema.

En el fútbol, su gran pasión era eje central y el mejor jugador de nuestro equipo. Todos le temíamos y respetábamos e incluso retrasábamos el inicio de algún encuentro dando tiempo a su arribo. Los demás equipos sabían de su calidad, intentaban detenerlo, marcarlo, pero no era posible; veloz como una gacela, sus gambetas desmoronaban defensas y conseguía los goles y los triunfos.

Raulito siguió durante algunos años participando en torneos de veteranos; incluso hoy se podría afirmar que todavía lo hace bien; en el barrio donde vive actualmente es organizador de torneos, en los cuales actúa como árbitro, técnico, líder y bebedor de cerveza al finalizar los encuentros.

Siempre he tenido la sensación de que las cosas no le afectaban ni a él ni a su forma de vida. Tal vez la humanidad sufriera, él no. En él no se avizora la vejez, el pelo totalmente negro no asoma

una cana, el andar firme y el cuerpo de un adolescente. Tal vez sea un sabio, tal vez.

Su hijo Raúl Ernesto heredó sus habilidades con el balón e incluso las superó, Raúl veía en él la prolongación de su época dorada de jugador y una posibilidad real de superar la frustración de no haber jugado profesionalmente en su amado santafecito; lo intentó todo, pidió el apoyo de muchas personas, estaba cerca, pero lamentablemente un deporte tan lindo está permeado por corrupción, técnicos y dirigentes piden a esos padres ilusionados fuertes sumas de dinero para ascender al primer equipo. Raúl no disponía de esos recursos, nadie le prestó el dinero, no había nada que hacer, Raúl Ernesto no llegó a ser profesional. El devoto padre le siguió a cuanto torneo bogotano había, le alentaba, se sentía orgulloso, aunque le dolía ver que los pagos eran tan solo diez mil pesos por partido, camiseta dos veces al semestre y guayos una vez al año.

Hoy se repite la escena con su nieto Santiago; le inculca el amor por el fútbol, vive pregonando su calidad como jugador y las inmensas posibilidades que tiene de llegar al estrellato, pero ¡alto!, igual que en su momento Raúl Ernesto, igual que en su momento Raúl, igual que siempre, no son suficientes los merecimientos, se debe atravesar la aduana, pagar el peaje, mover infinidad de palancas, lamber cantidad de culos y en el mejor de los casos, esperar que emerjan los hados de la suerte, de la fortuna.

Andrea y Lina María son su adoración. Le han dado motivos de celebración y cada beso que le estampan en la mejilla es alivio para sus años de incertidumbres, de dudas, de temores.

Sigue golpeando suavemente mi frente con la palma de la mano a modo de saludo como lo hizo en la infancia, me abraza con el mismo afecto de la adolescencia, me estrecha la mano adulta

buscando atrapar cada momento compartido. Raulito, su mirada de una extraordinaria limpieza, que no juzga, que no condena, a veces desolada, otras melancólica y siempre y, sobretodo, piadosa. Un hombre satisfecho con su existencia, y cuando yo le hablo de eso él me mira con sorna y vuelve a llenarme el vaso, señal inequívoca de que está bastante de acuerdo. No militó en grupo alguno, participó en todo y en nada, fue solidario en todo momento, era el protector de todos; pelea que se armaba, él acudía en defensa de sus amigos, aunque desconociera las razones de la disputa.

Responde a cada llamado sin importar el motivo; su vena artística iba por la ruta de la canción. Las reuniones de amigos terminaban inexorablemente con la gran imitación que hacía de Sandro de América; él se negaba, el grupo insistía y él interiormente rogando a gritos que le pidieran de nuevo que cantara. Llegado el momento lo hacía histriónicamente, aunque en el fondo sonaba la letra, la voz original.

Toma amorosamente la mano de Consuelito, camina más lentamente, asiste indefectiblemente a todos los ritos religiosos, es lector oficial de la epístola en la misa dominical y difícilmente se le escucha un insulto o una grosería, ya no pelea con la vida.

Raulito, al igual que Rulfo "*No tenía ganas de nada, solo de vivir*".

Gabriel, el muchachito de la primera parte de esta historia pasó de una etapa estelar de éxito con las niñas del barrio, a un compromiso total con el Ejército de Liberación Nacional; aunque no sabemos mucho de su trascurrir militante, dio prueba efectiva de su entrega a la organización fingiendo el robo de una moto que todos sabíamos era su propiedad material más preciada y que durante varios meses ayudó a fortalecer su imagen de poder y de éxito en el barrio.

De regreso por su mundo politizado y comprometido con la transformación de la sociedad, asumió el estudio como forma de mejorar su situación económica; primero se graduó de técnico dental y luego decidió estudiar Odontología en una prestigiosa universidad. El dinero empezó a llegar a manos llenas, pero no lo era todo. Si la política no le había dado entera satisfacción, el dinero tampoco; se adentró en profundidades filosóficas y buceaba en diferentes formas de pensamiento para encontrar la clave de la felicidad. Imbuido de no sé qué teorías religiosas, decidió un día viajar a vivir a la isla de San Andrés, se hizo acompañar de una hermosa mujer y de los dos hijos de esta. Según supimos después, Gabriel aceptó como un hecho el final del mundo para el 31 de diciembre del año 2000 y su creencia a pie juntillas lo llevó a prepararse espiritualmente para dicho final.

Llegó el 1^{ero} de enero del nuevo siglo, todo seguía en pie. Gabriel despertó de repente, entendió como otra señal del destino lo acontecido, despachó en el primer vuelo a la hermosura que le acompañaba, divagando recorrió a pie la Isla y decidió iniciar otra nueva vida; empezó un próspero negocio, una marina con alquiler de tablas de *surfing*, clases a turistas y zona de comidas, pero solo en horas de la mañana; en la tarde retornaba a su exitoso consultorio de odontólogo, profesión que logró ejercer luego de llenar mil formas, pedir miles de permisos, porque lógicamente no era raizal del archipiélago.

En el aspecto económico, “coronó” como se dice en términos populares; logró montar una excelente clínica y construir una casa que al decir de muchos, es la más hermosa de la zona. Dedicaba su tiempo libre a practicar deportes extremos, a la meditación, al hinduismo. Viajaba una vez al año a visitar a su “maestro” en la ciudad india de Calcuta, en compañía de

una nueva esposa, una rica heredera de joyeros bogotanos quien hastiada de su mundo *light*, buscaba ansiosamente paz espiritual y “felicidad”. Tuvieron dos hijos que no conocí y que pueden encontrarse hoy en Bogotá, Londres o San Andrés.

Practicando su última pasión deportiva, el parapente, Gabriel estrelló su cabeza contra algún islote de los cayos de Providencia y perdió la vida. No supe a tiempo el insuceso, no pude asistir a su entierro o a lo mejor no me interesaba asistir; creo que prefería conservar imágenes de los buenos momentos y no entrar a nadar de nuevo en el mar de sus dudas existenciales y en las que naufragó durante tantos años; tal vez prefiero recordarlo al lado de Myriam, su novia de juventud, la linda jovencita que lo hacía sonreír y con quien procreó su primer hijo a los 19 años; al chiquitín Daniel lo acunamos tres o cuatro veces. Al hoy prestigioso abogado, ni a su mami, los volvimos a ver.

Múltiples encontrones tenidos al final de la adolescencia, quiero dejarlos atrás; la mejor catarsis para nuestros desencuentros es la escritura de estas líneas. Al final de su vida se identificaba como Ricardo, su segundo nombre, imagino que para distanciarse de su pasado.

Nos dijimos adiós una noche de domingo en la que parados en una esquina debatíamos sobre hechos intrascendentes. Con una alegría desbordante nos hizo entrega de sus relucientes tarjetas de presentación como odontólogo, pero en ella no figuraba el nombre con el que lo conocí, con el que le llamaba desde el jardín de infantes, Gabriel, el que aparecía era... Ricardo.

Cruzamos una mirada que no sabría describir; en ese preciso instante ambos comprendimos que salvo en esa cercanía mentirosa o distinta que hay en los mensajes, en una u otra reunión, no nos encontraríamos más. Aconteció lo que acontece

en tales momentos, sabíamos que aquel adiós iba a sobresalir en la memoria.

De Gabriel lamentablemente nos separaron ásperas discrepancias políticas y sus ambiciones personales; ¡cuánta pena que esto sucediera!, de manera visceral lo alejamos de nuestras vidas y él a su vez quiso borrar tajantemente y de manera voluntaria los recuerdos vividos. Desgraciadamente, él ya no está y cosas fundamentales han quedado sin decirse entre nosotros; pareciera que “todo nos llega tarde” cuando el amor es ya inexpressable y las viejas heridas no logramos cicatrizarlas. Trágico comprender que en ocasiones los seres humanos llegamos a separarnos por lo mismo que amamos.

Gabriel no comprendió nunca cuánto le queríamos, cuánta falta nos hacía y cuánto hubiéramos dado porque estuviera más tiempo entre nosotros.

Estoy seguro de nuestros primeros pasos infantiles, pero no sé cuánto tiempo hace que *Ramiro* es mi amigo; creo que a estas alturas no habrá ya, nada, ni ideas políticas, ni problemas de trabajo, ni malentendidos, todo ese tipo de cosas enemigas de la amistad y hasta de las buenas maneras, que nos haga borrar u olvidar un afecto y una admiración persistentes durante por lo menos 50 años, 50 años en los que ambos hemos visto crecer nuestro trabajo.

Ramiro, el gesto adusto de hombre irritado con el mundo. Lo recuerdo siempre caviloso y reservado; su carácter retraído, unido a sus anhelos y pasiones de joven, le acompañan en la madurez. Creo que en los años setenta Ramiro debe haber sido el único miembro de nuestra generación y habitante del barrio que jamás se puso entre los labios un cigarrillo de marihuana.

No dejaban de atraparlo los deberes del mundo, las revelaciones que le movieron el piso, sus verdades, miedos y broncas acuñados hicieron que dividiera la vida, la historia y el país en un campo de batalla entre amigos y enemigos, entre buenos y malos. Tan solo ahora en la opacidad de lo cotidiano, con su experiencia de veterano, acepta (parcialmente) que la vida es imperfecta, que las historias infantiles con buenos y malvados, justicia e injusticia, verdad y mentira, son finalmente nada más que eso: inocentes sueños; pero lo que más se percibe en todos estos registros es la alegría, a veces jubilosa, en ocasiones perversa, de esas charlas nocturnas sobre todos los tópicos. Por estos valores lo elegí como cómplice; ahora, visto en perspectiva, uno comprende que iba de prisa, que su tiempo era breve, que por eso lo hacía todo tan temprano y pienso en el valor con que ha vivido su vida. A su lado pasé momentos de peligro, de amor, de amargura, de pobreza, de desengaños políticos y de tristísimos alejamientos" *...esperaba siempre a que el barco, sacudido por fuertes tempestades, regresara a la calma y volviéramos a ver en paz ese mismo cielo que tantas veces cuando éramos muchachos, habíamos contemplado desde algún banco del parque*".

Pasó por la gerencia de sucursales bancarias, de agremiaciones, de entidades públicas y privadas; se convirtió en consultor de sectores gubernamentales, contratista de muchas empresas; inconformista, crítico en extremo, perfeccionista convencido, susceptible, irascible; siempre respeté su lejanía, esa distancia que siempre quiso mantener, acepté con reciedumbre sus críticas y entendí el derecho democrático a disentir.

Mi relación con Ramiro fue tan intensa como la de Jaime y Pacho; la gallada era la gallada, pero ocasionalmente hay cercanías que desbordan el trasegar de la manada y ese fue nuestro caso. Fui su amigo, comía casi todas las noches en mi casa y

desarrollamos juntos varios y diversos proyectos. Compartimos desgracias y alegrías, pero sobre todo nos seguíamos de cerca.

Para la época política relatada, Ramiro conoce a Nelly, una luchadora de las causas sociales y quien adelantaba trabajo de importancia en la zona de Ortega y Chaparral. El retorno de Ramiro a una vida normal le lleva a Neiva, ciudad en la que la solidaridad es trascendida por el amor y forman pareja que se formaliza en el año 81, cuando contraen matrimonio; de esta relación quedan los hijos, Camilo y las mellizas Laura y Marcela.

“Ramer”, como le decimos coloquialmente, vivió su primera juventud con la candidez de los actos cotidianos; no era una simple persona, era un ritmo vital, un sueño, una aventura. No sé la clave de las puertas que llevan a los otros, pero luego de abierta es imposible volver a cerrarla, este quizás sea el primer aspecto de nuestra relación e incluso uno de los más curiosos.

Hombre de referencias insoslayables, humor ácido y críticas mordaces, jamás ha faltado a la palabra empeñada y he llegado a admirar la fidelidad que tiene con sus amigos. Recuerdo siempre esta actitud que define su devoción por el otro y que valoro más con el pasar de los años, no es tarde para decirle que lo queremos y para agradecerle los esfuerzos con que intentó prevenirnos de las desdichas, que son inevitables y, a la vez, aleccionadoras.

El motivo de cada línea es un amago de reconciliación con un viejo amigo. Ramiro es y seguirá siendo implacable; lo recuerdo mirándome con ojos vidriosos detrás de los lentes de sus gafas, esbozando una casi imperceptible sonrisa. Le di a leer algunas páginas de esta crónica, preguntó las razones de publicar apartes tan privados de ese pasado remoto.

Quedé desconcertado...

- Es lo que he escrito para mí, respondí sonriendo, no tengo obligación de ser poeta. Hay cosas que se escriben porque es necesario recordar, entender, explorar. Porque vengo acumulando muchas dudas, tristes dudas sobre nuestro viaje por la vida, sobre cosas que tantas veces he querido escribir e incluso publicar. He decidido finalmente hacerlo.

Cerró la conversación con una risotada pero dijo de manera tajante:

- Como no comprendo su libro, ¡no se lo perdono!

No gusta de los abrazos, extendió la mano a manera de indulgencia y salió de la oficina presurosamente.

Jaime, con frecuencia pienso en él, en nuestras conversaciones, en los momentos que vivimos y en las dudas que tuvimos. Yo sentía que era mi gran amigo, pero por su modo de ser, por el carisma que tenía, por el trato humano que desarrollaba, todos los que lo conocieron se podían considerar sus mejores amigos. Envejecía sin renunciar a su sonrisa de muchacho travieso, hablaba con dulzura, con inocencia y siempre parecía estar pensando.

Llevaba una vida llena de compromisos, de gestos de amistad, de actos de caridad, de entregas y de solidaridad humana. Se levantaba muy temprano, antes de que despuntara el sol; cruzaba la ciudad en uno de los buses que atendía la zona de Los Alcázares, el "Olaya Quiroga", "Once de noviembre" o el "Uno Colombia", para dialogar con estudiantes pobres de colegios y universidades, para asistir a reunión en uno de los muchos comités de los que hacía parte. No entraba en el ciclo de las solemnidades, trabajaba para recuperar lo irrecuperable.

Todas las mamás de mis amigos eran celosas con sus afectos, pero cuando descubrían el cariño y la complicidad que teníamos con él, le abrían sin reticencia los brazos o simplemente lo toleraban con benevolencia. Tenía la capacidad de soñar despierto durante largos ratos, el gusto por el chiste verbal y los juegos de palabras, la pasión por mentir sin ganar nada con ello, porque describir la verdad hubiera sido demasiado aburrido.

Y se fue, así sin más, se largó un gran amigo.

Hubiera querido decir algunas palabras en la misa de su sepelio, pero la verdad no fui capaz de escribir algo que reflejara mi dolor. Decidí acudir a unos párrafos de Ricardo Silva Romero, mejor aún, los copié literalmente, me los apropié sin asco, acomodé algunas líneas, cambié algún fragmento y el resultado lo doblé cuidadosamente, lo guardé en el bolsillo de la chaqueta y esperé pacientemente que fuera mi turno de hablar, pero este nunca llegó. Con la tristeza a cuestas y emberracado, repasé de nuevo la crónica inconclusa, revisé su estructura y decidí que esa página iba en este elogio, porque no afecta el resultado, porque sirve de remate y porque es usado para despedir a nuestro buen amigo.

“Adónde vamos a ir si Jaime está muerto, aunque sea imposible, si no contábamos con perder sus ataques de risa, su sabiduría a pesar de sí mismo, su generosidad, sus ganas de estar vivo, su extraña capacidad de estar en todas partes y quedarse. Que vamos a hacer sin Jaime. Si es él, el encargado de decirnos que no somos un desastre...o que si lo somos”

“Me poseía como un espíritu benigno y abatido una tristeza que no se me veía en el espejo, pero no me sentía traicionado por mi amigo ni tenía con el cuentas pendientes ni cabos por atar ni frases por decir, o si, ayudar a terminar ese embeleco llamado “La Gardenia de Los Alcázares” y podía hablar de él con alegría desde

el principio de este duelo que a esta hora cada cual tendrá que estar llevando a su manera”.

“Hablo de su vocación a hacer propia la alegría ajena. De su bondad y generosidad tan extrañas. Hablo de lo bueno que había sido que se enamorara de Tere, aquella compañera de sueños, de hace tantos años. De lo absurdo que iba a ser que se perdiera tantas películas y tantos discos. De cuanto disfruto todo. De lo bien que vivió y lo bien que la pasó siempre”.

“Yo estoy aquí, solo en la oscuridad e incapaz de retomar la rutina de después de las horas, porque perdí a Jaimito. No quiero quedarme su fantasma solo para mí. Sé bien que lo perdimos todos y entiendo que esto le pasa a cualquiera. Pero el corazón no me deja en paz y la voz no me sale de la garganta, y enciendo todas las luces del apartamento así nos cueste la vida el mes que viene, porque siento que mi amigo está a punto de aparecer en esta casa y no sé dónde meterme y me entran unas incontrolables ganas de rezar”.

“Que voy a hacer ahora. Soy una persona fuerte de puertas para afuera, si resisto con cierto coraje y algo de paranoia las miradas del mundo, pero quién dijo que encajo; quién que me conozca bien a estas alturas de mi vida puede asegurar que la vida es una fiesta para mí. No me voy a quejar, ni más faltaba. Voy a quedarme callado y a dar las gracias y a ver televisión hasta que los días vuelvan a tener horarios: ese es el plan”.

“Y yo por fin me pongo a llorar y lloro como un niño de cinco años que no sabe por qué demonios llora, y sollozo y me quedo sin aire y vuelvo a llorar, en la oscuridad y en el parpadeo de la sala del televisor. Quizás me esté pasando esto, que no puedo parar de gemir y de temblar, porque mi amigo Jaime fue un triunfo. Tal vez me ensombrece que no hayamos llegado juntos al glorioso final

de la película, no sé, porque me parte el alma para bien que un día un personaje generoso reciba de vuelta lo que dio, porque soy dramático y no logro sacudirme la idea de que todo esto tiene un propósito, un fin, quién sabe cuál vaya a ser el clímax de mi vida. De pronto vivir sea ser derrotado, más temprano que tarde, por los lugares comunes: el duelo y la redención, el amor y la muerte”.

Este frío que siento que pasa por fuera y por dentro y me da miedo y luego me da paz, es el frío de la muerte de mi amigo. Que se está yendo y se va.

“Y que voy a hacer yo ahora. Quién va a creerme desde mañana que nadie tiene que lidiarme, que yo soy el que vive aquí adentro y sabe cómo funcionan las cosas”.

Las oleadas del tiempo hacen crujir las bisagras de mi memoria, camino por un desfiladero de regreso al pasado. Pacho, Pacho, Pacho.

– Rafael ¿qué piensa de la vida?

Buceaba para dar una respuesta válida, salida de la razón y del corazón.

– Pues...

– Mejor piénselo y hablamos mañana.

Y así sucesivamente durante días y días. Nunca me permitió dar la respuesta, ese era Pacho; lo ponía a uno contra la pared, ninguna respuesta debía ser rápida, sin análisis. No creo haberlo visto nunca sin un libro en la mano, como un estudiante aplicado y enteramente consagrado al oficio. Fue un excelente amigo de sus amigos, aunque muchas veces solo hablará con ellos de vez en cuando; enfatizaba que la amistad unía a los seres humanos y eso

implicaba sacrificio, comprensión y solidaridad, entrega y lealtad.

Era un modelo a seguir, aunque en algunas de sus “clases” del grupo de estudio nos podíamos despistar, pues con frecuencia parecía perder el hilo de las explicaciones; pasaba de Borges a Madariaga, de Benedetti a Habermas, pero siempre volvía con una buena explicación. Sus diálogos eran siempre interesantes e inquietantes.

Nunca se negaba a conversar, fumaba cigarrillos Pielroja como puta presa; ahuecaba la boca de manera singular, permitiéndole expulsar desde pequeñas a inmensas coronas de humo, sus ojillos de hipnotizador de feria, asistía al llamado de sus amigos de juventud que quisieran hablar con él, con sus familias o con desconocidos, chupaba trago hasta tarde y no se acostaba antes de la una o dos de la mañana. Hablábamos de todo, de nuestra vida y nuestros temores. La revolución cubana estaba en el trasfondo y en una de tantas noches nos dijo:

- Qué terrible puede ser el momento en qué uno esté obligado a tomar las armas.

Quedamos en silencio, cada uno con sus pensamientos, angustiados de que eso pudiera llegar algún día.

- ...ahora leamos a Neruda; la rápida respuesta con algo así como la embarré, el olvido y el despiste no eran accidentales, estaban en su personalidad y varias veces le vi reacciones similares. Simplemente ponía otro libro sobre la mesa y como pálidos fantasmas corríamos a escondernos.

No era raro que se durmiera en alguna reunión, nadie intentaba despertarlo, estaba en una etapa de su vida que no tenía retorno. Pachó parecía estar en todas partes, atender a todo el mundo y ser amigo de todos. Su carisma cubría todo lo que

hacía. Su personalidad era arrolladora, inevitable, irresistible. *Puede que me equivoque. Puede que en el fondo crea que se fue. Puede que incluso me alegre de que sea así.*

En medio del sarampión idealista de los veinte años, estos muchachos confiaron cada uno en el otro; entre estos jóvenes mediaba la comprensión y el respeto por las ideas del otro. Nunca sentí que se persuadiera de cambiar las opiniones personales. Ninguno dijo que sus creencias eran mejores que las de otros, como muchos ahora pasados de sesentones acariciamos en la adolescencia remota, la imagen del guerrillero heroico, distribuimos volantes clandestinos, firmamos manifiestos incendiarios hasta que se nos acalabró la mano.

Hemos compartido juntos muchas horas de felicidad desbordada y no pocas de incertidumbre y estrechez. Hemos compartido libros, músicas y novias. Las escenas pretéritas se repiten, las tardes de los encuentros, los mediodías radiantes, las jornadas futboleras, los encuentros con todo el combo. Las historias y las escenas que todos nosotros queremos siempre volver a escuchar. Creo que en lo mismo andamos todos, revisando esos borradores de nuestra adolescencia rabiosa a nuestra madurez experimentada.

Todo lo vivido con ellos ha sido para mí como un premio extraordinario en el oscuro azar de los días. Escribo solo para mantener intacto ese recuerdo y darle una fugaz posteridad por obra de los eventuales lectores, pero necesario es admitir que hablo de un paraíso cuya existencia se esfumó. No queda ya rastro alguno de ese rincón sagrado para mí, no debería caer en semejantes debilidades y si no me avergüenzo hasta el punto de borrar las huellas es porque son también síntomas y pruebas de un fondo patético y sentimental que no consigo ahogar ni en los accesos más dialécticos.

Un amigo es un segundo yo. Tal vez por eso recurro a las imágenes de infancia para encontrar a Raulito, a Jaimito, a Pacho, a Ramiro, a “Mono” y a Gabriel, para pensar que su amistad ha perdurado con el pasar de los años, desde los primeros pasos por el barrio querido y añorado de Los Alcázares *“hasta el rescoldo que dejaron los años de separación, por causa de los exilios voluntarios u obligados o por la muerte, pero cimentado no solo en la historia, sino en la poesía”*.

Diez años, “el tiempo pasa, nos vamos poniendo viejos”

Visto lo visto, ya sabemos que los muchachos no volvieron a ser los mismos. Ya lo decía Neruda en su poema XX, *Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos*.

Tengo el dulce privilegio de nombrarlos, el honor de hacer su retrato. Las sonrisas de los niños que fuimos, los juegos infantiles. La vuelta a Colombia en bicicleta, pero corrida en los andenes, dando la vuelta a la manzana con tapas de gaseosa que se hacían más pesadas con cera de velas que hurtábamos a nuestras madres, el colocar el transistor y durar horas y horas empujando con dos dedos la tapita, cada una con el nombre de un ciclista, “Cochise” Rodríguez, el “Ñatico” Javier Suarez, Álvaro Pachón, Rafael Antonio Niño, Miguelito Samacá, Luis H Díaz, todos nombres famosos en el ciclismo de aquella época y la carrera finalizaba en el momento mismo en que finalizaba la transmisión de cada una de las etapas.

Gabriel, con las mejores tapas, dedicaba horas a perfeccionar a su “corredor”, pulía y brillaba cada una de ellas y los demás tratando, simplemente tratando, de hacerlas parecer a las de él. A la tarde en aquel periodo de vacaciones lo seguía el juego de

“bolitas” o canicas, hermosas, refulgentes, de vidrio, con cristales de colores en su interior; pero aquí se podía perder el juego, la batalla y... las canicas. Aquí no había indulgencia, pero el tiempo pasa y los niños de diez años dejan de lado los juegos inocentes; es momento de leer a Mao, a Lenin, para irnos entendiendo, hablo de un tiempo en que, con vertiginosa rapidez, se sucedían en el planeta acontecimientos políticos y culturales, solo en apariencia disyuntos y casi todos ellos señalados por una especie de “rebeldía inespecífica” contra todo lo establecido.

Corre el año 66, se inicia “la revolución cultural” en China, el mundo está cambiando y luego, un año que resultó memorable: 1968, tenemos 12 años de edad, se suceden hechos más cercanos: la muerte del Che Guevara en las montañas de Bolivia, la matanza de estudiantes en La Plaza de las Tres Culturas en vísperas de la olimpiada en México, *París era una fiesta*, *La muerte masca chicle en Vietnam*, *Pisaban los tanques las flores de Praga*. El imperialismo norteamericano vive dentro de sus fronteras sus propios problemas, el poder negro, la herencia filosófica de Malcolm X y las Panteras Negras; supimos entonces que todo era posible en aquel año, los niños intuyen que deben hacer algo y por una época larga abandonan todo para concentrarse en entender, en comprender lo que sucede en el patio interior y en el patio trasero; los imberbes saben que deben asumir posturas; se embarcan en juegos más riesgosos, más peligrosos.

Se multiplican los grupos de estudio entre los jóvenes, se lee ávidamente sobre cada acontecimiento, se escuchan noticias, se vive el día a día de una sociedad inequitativa, desigual; las noticias internacionales indican que los procesos democráticos pueden llevar a la instauración del socialismo sin disparar una bala y el Chile del 71 elige a Salvador Allende y eso trae algo

de paz a esas cabecitas, pero esa tranquilidad no dura mucho, porque acceder al poder por la vía democrática es una cosa y sostenerse es otra; en septiembre del 73 el presidente electo, el patriota Allende, es asesinado en la toma del palacio de la Moneda y es el fin del sueño; los niños ya no son niños, son adolescentes madurados prematuramente y deben optar por acomodarse o revolcarse y optan por lo segundo.

En definitiva, se necesita la adolescencia para pronunciarse sobre el porqué y el cómo de las cosas; es el momento de distinguir quién es tu amigo y quién tu enemigo y en un tiempo tan convulso saber diferenciar a quien seguir lealmente era esencial. En algunos casos, saber eso podía salvarte la vida. Escogí la gallada de la 29, escogí amigos que entregaron su juventud, no la ahorraron; al mirar atrás, ellos y yo nos damos cuenta que valió la pena ser los héroes del barrio, que las noches de agonía y lágrimas que hicimos pasar a los seres queridos luego se convirtieron en noches bohemias de risas y argumentos y entonces podemos decir que ¡sí!, que valió la pena, que sigue valiendo la pena y Kazantzakis lo confirma, lo grita, aunque nos quedemos sordos:

“Toda nuestra vida ha sido una ascensión. Una ascensión, un abismo, un desierto. Partimos con muchos compañeros de lucha, muchas ideas, una escolta numerosa, pero a medida que subíamos la cuesta y la cumbre se desplazaba y alejaba, las ideas, las esperanzas, los compañeros de lucha, se despedían de nosotros, estaban sin aliento, no querían, no podían subir más alto y quedábamos solos. Si subíamos no era porque teníamos la presunción ni la ingenuidad de creer que un día la cumbre se detendría y la alcanzaríamos, ni tampoco porque si la alcanzábamos encontraríamos allá arriba la felicidad, la salvación y el paraíso: subíamos porque la propia subida era para nosotros la felicidad, la salvación y el paraíso”.

El cansancio insoportable de un hombre común y corriente

Desde el día en el que retomé este escrito, no he tenido un instante de sosiego, Sábado me ha convencido que debo terminarlo por los hijos, por los jóvenes que en medio del descreimiento, hoy más que nunca, necesitan una palabra de aliento. Entonces, continúo este testimonio o testamento espiritual, de la manera que quieran nombrarlo, dedicado a esos hijos *"...a esos muchachos desorientados que se acercan en ocasiones tímidamente y, en otras, como los que buscan una tabla en el mar, después de un naufragio. Porque creo que tan solo puedo ofrecerles: precarios restos de madera"*. Esta crónica ha vuelto a entusiasmarme.

Caminando por este apartamento que en otro tiempo todos compartimos y en el que hoy merodeo perdido, me he detenido ante los retratos de Juan Sebastián, Santiago y Federico, a recordar lo vivido hace tantos, tantos años.

"Lentamente he mirado uno a uno, los rasgos de esos niños que llevaba de la mano, creyendo que siempre estarían junto a mí. Me vienen a la memoria los gritos de esos hijos tan espectaculares, de cumpleaños infantiles, las tardes que pasábamos conversando o viendo televisión o los momentos de lectura comunal con aquellas conmovedoras obras que nos ayudan a sobrellevar la condición humana".

Quiero pensar que al igual que nosotros en otros tiempos, ellos tendrán respeto por la criatura humana, amor por los pobres y desvalidos.

Me consuela también imaginar que cuando ya no viva, este apartamento bajo el cuidado de Carmen Elena mantendrá sus

puertas abiertas, que los libros que llenan nuestra pequeña biblioteca estén a disposición de quienes deseen sumergirse en su lectura. Le he pedido que haga lo posible por cumplir este deseo y espero también que sea espacio de tertulia y encuentro entre los grandes amigos que siempre nos han acompañado. Aquí pasamos pobreza, pero también acontecimientos fundamentales de nuestra vida.

Mientras escribo estas líneas en el pequeño escritorio del apartamento, mis hijos (hoy de visita), me observan sonrientes e intrigados por esa cantidad de hojas que crecen y crecen, convencidos que su padre ha contraído, lo que Ruiz Zafón llama, *la enfermedad de los libros y las palabras*. Devuelvo la mirada y me gusta creer que poseen mi ingenuidad. Me preguntan si soy un hombre feliz, si estoy en paz, si su compañía me ayuda a vivir o si solo vivo dentro de miles de recuerdos y de esa tristeza que siempre me ha perseguido. A todo contesto que ¡sí!, les abrazo fuertemente, les digo que su presencia en este planetica es razón suficiente para sonreír y sobrevivir.

Carmen Elena me interroga también, pero sobre mi obsesión por la lectura. A la mujer, a la compañera de todos los días, le digo que leo insaciablemente para mantener vivo un espíritu infundido hace muchos, muchos años *“Que el arte de leer se está muriendo muy lentamente, que es un ritual íntimo, que un libro es un espejo y que solo podemos encontrar en él, lo que ya llevamos dentro, que al leer ponemos la mente y el alma, y que esos son bienes cada día más escasos”*.

Les pido que se “apeñusquen” a mi lado para poder mostrarles el segundo estante, el que está destinado a mi “producción”, allí pueden ver “La Salud Visual: optómetras y optometría” (1998), “Salud Visual: una mirada al futuro” (2008) y un espacio reserva-

do para esta crónica (2018); extraña coincidencia, un libro cada diez años, mmmm... ¿Cuál coincidencia?, sencillamente ¡no pude producir más! Se asoman además los libros de ciertos autores que me honraron solicitando la escritura del prólogo, los libros de los cuales fui editor, las numerosas revistas que dirigí y algunas otras en las que publiqué artículos de interés personal y profesional.

Un poco a la izquierda hacen “coquitos” los dos tomos de “Breve (¿!) historia de la Optometría”, ese libro que contiene los éxitos y los aciertos, pero a su vez los errores y los horrores de nosotros, los optómetras, de nuestros líderes y dirigentes, de sus ambiciones y sus descaros. Los manuscritos originales están en sobres lacrados, en manos de selectos “guardianes”: Harold Segovia y Salvador Franco tienen instrucciones precisas en cuanto a la fecha de publicación (espero no causarles problemas, ja, ja, ja). Se alcanzan a ver también, en carpetas debidamente legajadas, “échele un ojito”, el cuento corto que nunca vio la luz, la selección de poemas que con el seudónimo “RIM Lagartijo”, se presentó algún día a la Casa de Poesía Silva, pero que no mereció comentario alguno y ya, a punto de caer, la voluminosa novela inconclusa “De grandes derrotas a pequeñas victorias”, en la que he trabajado 30 años y de la que solo se rescatan algunos de sus personajes bien delineados, bien elaborados: los cruzados: Mario Duque y Robertico, los caballeros templarios: Chepe y Avendaño; los crédulos y condescendientes: Dodita, Rosa, José, Alba, Rosita, Nelson, Espe, y algunos guerreros leales: Galeano, López y Monroy. Estos personajes y algunos de sus diálogos, mejor estructurados, claro está, prefiguran la nueva novela que aún no tiene nombre y que espero tenga un final, ojalá feliz, mejor dicho, ¡que se publique algún día!

Algún signo de desatención y los primeros bostezos indican que es momento de cerrar la descripción. Que mil gracias; un beso y a dormir.

Me recuesto en la cama, doy vueltas, no puedo dormir, de nuevo enciendo una luz y me dirijo otra vez al estudio. En mi mesa veo los sobres que contienen algunos fragmentos que incluiré en este libro que hago sin premeditación, que me sale del alma, no de mi cabeza, dictado por las preocupaciones, pero a su vez por las alegrías y pienso en las horas invertidas en corregir cada línea, buscar los sinónimos, revisar cada coma y me pregunto a cada minuto ¿debe publicarse? y sonrió recordando que Borges decía que los escritores terminaban publicando sus obras para no andar toda la vida corrigiéndolas. Este es mi caso.

Releo un fragmento de Rosa Montero, envidio su capacidad de síntesis, la forma de entenderme, de decir lo que yo quiero decir y no tengo idea de cómo hacerlo...

“No creo solo en la elocuencia de las palabras, sino también en la de ciertos actos; y tengo la sensación de que los comportamientos decentes, aunque sean anónimos y pasen casi inadvertidos, construyen las paredes de nuestro mundo. Sin esos actos bellos, actos justos, actos buenos, la existencia sería insoportable”.

Epílogo

Me encontré con algunos papeles viejos y ajados dentro de un libro no abierto durante 40 años y creí que era momento para organizarlos; no me sorprendió su contenido, pero allí, transcrito con la misma letra de toda mi vida, figuraba este verso:

“Si no te sale ardiendo de dentro, a pesar de todo, no lo hagas. A no ser que salga espontáneamente de tu corazón y de tu mente y de tu boca y de tus tripas, no lo hagas. Si tienes que sentarte durante horas con la mirada fija en la pantalla del ordenador o clavado en tu máquina de escribir buscando las palabras, no lo hagas”.

Continúo leyendo en voz alta todo el poema de Bukowski y agradezco su mágica aparición, cada aseveración de sus versos confirma mis razones para la escritura de cada línea, dan también fortaleza para finalizar la crónica y orientan esta mano en la búsqueda del punto final. ¿Cómo llamar estas últimas líneas?: ¿Terminación, conclusión, desenlace, fin, colofón?, ¡Todas significan lo mismo!; la decisión es tan personal que colocar epílogo pareciera sensato.

¿Otro epílogo?, ¡pues sí! Unas líneas personales que den cuenta del cómo y el porqué.

Comencé a vivir sin darme cuenta, lo cual es sin duda una de las metáforas de la felicidad. Me pregunté, con más seriedad que nunca, si no volvería nunca a vivir en mi barrio, si el paso de los años transcurridos desde mi partida (que ya iban siendo muchos, veinte, treinta, cuarenta...), me irían alejando irremisiblemente hasta acabar por hacer imposible el regreso.

Mi camino juvenil era oculto y vedado, aceptaba tan solo los signos más débiles de la orientación. No había huellas, no existían senderos y con mis amigos buscábamos y buscábamos, adivinando el derrotero de nuestra libertad. Había en todo aquello la impresión de haber dejado atrás la línea de sombra, esa edad en que somos para siempre adultos, ocupamos nuestro lugar en el mundo y comenzamos a desentrañar sus secretos.

En momentos en que cavilo sobre la vida, sobre el enigmático final, recobro fuerzas para seguir escribiendo, a pesar de la cotidianidad y de miles de cosas que pueden parecer absurdas e inútiles, siento la responsabilidad de tomar aire bajo el vulgar agobio de la rutina diaria, de las desilusiones y los aburrimientos, para alentar a los lectores (puede ser tan solo uno), a que cumplan con una tarea: dar vida a una historia, su particular historia. En fin, no me quedó otro remedio, la vanidad y una solicitud se aliaron para convencerme de que podía llegar a terminar esta crónica. De este modo, entre negativas a escribir estas líneas finales, lo estoy haciendo, cuando mi yo más profundo, el más misterioso e irracional, me inclina a hacerlo.

“Si tienes que sentarte y reescribirlo una y otra vez, no lo hagas. Si te cansa solo pensar en hacerlo, no lo hagas. Si estás intentando escribir como cualquier otro, olvídale. Si tienes que esperar a que salga rugiendo de ti, espera pacientemente. Si primero tienes que leersele a tu esposa o a tu novia o a tu novio o a tus padres o a cualquiera, no estás preparado”.

Cada una de las páginas aspira a servir en el espacio como signos de reunión donde se cruzaron los caminos; largos periodos de nuestra vida se han comprimido en mi memoria, hasta el punto de quedar reducidos a una docena de imágenes. La memoria va verificando una selección entre el abigarrado material de nuestras imágenes y nuestras impresiones, nuestras experiencias y nuestros recuerdos, pero de una manera arbitraria.

Decidí suprimir aquellos textos que, pese a su intemporalidad, ya no me parecían conmovedores. Aun así, ha quedado un volumen, algo incómodo para leer en la cama, aunque apto para ser utilizado como almohada.

Hasta ahora he sido incapaz de hacer de estas líneas un verdadero libro, unas memorias, un texto que resuma de alguna forma los años vividos, los años maravillosos. ¿Por qué? Precisamente yo, que debía saber que los libros sólo se escriben para unir a los seres humanos, y así defendernos frente a la fugacidad y el olvido. Pero el destino, siempre dispuesto al juego y a veces irónico, me ofrece maliciosamente como explicación, una página de Augusto Monterroso, que mezcla lo estremecedor y lo cómico.

“Demasiado pudor. Demasiado orgullo. Demasiada humildad. Demasiado temor a las risitas de mis amigos, de mis enemigos; a herir; a revelar cosas, mías, de otros; a hablar de lo malo que parece bueno y viceversa; de lo que me aflige; de lo que me alegra; de lo que vanamente creo saber; de lo que temo no saber; de lo que observo; de lo que quisiera no observar; de mis libros; de mis proyectos; de mis sueños; de mi angustia; de mis visiones; de mi aburrimiento; de mis entusiasmos; de mi amor, de mis odios; de mis frustraciones; de mi digestión; de mi insomnio; de mis propósitos de Año Nuevo, de Mes Nuevo; de Semana Santa; de Día Nuevo, de cada hora y de cada minuto que comienza; de mis amistades rotas; de la muerte de mis amigos; de mis problemas sin resolver con las comas; de

mis problemas resueltos con las comas; de la lluvia; de los árboles; de las nubes; de mis afectos; de mi miedo a escribir y a no escribir; de lo que detesto en mis amigos, que son los que importan; en los restaurantes, en las reuniones, en las cenas formales; en los actos públicos, en los políticos; en los triunfadores; en los perdedores; en la religión; en el ateísmo; en los funcionarios; en los colegas; en los que me miran; en los que no me miran; en las premiaciones; en los homenajes; en las condecoraciones; de mis influencias según yo, mías, recónditas, escondidas en lo más íntimo, como tesoros secretos e incompatibles, semillas germinadoras, o la negación de todo o la desesperanza; y yo no pienso sacar de esto ninguna ridícula conclusión filosófica”.

Hoy es uno de los días importantes de mi vida, quizás el más mediático de que haya disfrutado y, por eso, al tener la oportunidad de dirigirme a unas cuantas personas y tan poco tiempo para hacerlo, he debido pensar mucho en qué decir y decidí hablar solo de asuntos realmente trascendentes, todos relacionados con el amor, la persistencia, la gratitud y la pertenencia.

Sentí también el compromiso de recobrar los antiguos sueños que duermen en calles y carreras, en los antiguos parques destruidos, en los anchos silencios de casas y cafeterías. No puedo negar que me embriagó la tarea de contar esta historia. Tal vez esa sea la razón determinante de mi humilde caso individual, en esa circunstancia, mis excesos o mi abundancia o mi retórica no vendrían a ser sino actos, los más simples, del menester de cada día.

Al igual que Padura con su amado barrio Mantilla de la Habana, soy un empecinado que se imagina seguir viviendo en la misma casa del barrio los Alcázares, adonde llegué en 1962, porque es el lugar del mundo donde mejor me siento y soy lo que soy y a la vez lo que siempre fui: el hijo de Rafael y de Rosario, los padres

amorosos y compasivos cuya imagen atesoro más con el pasar de los años. Sigo siendo fiel a sus principios, aunque a veces, algunos de ellos cambien un poco, porque nada que esté vivo puede ser inmutable. Principios, como la lealtad, la fraternidad, la amistad y la literatura... como fuente inagotable de satisfacción. Soy el padre de Juan Sebastián, Santiago y Federico, hijos tan deseados como amados; el hermano de Rocío, el tío de Camila y Juliana, el cuñado y devoto amigo de Mario y sigo siendo el rendido enamorado de Carmen Elena. Que cada uno de ellos dedique un par de horas a la lectura de estas líneas es el único premio que aspiro recibir y lo entendería con toda humildad, como la consoladora revelación de que mi intento no ha sido en vano.

Martes, 2 de octubre del 2018

En veinte días cumpliré 62 años, los mismos que hoy cumpliría Jaime. Debieron pasar 18 años, 940 semanas o 6.552 días para concluir un compromiso adquirido con mi amigo. Este es un libro sobre la vida, apasionado y alegre, sentimental y burlón.

Hoy es un día de vino y rosas y así quiero guardarlo en mi memoria. A pesar de los pesares, de las luchas, las dudas, los silencios y los resquemores, la verdad es que las recompensas que debo a mi barrio, a mis hijos, a mi esposa, a mi familia y a todos los que me han ayudado a obtenerlas, son un pretexto de lujo, para disfrutar y compartir esta felicidad, y quiero hacerlo con el mismo espíritu ingenuo con que compartía hace más de 50 años mi bicicleta, mi grabadora y mi balón de fútbol con aquellos amigos del barrio con los que aprendí a gozar la satisfacción de vivir, en un simple juego de pelota, en una calle de un barrio bogotano, donde palpita sanamente y más acompasadamente mi corazón, el barrio Los Alcázares.

11:00 pm

Sobre Bogotá cae un torrencial aguacero y en pocas horas amanecerá, una última aspirada a lo que resta del cigarrillo, apuro el trago servido, dejo que la pantalla del computador se oscurezca, cierro los ojos buscando mentalmente errores de redacción o simplemente atrapar imágenes que muy seguramente quedaron por fuera del relato. Carmen Elena se acerca, toma amorosamente mi mano y me conduce a la habitación.

Amor, acuéstate, debes hacer muchas cosas mañana. La hermosa dama me recuerda la apretada agenda (¿!) e insiste: quedaste con Sergio a las dos de la tarde para mostrarle el primer capítulo de la nueva novela.

- ¡Claro que sí! Esa hermosa historia de amor que me ronda hace años, los personajes más vivos y logrados: dos parejas de ancianos, Eva y Wilfrido, Edelvina y Marcelino; el largo viaje de unos tíos, Luis Orlando, Ana y Estella. El título bien podría ser “Una sonrisa para Penélope”, aunque a la protagonista, el hilo conductor, a semejante loca, falta darle mayor desarrollo al igual que a su tortuoso enamorado, Montegranario. La primera línea es un regalo que le hace Sergio, el primo que pinta el tiempo, a Montegranario: “Mañana será otro día y las hojas blancas como cadáveres resucitarán con tus palabras”.
- Y en la noche, ¿no recuerdas?
- En la noche “chocolatada” con los liceístas del 73; tocará chocolate, porque de guaro nada, ya ni beben los veteranos. A esos compañeros de pupitre quiero leerles algunos borradores que escribí acerca de nuestra historia colegial.
- Conociendo tu acelere me imagino que ya decidiste los epígrafes, ¿o no?

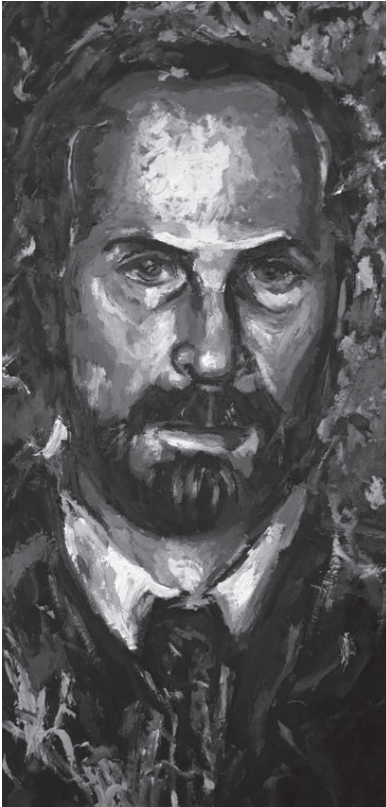
- Pues, la verdad, solo uno, pero no sé para cuál de los libros; quiero que vaya Kavafis con unos versos de su inmortal poema:

“Cuando emprendas tu viaje a Ítaca pide que el camino sea largo, lleno de aventuras, lleno de experiencias. Pide que el camino sea largo. Que muchas sean las mañanas de verano en que llegues ¡con qué placer y alegría! a puertos nunca vistos antes. Más no apresures nunca el viaje. Mejor que dure muchos años...”

Tercera
parte

De otros
lados

Amén



Jaime Álvarez Álvarez
Oleo del pintor Gustavo Rico Navarro

*Que te acoja la muerte
Con todos tus sueños intactos.
Al retorno de una furiosa
adolescencia,
al comienzo de las vacaciones que
nunca te dieron,
te distinguirá la muerte con su
primer aviso.
Te abrirá los ojos a sus grandes
aguas,
te iniciará en su constante brisa de
otro mundo.
La muerte se confundirá con tus
sueños
y en ellos reconocerá los signos
que antaño fueron dejando,
como un cazador a su regreso
reconoce sus
marcas en la brecha.*

Álvaro Mutis

Deberían existir muchos Nobel de la Paz

Vera Grabe

Deberían existir muchos Nobel de Paz. Muchas personas y comunidades los merecen. Es infinita la lista de quienes han dedicado su vida a la paz, de tantas maneras y momentos. Desde su profesión, su casa, su lugar de trabajo, la sociedad. Día tras día, año tras año.

Los procesos de paz se dan cuando los actores llegan a la conclusión que la guerra es inviable e inútil, porque nadie la puede ganar o porque se degrada al punto que perjudica a los que quiere beneficiar y en nombre de quienes luchan. Se dan porque hay jefes de Estado que tienen la convicción y decisión de jugársela a fondo por la paz y dirigencias insurgentes que llegan a la conclusión de que hay que intentar otra vía para generar las transformaciones que se buscan; pero también se dan porque ha habido y hay esfuerzos de ciudadanos perseverantes, voces civilistas que desde la sociedad han insistido, en contravía o con el viento de la paz a favor, que hay que parar la guerra y buscar soluciones alternativas.

Una de esas voces civilistas radicales era Jaime Álvarez. Sociólogo, con experiencia en lo público, cofundador del Movimiento por la Vida desde sus inicios en la segunda mitad de los complejos años ochenta, esas épocas de guerras sucias, de destierros, desaparecidos y asesinatos. Cofundador de Redepaz, gestor de paz al lado de su compañera de vida Ana Teresa Bernal, defensor de las víctimas y de la recuperación de tierras. Conocido y reconocido en su entorno, en comunidades del Caribe, Antioquia,

los Montes de María, Valle, Huila, Boyacá y el Bajo Cauca, pero creo que muy poco preocupado por la fama y el protagonismo.

En el proceso de paz del M19, Carlos Pizarro fue definitivo para tocar los límites de la guerra y atreverse a renunciar a ella y encontró interlocución en el gobierno del presidente Barco. Liderado por el comandante, fue un proceso colectivo para llegar a un acuerdo de paz, pero cada uno de nosotros también lo vivió a su manera. Tuvo su propio proceso y en medio de la clandestinidad urbana, también descubrimos los límites de la guerra. La movilidad era cada vez más reducida y mayor la distancia de la población que le daba sentido a nuestra lucha. Los últimos tres años antes de la dejación de armas en 1990, yo vivía encerrada y con escasas salidas para conversar con personas y mover ideas, pero entre más limitadas las salidas, más valiosos los encuentros con personas del movimiento social y de la política, con exmilitares y periodistas. Era una manera de escuchar lo que decía la gente.

Existía y se buscaba siempre la posibilidad de diálogo, de intercambio, de pulsar la opinión y los sentires, de intentar organizar expresiones políticas legales para recuperar plenamente nuestra dimensión política.

Las señales de paz venían de personas que nos escondían, de quienes nos protegían porque nos querían, pero también de los que, desde el cuidado, nos decían lo que pensaban. Gente vinculada a ámbitos civiles que nos escuchaba, pero opinaba diferente y nos criticaba. Con afecto, pero con firmeza, cuestionaba la lucha armada.

Jaime Álvarez era de esas personas. Cero luchas armadas, civilismo profundo, se metía al rancho con su sentido de humor y su ancha sonrisa. En la clandestinidad me reunía con él y su compañera en el apartamento de una familiar suyo en pleno

Chapinero. Recuerdo que en el primer piso quedaba una pizzería. Conversábamos y él, sin tapujos y rodeos me decía siempre: “Ya dejen esa pendejada de las armas”.

Lo bauticé “mi sociedad civil” y con ese nombre se quedó y estará en mi vida.

Gracias, querido Jaime. Siempre recordaré y agradeceré tu aporte a mi propia paz y a la paz de muchos.

Palabras del Padre Francisco De Roux, S.J en la eucaristía de despedida a Jaime

Yo no lo puedo probar científicamente, pero lo que yo siento profundamente de corazón, Jaime, es que hay un misterio de amor que te espera, que nos regaló la vida a todos nosotros, que ninguno tenía derecho hace 100 años, 90 años, 80 años, ninguno de ustedes estaba aquí y ninguno de nosotros tenía derecho para reclamar la vida. La vida la tenemos por amor, un misterio de amor. Le decía yo a Jaime, hay un misterio que nos regaló la vida y ese misterio te espera y que es la única verdad cristiana que nos ha faltado, no porque seamos buenos, ninguno de nosotros es bueno, no porque seamos creyentes, usted puede ser ateo y es un misterio.

Así, nos pusimos a ahondar en las cosas más profundas de la vida, porque la primera lectura que estábamos haciendo es, ¿quién nos separara a nosotros de este amor?, ni la persecución, ni las ofensas, ni las calumnias; es que Jaime vivió eso porque era un hombre profundamente entregado a las cosas gratuitas.

¿Saben ustedes lo que son las cosas gratuitas? Es el horizonte de las cosas del amor, lo que nosotros hacemos sin esperar

nada a cambio, cuando luchamos por la justicia, cuando decimos la verdad, cuando somos capaces de hacer valer la Paz por encima de todas las intervenciones, esas son las cosas gratuitas y Jaime estaba allí.

Con el inmenso respeto de la política, que es tan importante, los que luchan como Jaime, los hombres que viven al servicio de las cosas que valen la pena vivirla por eso, luchan gratis, sin esperar que le entreguen a cambio dinero, ni fotos, ni poder, ni reconocimiento, es la grandeza de Jaime; política es otra cosa, en política no hay nada gratis, porque todo lo que usted gana ya lo tiene.

Jaime era totalmente gratuito y por eso fue tan gran amigo, porque la amistad se regala sin esperar nada a cambio y por eso nos convocó hoy tan gratuitamente, porque la amistad es gratuita, y por eso el horizonte de la muerte nos espera a todos nosotros, el amor desinteresado y generoso. Por eso yo recuerdo tantos momentos de la vida de ustedes aquí, cuando nos reunimos un día con algunos de ustedes en el Hotel Tequendama, cuando las conversaciones con la CRS, cuando se metió con los del M19, como cuenta la Mona, Vera Grabe que está aquí presente, y les dijo: “dejen esa pendejada de la guerra”; cuando nos convocó a todos a que construyéramos un país distinto, cuando lo recuerdan los campesinos de la costa, de Antioquia y la gente de aquí de Bogotá, cuando construyó con Ana T. una familia unida y generosa para todos nosotros, un hogar, y nos entusiasmaba a todos a trabajar por el país y sobre todo por la paz, pero esta paz, la que acabamos de escuchar...

Yo quisiera solamente decirles algo, en esta conversación de amigos, porque aquí prácticamente todos nos conocemos y hemos compartido estas ilusiones y estas luchas, lo que en el fondo quieren decir estos libros, no solamente los libros cristianos acerca de la vida y de la muerte, también el budismo, también

los seguidores de Mahoma, siempre las mismas cosas: que los hombres y las mujeres que entregaron su vida por los demás gratuitamente, que conocieron lo que significa entregarse gratuitamente, que los hombres y las mujeres que no esperaron otra cosa que amar desinteresadamente, esos hombres y mujeres no terminarán con la muerte y lo que estamos haciendo aquí hoy es manifestando que no han muerto.

En cristiano eso significa que los hombres y las mujeres que vivieron como Jesús vivió, sintiendo compasión por los que sufren, ofreciendo la misericordia a los que han cometido errores, luchando por la justicia por encima de todas las cosas, para proteger la dignidad humana, trabajando por una paz de fondo, los hombres y las mujeres que vivieron así, no terminarán con la muerte.

¿Qué significa eso? No sabemos, los cristianos creemos que ese misterio de amor nos espera y que ellos nos están esperando, pero yo si quisiera poder tomar las palabras de Jaime en este momento para decirles que él no quiere que estemos tristes, que él quiere que nosotros recojamos la fuerza de la lucha que él hizo y la generosidad de la amistad.

Un día, pronto, a la vuelta de 30 años, muchos de los que estamos aquí ya no estaremos y los jóvenes en 50 años tampoco y la vida se va. Todo lo que hayamos plantado para nosotros, todo, tener posesiones, carros, casas, cachivaches, poder, prestigio, todo lo que hayamos plantado para nosotros se acabará. ¿Qué nos llevamos?

¡La amistad que le hayamos entregado a los demás, la grandeza de lo que hayamos escuchado, el afecto que les hayamos dado, la decisión de amarlos, eso nos llevamos! Y en eso nos espera el misterio de la muerte, todo lo demás los 200 vestidos de los ajuares de las señoras, los 34 pares de zapatos, nada de eso nos

llevamos. El tiempo que les dimos a los demás, la lucha que hemos hecho para todos, la generosidad que pongamos para que impere la justicia en este país. Para la verdad, ese es el mensaje de Jaime, y eso es lo que nosotros admiramos en Jaime y nos sentimos orgullosos de haber sido sus compañeros de camino y nos conmueve, por eso estamos aquí todos hoy, porque expresamos los recuerdos en su sencillez, en su generosidad, en la manera serena como respondía los hierros.

En los últimos meses, Jaime tuvo que sufrir el dolor de la calumnia, de las posiciones en contra, un hombre que tenía un sentido muy profundo de su honor y de su grandeza y al lado del dolor que tenía de este país, conoció el dolor personal, profundísimo. Si algo me parece grande en el momento de su partida, es lo que Jaime quiso antes de partir, dejarnos un mensaje de perdón, profundísimo, ese perdón que se les da a quienes habían actuado contra él, a quienes lo habían perseguido, con una generosidad absoluta; por supuesto, yo no puedo hablar del misterio de Jesús en la cruz, cuando se está muriendo, cuando tiene delante a todos sus verdugos, cuando uno esperaba que Jesús se hubiera echado un discurso al lado de las víctimas, y decir, yo voy a hablar aquí en solidaridad con todos las víctimas, con todos los partidarios, perseguidos, los torturados, pero Jesús no hizo nada de eso, hizo lo mismo que hizo Jaime, ¿verdad? “Padre perdónalos porque no saben lo que hacen” y Jaime antes de partir, perdona de corazón, nos entrega el perdón. Estas son las cosas por las que esta eucaristía que estamos compartiendo sea una celebración, por supuesto del dolor de los amigos y del dolor de la familia, de nuestra compañía a Ana Teresa y a sus hijos y a su nieto y a toda su familia, pero, sobre todo, una muestra de nuestra confianza en la vida, de nuestra celebración de la amistad, de nuestra determinación de recoger esos ejemplos de un amigo tan querido.

Mis palabras en la ceremonia de despedida de Jaime

Ana Teresa Bernal

Rondábamos los 15 años cuando nos conocimos, abrazábamos la vida con el alma, le apostábamos con todo a construir una sociedad mejor, distinta, solidaria.

Nos gustaba hacer teatro, leer poesía, cantar sin descanso las canciones de Serrat y bailar salsa. Cuando nos enamoramos, no dudamos ni un segundo que el futuro había que construirlo a dúo y después a trío y, más, porque además de Juan Manuel, luego llegó Simón Esteban y acogimos amorosamente a la Patito.

Muchas veces fuiste papá y mamá, porque con mucho amor entendías que yo cada vez me involucraba más en la lucha por la paz.

Teníamos dos estilos muy complementarios, el mío más público y el tuyo más discreto y silencioso. Te encantaba el contacto con la gente, con las comunidades, aprender de ellas y también educar. Te encantaba sentir a Colombia en sus regiones, con sus climas y su geografía, te fascinaba viajar por tierra.

Aprovechabas esos viajes para devorar libros de Gabo, de Borges, y, ahora último de Murakami; el cine era nuestro elixir en las tardes de los domingos. Nadie mejor para convivir que

tú, nunca estabas de mal genio, así tuvieras los problemas más terribles, siempre dabas ánimo y quitabas el estrés.

Hace menos de dos meses te diagnosticaron la enfermedad y ese golpe te derrumbó con una velocidad inalcanzable. No lo podías creer, ni entender; nadie podía asimilarlo, solo comenzamos a correr para ganarle a la muerte que acechaba. Nuestros hijos y yo, tus hermanos y hermanas, mi padre, los sobrinos, nuestros amigos y amigas queridos, sufrimos contigo tu dolor y luchamos para que recuperaras la salud y volvieras a reír como siempre; por eso aceptamos de Piedad Córdoba su hermosa solidaridad de gestionar el tratamiento en Cuba.

Fueron días tristes, pero a la vez hermosos. Tuvimos una pequeña luna de miel, espiritual, de reflexión y un encuentro profundo, de donde emana el mensaje que Jaime nos deja: amor y reconciliación en todos los ámbitos de la vida.

Gracias amor mío, gracias por la vida que tuvimos, gracias por nuestros hijos, gracias por los momentos felices, que fueron la mayoría, y por todos los momentos. Siempre estarás presente en todas las palabras y los momentos de la vida.

Siempre dije: si hay un hombre en todo el sentido de la palabra, ese es Jaime, mi esposo que jamás me faltó al respeto, ni a mí, ni a nadie, por eso hay tanta gente que te ama y hoy te acompaña en esta despedida.

Te amo infinitamente, siempre te voy a amar, hoy, aquí y en la vida maravillosa que me ofreciste, en la tristeza, en tu lecho de enfermo y también en la eternidad.

Descansa en paz y brilla como una estrella en el firmamento, te amo por siempre.

A mi adorado padre Jaime Álvarez

Juan Manuel Álvarez Bernal

No alcanzan las palabras para expresar lo importante que ha sido su paso por la vida y por el mundo, importantísimo para muchísimos, somos afortunados todos los que pasamos por su vida, mi papá ha dejado una huella imborrable en cada uno de nosotros.

Papá lo recuerdo profundamente por todo lo que me enseñó, lo que vivimos y conocimos juntos, los viajes que hicimos en familia, las aventuras que emprendimos juntos con mi mamá y mi hermano por diferentes lugares del mundo. Aprendí mucho y gracias a usted soy la persona que soy, me enseñó que la vida hay que vivirla al máximo y que lo que uno se lleva son los recuerdos, las experiencias, las palabras, la música, el cine, la familia y los amigos.

Recuerdo mucho esos viajes que hicimos con mi mamá y mi hermano, fueron momentos que quedaron marcados para siempre en nuestros corazones, son recuerdos que me llenan de alegría y que me hacen sentir afortunado por haber tenido un padre tan maravilloso. Estoy agradecido con Dios y con la vida por pertenecer a una familia llena de amor y con unos pa-

dres que son un ejemplo de unión, de solidaridad, de amistad y de valentía.

Ese viaje que realizaron a Cuba con mi mamá es la muestra de un amor eterno, de la lucha por la vida y es un viaje que los unió como pareja por siempre.

Papá, usted fue una persona inigualable, generoso y siempre al servicio de los demás. Nos deja recuerdos muy valiosos, muchas aventuras y una familia y amigos muy unidos que lo adoraban y hoy se encuentran aquí reunidos.

Esta enfermedad que sufrió papá, movilizó a todos los que lo amamos y por eso agradezco a todos las muestras de cariño y afecto, porque eso demuestra lo importante que usted era para cada uno de nosotros. Aunque murió en Cuba, de todas maneras fue rodeado del cariño y afecto de todos sus amigos y familiares.

El mejor homenaje que podemos hacerle papá, es vivir al máximo, recordarle siempre, recordar sus chistes, su hermosa sonrisa, su música, y sentir su energía por siempre.

Lo amo papá, le prometo que cuidaré de mi mamá, Simón y Sebastián.

Siempre lo recordaremos como un maravilloso ser humano, luchador por la vida y la paz, como un maravilloso padre, esposo, amigo, abuelo y su amor lo guardaremos por siempre en el corazón.

¡Buen viaje, Pa!

Del padre Joaquín Mayorga

Cordial saludo de Paz, mi guacamaya del almaaa: te visitó la muerte desde siempre

Y siempre, tú saliste vencedora.

Te seguían, te buscaban y te acosaban los agentes de la guerra y de la muerte,

Y siempre saliste ilesa.

Siempre lograste reemprender tu vuelo de guacamaya querida,

Hasta que lograste hacerle entender a la muerte, que la vida en ti es más fuerte.

Entonces ella, decidió dejarte por un momento...

Pero te atacó a traición por donde más te dolía:

Tu Jaimito del almaaa...

La muerte se ensañó con él:

A mansalva, a traición y en silencio.

Lo fue envolviendo en sus redes hasta dar la estocada final.

Maldita muerte: siempre te llevas lo que más amamos,

Siempre te sales con la tuya...

Nos sigues, nos acechas, juegas con nosotros.

Y siempre llegas cuando menos te esperamos,

Siempre dejas para reír de último.

Tu carcajada sonora nos sorprende y nos paraliza,

Tu maldito abrazo nos envuelve y nos atrapa sin remedio alguno;

Sin embargo, muerte maldita,

Eres muy fuerte, porque tú también estás herida de muerte:

Desde aquel viernes santo,

Cuando el Justo de Galilea subió al madero, que tú muerte maldita le preparaste...

Desde esa tarde y noche

Tus días están contados.

Ya no eres eterna como te creías,

Ya no eres invencible como te jactabas,

Ya no eres todopoderosa como alardeabas.

El Hombre de aquel Viernes Santo,

Al amanecer del primer día de la semana,

Se te escapó y regresó sano, salvo y victorioso.

No pudiste con Él, muerte maldita,
Porque hasta los mismos infiernos bajó El Santo de Israel,
Libertando a todos los que tenías cautivos en tus garras...
Si bien es cierto que te llevaste a Jaimito
Solo nos arrancarás su cuerpo,
Porque él seguirá siendo de su guacamaya, de su familia y de
todos los que lo amamos y lo queremos
Él ciertamente vivirá junto al Dios de la vida en el que creyó y
esperó.
Pero también nuestro corazón y nuestra alma, serán en adelan-
te morada de Jaimito.
Y ya de allí, ni tu maldita muerte, ni nadie
Nos lo podrá arrancar jamás.
Ya no te veremos, Jaimito, sonriendo y caminando por la
geografía de tu
Patria y del mundo,
Pero no dejarás de ser la compañía protectora
Y la inspiración divina,
Mientras sigamos gimiendo, riendo y llorando por éste valle de
lágrimas y de delicias.
Jaimito, ahora sí que estás fuera del alcance de la muerte,
más no de nosotros. Descansa en paz esposo, padre, abuelo,
compañero y amigo.

Te fuiste el día de las luces o la Candelaria,

El mismo día que aquí en la iglesia de los de este lado de la vida,

Entonamos el cántico, que el anciano Simeón entonó allá en el templo de Jerusalén:

“Ahora Señor puedes dejar ir a tu siervo en paz,

Porque mis ojos han contemplado al Señor mi Salvador,

Luz para iluminación de las naciones

Y gloria de tu pueblo Israel”.

Jaimito: entras al cielo y también en nuestros corazones

Radiante, triunfante y vencedor

Pero... ¡a ti muerte!

Te digo una última palabra porque, la verdad,

Es mejor decírtelo ahora:

En nombre de Jaimito y de todos nosotros:

Ya no te tememos tanto,

El poco respeto y aprecio que te teníamos va descendiendo más y más.

Poco a poco iremos haciendo también las paces contigo: porque mientras tú quedaste guindada en el madero de la Cruz de aquel inocente,

Él ahora vive para siempre,

Va despertando y levantando a los que tú con tu aguijón logras herir.

Bienvenida hermana muerte...

Siempre y cuando haya muchas manos levantadas,

Dispuestas a empuñar antorchas, armas y banderas de liberación, de vida, de justicia y de paz.

“A la muerte no daremos nada... A la vida lo daremos todo”

Hasta la vida y siempre

Palabras para Ana Teresa Bernal

Querida Ana Teresa: Estas palabras salen de corazón de nosotras y de nosotros, de las mujeres y de los hombres, de las víctimas, de los niños, niñas y jóvenes que tú y **Jaime Álvarez** -tu amado esposo- han acompañado durante 4 décadas en la construcción de un país mejor.

Salen de nuestro corazón, del amor y reconocimiento que les profesamos, que hoy potenciamos para que lleguen a ti, a tus hijos y a tu familia, como un halo de ternura y solidaridad para resistir este momento doloroso por la partida de Jaimito.



Jaime no sólo ha sido el mejor esposo y padre, sino también el hermano y amigo incondicional, el compañero solidario, el maestro y el trabajador ejemplar. En él, los que hemos tenido el gran privilegio de conocerlo, tuvimos siempre una mano tendida, una respuesta inteligente y sabia a situaciones difíciles que no nos dejaron perder nunca la esperanza, y un profundo compromiso – convicción por la transformación de la inequidad, la injusticia y la muerte, que se constituyó en nuestro ejemplo permanente y vital por la paz.

Sabemos querida Ana Teresa, lo que significa la partida de Jaime para ti, las mujeres vimos en él al hombre nuevo, ese que siempre trabajó codo a codo contigo para que tú pudieses hacer todo lo que hoy reconocemos le has entregado a la paz de Colombia.

Ese amor incondicional, profundo, tierno, para ti, Juan Manuel y Simón, se lo entregó a su amado nieto Sebastián, quien seguirá amando toda su vida a su abuelo por lo que él le enseñó: el amor integral, la ternura, la coherencia que solo construye un ser imprescindible, profundo y amoroso como ha sido **Jaime Álvarez**. Si hay alguien que lo dio todo por el amor fue Jaimito: el amor a su familia, a sus hijos, a su nieto, a ti, y a la humanidad. Esa HUMANIDAD hoy se pinta con el rostro de **JAIME ALVAREZ**, porque él fue y será su esencia.

Nos gratifica que se haya despedido de este mundo en ese lugar maravilloso y cargado de humanismo como es Cuba, aquí los esperamos para rendirle el homenaje que él se merece y le cantaremos a la vida, a la obra y al sueño de nuestro gran amigo y hermano: a nuestro Jaimito.

Un abrazo solidario de tus amigos y amigas



UN MILLÓN
de mujeres de paz

Bogotá, Febrero 3 de 2017



HASTA SIEMPRE **JAIME ÁLVAREZ** **ÁLVAREZ INIGUALABLE CONSTRUCTOR** **DE PAZ**



Con inmensa tristeza la Red de Iniciativas por la Paz y Contra la Guerra –Redepaz- comunica a sus integrantes en todo el país y a las múltiples expresiones del Movimiento Social de Paz el fallecimiento, en la madrugada de hoy 3 de febrero, de Jaime Álvarez Álvarez esposo de nuestra Compañera Ana Teresa Bernal.

Nuestro querido compañero redepaco Jaime Álvarez fue integrante activo de esta Red desde su constitución en 1993. Recientemente se desempeñó como responsable de planeación y proyectos en Redepaz e integrante de su Corporación. Toda su vida convencido de la salida política del conflicto armado interno razón por la cual puso su voluntad, capacidad y dedicación al servicio de la acción ciudadana, social y popular por la paz en Bogotá y en diversas regiones del país.



Se le recordará de manera especial en Bajo Cauca, Montes de María, Costa Caribe, Antioquia, Huila, Valle y Boyacá y muchos otros rincones de Colombia. Especial compromiso tuvo con la lucha de las víctimas y la acción por la recuperación de tierras desarrollando la figura de la veeduría social a los programas de reparación. Valiosos trabajos publicados por Redepaz recogen en su aporte metodológico al respecto.

Acompañado por Ana Teresa Jaime había viajado hace poco a La Habana con mucha esperanza en busca de tratamiento adecuado.



Rodeamos con mucho amor y solidaridad en este difícil trance a nuestra compañera Ana Teresa Bernal y a sus hijos Juan Manuel y Simón, así como a su nieto Sebastián que era motor de vida para Jaime. Redepaz espera la llegada de sus restos para rendir homenaje póstumo a Jaime Álvarez inigualable constructor de Paz. Mujeres y hombres de Redepaz guardaremos por siempre en nuestra memoria su cálida sonrisa y su entusiasta y calificado compromiso con la vida y con la paz.

Por la vida y por la paz hasta siempre, Compañero Jaime.
Bogotá, 3 de febrero de 2017



Nota de los autores

Literariamente hablando, *La Gardenia de los Alcázares* es un libro que no encaja en una categoría preestablecida. Pasa sin temor de un relato a una crónica, salta de un cuento corto a un artículo largo, no es una novela pero se atreve a tener epílogo, mejor, dos epílogos; por momentos parece un poema y luego una diatriba. Quiere ser un ensayo, pero al final es una sátira.

Puede hacer reír o llorar, pero definitivamente es una obra de ficción. Los personajes, incidentes, documentos y episodios de la realidad, presente o pasada, se usan aquí de forma novelada y con las imaginaciones propias de la imaginación literaria. El lector que quiera encontrar en este libro coincidencias con la vida real lo hará bajo su propia responsabilidad.

Hemos transcrito múltiples citas literarias, usado sin vergüenza las técnicas de escritura de otros, acudido a versiones de vivos y muertos acerca de algunos de los hechos y, por último, nos arriesgamos a ofrecer impudicamente a un hipotético lector unas páginas que se parezcan en algo a un escrito literario.

Este libro se terminó de imprimir y encuadernar en Entrelibros e-book Solutions, en octubre de 2018. Fue publicado por la Fundación Universitaria del Área Andina. Se empleó la fuente tipográfica Myriad Pro.